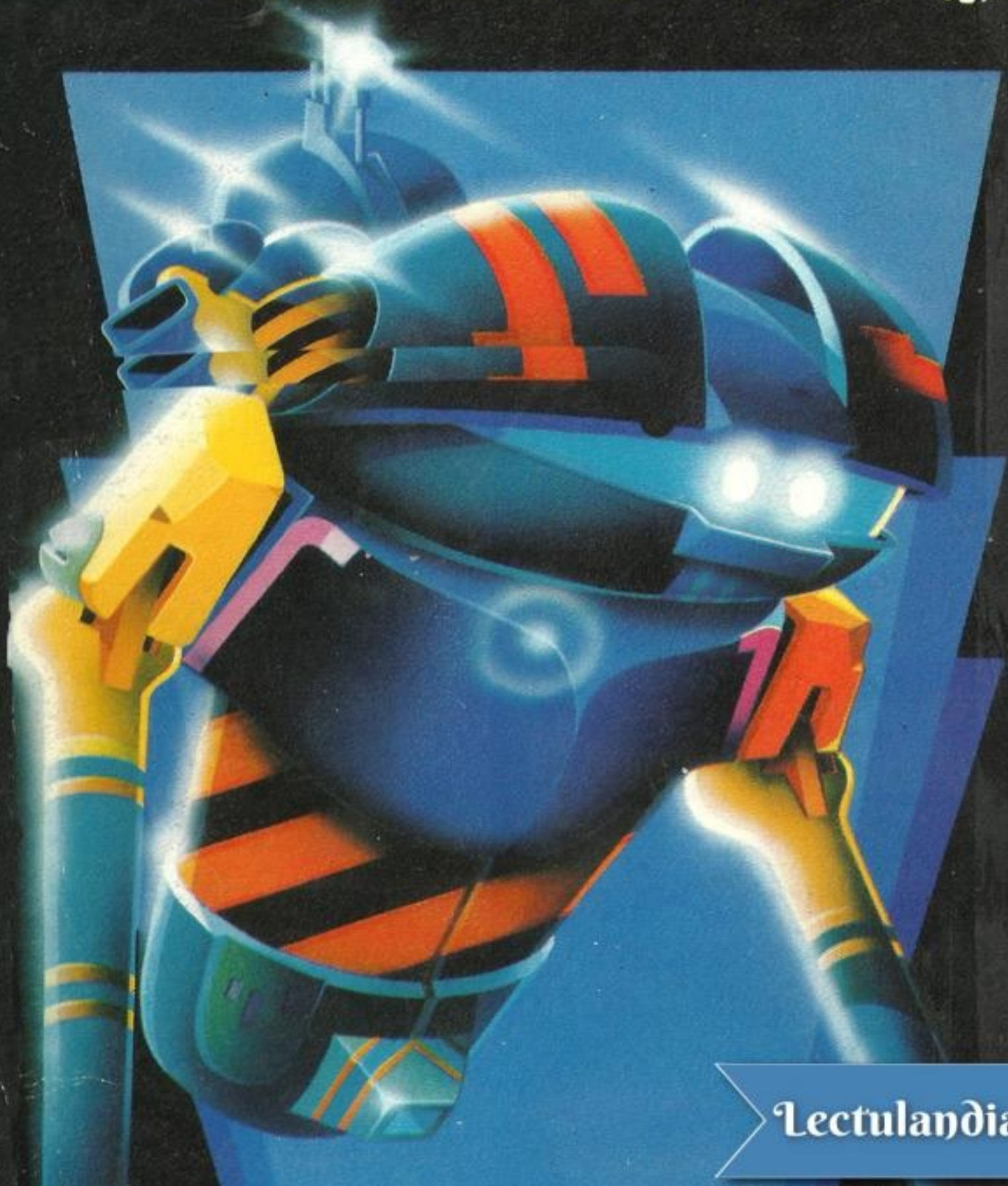


SUPERFICCION 100

100 títulos

VOLUMEN CONMEMORATIVO

SUPER
FICCION



Lectulandia

Este volumen es un obsequio para todos los seguidores de SUPER FICCIÓN con motivo de la aparición del número 100 de la colección después de 10 años de existencia. Incluye extensos comentarios sobre las obras y autores aparecidos en el fondo, número a número de la colección, y una pequeña introducción al género. Analítico y detallado al mismo tiempo, este repaso a los títulos que han venido apareciendo constituye, no sólo una perfecta guía a la colección, sino también al propio género, útil tanto a los que quieran profundizar en el conocimiento de la ciencia ficción como a los que deseen tomar contacto con una de las formas literarias más fructíferas de nuestro tiempo.

También se incluye aquí el relato PÁJAROS LENTOS, una muestra excepcional de la capacidad narrativa del británico IAN WATSON, ganador del premio Apollo y uno de los autores más brillantes de la actual ciencia ficción.

Además, el relato PASEN SEÑORES, de ELIA BARCELÓ, que demuestra que en España también hay excelentes cultivadores del género.

Además, una lista completa de los premios HUGO, NEBULA, CAMPBELL MEMORIAL, DICK MEMORIAL, LOCUS..., los más importantes galardonados que se conceden anualmente en este campo, con indicación de sus traducciones castellanas. Y la promesa de llegar a convertir SUPER FICCIÓN en una fuente inagotable de sorpresas para el aficionado, publicando cada vez mejores y más memorables obras.

Lectulandia

AA. VV.

**Super ficción 100. Volumen
conmemorativo**

Super ficción 101

ePub r1.1

whatsername 09.11.2014

Título original: *Superficción 100. Volumen conmemorativo*

AA. VV., 1986

Diseño: Salinas Blanch

Traducción: Albert Solé

Editor digital: whatsername

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Había una vez una colección especializada. Desde su más tierna infancia decidió visitar otros mundos y dirigió su mirada a las estrellas. Número tras número, salvando escollos y dificultades sin cuento, fue ampliando su conocimiento del universo, su conocimiento de los seres y los sueños y temores que moran en él, su conocimiento de la vida y de sus formas. A veces encontró incompreensión, pero también ganó muchos amigos con los que pudo compartir la maravilla de sus hallazgos y reflexionar sobre su significado. Nuestra colección nació en una casa humilde y su paso no se anunciaba nunca con fanfarria ni clarines, pero tampoco cejaba en su empeño y, número a número, llegó a ganarse una audiencia que la acompañaba fielmente en todos sus viajes y aventuras. Pasó el tiempo y un día vio que había llegado a ser una colección especializada importante, y que muy pronto cumpliría 100 números, una edad respetable. Decidió que había motivo para celebrarlo, y convocó así a los más ilustres escribanos y les confió la crónica de sus días...

Los 100 títulos y los 10 años de existencia de Super Ficción son indudablemente motivo de celebración y una ocasión única para dar un repaso a la trayectoria de la colección. Esta editorial puede enorgullecerse de haber llevado adelante la que ha llegado a convertirse en más popular colección dedicada a la ciencia ficción en lengua castellana, y quiero dar las gracias desde aquí, en nombre de todos los que han contribuido a lo largo del tiempo en su realización, a todos aquellos que lo han hecho posible, es decir, a los lectores. Este volumen conmemorativo es un obsequio a través del cual queremos hacer llegar nuestro agradecimiento. Su contenido está encaminado a todo ello, pero creemos que también podrá ser de utilidad como vía de acercamiento a la colección y a la propia ciencia ficción para todas aquellas personas cuyo contacto con el género sea más esporádico.

Una parte sustancial del suplemento viene ocupada por reseñas, número a número, de los 100 títulos que integran el fondo de la colección. Junto con una nota preliminar en la que se esboza un marco histórico de la evolución de la ciencia ficción como género (limitada a su vertiente anglosajona, puesto que se quiera o no es la que ha demostrado mayor interés y vitalidad), cumple la función de situar un poco a los autores publicados. En lo referente al papel que ha desempeñado Super Ficción en el mercado editorial en lengua castellana, siguen a todo ello unas líneas en las que se la sitúa en este contexto, al tiempo que se plantean las ambiciones de la misma en un futuro próximo: la «nueva época» de Super Ficción.

Como complemento, el lector encontrará a continuación un par de relatos. El primero, *Pájaros lentos*, del británico Ian Watson, es una nueva muestra de las excelencias de este importante escritor, cuya obra —desgraciadamente desconocida en castellano, salvando su primera novela, *Empotrados*, que se dio a conocer en nuestra colección—pretendemos hacer llegar a los lectores: su novela *El jardín de las*

delicias aparecerá en breve en Super Ficción.

El otro relato, *Pasen señores*, de Elia Barceló, española residente en Austria, es una pieza breve y sutil de una brillantez sorprendente; sólo leyéndola varias veces puede apreciarse toda su fuerza y complejidad. Con su publicación en estas páginas pretendemos abrir la puerta a la posibilidad de publicar autores españoles, y al mismo tiempo fijar el nivel de calidad que exigiremos al respecto (el mismo, en realidad, que buscamos entre los autores anglosajones). Nos interesa la ciencia ficción española, sí, pero nos interesan también la capacidad narrativa y la ambición literaria; los aficionados pueden intentar enviarnos sus trabajos, pero para ello será necesario, de entrada, que se planteen seriamente una redacción mucho más cuidada de la que se ha visto publicada en la mayoría de revistas y fanzines. Mucho más factible que lo anterior sería que escritores profesionales pensarán en escribir ciencia ficción; pocos habrán considerado las posibilidades que ofrece el género y quizá sería el momento de hacerlo.

Por último, y satisfaciendo así la petición que nos han dirigido repetidamente seguidores de la colección, publicamos una lista de los premios más importantes que se conceden anualmente en el género, indicándose en cada caso la traducción castellana existente de las distintas obras galardonadas. (Reunirlos todos ha sido imposible, puesto que podría decirse que cada país otorga los suyos y en muchos casos no disponíamos de una relación completa.)

Esperemos que el volumen sea una pequeña sorpresa para el lector y que pueda resultarle de utilidad. Un abrazo a todo el mundo.

Alejo Cuervo

Ciencia Ficción: un esbozo preliminar

I. Algunos problemas

La gran desventaja de que la ciencia ficción esté tan de moda actualmente es que la cantidad de gente que la lee y tiene una vaga idea, sin ánimo de ofender, de lo que tal etiqueta designa, ha crecido enormemente.

Por ejemplo, hace unos diez años, no habría sido demasiado necesario, ni siquiera en España, donde tradicionalmente siempre se llega tarde a todo, un escrito como éste en el que se pretende explicar someramente lo que se entiende por ciencia ficción en tanto que género literario y trazar un breve y me temo que insuficiente esbozo de su evolución histórica.

¿Porqué?

Pues porque los interesados españoles en la ciencia ficción eran cuatro gatos y tenían, para bien o para mal, las cosas muy claras. Para unos, la ciencia ficción era un mero pretexto para dejar volar la imaginación y soñar futuros maravillosos, y horribles, pero siempre llenos de magníficos trucos tecnológicos y aparatitos prodigiosos que lo hacían todo, incluso lo que no osamos enunciar en voz alta. Para otros era el pretexto de una especulación política o sociológica donde no importaba tanto el barniz científico como el suponer nuevos tipos de sociedad o, incluso, el colar un mensaje de tapadillo sobre lo mal o lo bien que podían llegar a ir las cosas si seguíamos como hasta el momento en ciertos asuntos.

Todo estaba muy claro, pero han pasado montones de cosas desde entonces: una de ellas, por ejemplo, es que la colección Super Ficción, de esta editorial, ha llegado a un número de volúmenes tan respetable como para justificar la edición de este libro que ahora tiene usted entre las manos. Y eso quiere decir que constantemente llegan nuevos lectores al género, que cada día alguien lee por primera vez su primer libro de ciencia ficción y que, inevitablemente, hay montones de cosas que no entiende y de preguntas que se hace sobre lo que está leyendo...

Porque hoy en día vivimos sumergidos en un mundo donde los medios de comunicación están impregnados de ciencia ficción; porque en todo el mundo millones de personas han visto films como *Alien* o *La guerra de las galaxias*; porque los juguetes con los que empiezan a enloquecer todos los niños eran hace pocos años parte del mobiliario más sofisticado del género (los juegos de vídeo y computador, por ejemplo) y porque hasta la publicidad se inunda con anuncios diseñados por láser y ordenador, y unos tejanos se venden mejor recortados contra el marco de una aséptica estación espacial.

Y, en definitiva, parafraseando al ilustre y difunto Karl Marx, porque un fantasma recorre el mundo: el de la ciencia ficción.

II. En busca de la definición perdida

Todo lo que se escribe alrededor de la ciencia ficción desde una ligera perspectiva histórica empieza encarando el horrendo problema de la definición del género. Que yo sepa, los quebraderos de cabeza que todos los estudiosos de la ciencia ficción sufren para ello carecen de precedentes en el amplio campo de la crítica literaria: los tratados sobre la novela picaresca o el naturalismo francés no se atormentan definiendo con tal rigurosidad su tema de estudio y, de hecho, esta obsesión por acotar lo que se estudia es mirada hoy día, mayormente, como más digna de un manual de enseñanza general básica que de otra cosa.

Pero lo cierto es que la ciencia ficción es un género joven, que se debate entre las dudas de seguir en un ámbito restringido pero seguro (como es el de las colecciones y las revistas especializadas y etiquetadas) o abrirse al crudo mundo de la literatura sin etiquetas, algo que los cultivadores más modernos y ambiciosos del género se plantean como objetivo por el que luchar.

Por tanto, aquí *también* se va a intentar dar una definición de la ciencia ficción, aunque con todas las reservas y peros posibles.

Las hay de todos los colores, desde las teñidas de ironía o realismo amargo (según las cuales la ciencia ficción es aquello que se publica con esa etiquetita en la cubierta o en el lomo); las que rehuyen el problema tirando por la calle de en medio (la ciencia ficción es lo que un servidor entiende como tal, y a quien no le sirva, lo siento) o las que se embarullan poniendo vallas alrededor de algo tan impresionante y huidizo como es la sensación: realmente todo el mundo que ha leído ciencia ficción sabe lo que entiende por tal, pero cualquier intento de expresar su definición de modo que sirva, a la hora de la verdad, como instrumento operativo con el que distinguir lo que es ciencia ficción de lo que no lo es se ve en un serio aprieto.

Así pues, y sabiendo que será atacada por todos lados, propongo, siguiendo a David Pringle, sentar que la ciencia ficción es una forma de ficción fantástica que explota las perspectivas imaginativas de la ciencia moderna. Veamos los pedacitos que componen la definición:

—Evidentemente, la ciencia ficción es ficción, en tanto que opuesta al ensayo: trata de algo que el autor no pretende que haya sucedido, lo que sí ocurre en la autobiografía, la crónica o el libro de viajes, por poner ejemplos claros. La ciencia ficción es ficción, por tanto, y es además fantástica en el sentido de que el autor no piensa que lo narrado pueda suceder o haber sucedido en el mundo, tal y como lo conocemos, o creemos conocerlo: es seguro que la historia de la humanidad está llena de Madame Bovary o Ana Karenina ignoradas, pero la saga galáctica de las Fundaciones o la cosmología del planeta Dune son inimaginables en nuestro universo conocido.

—La ciencia ficción imagina perspectivas para explotarlas. De hecho, se ha

llegado a decir que la ciencia ficción es la literatura del qué-pasaría-si (y en ese condicional puede haber lo que se quiera, dada la inventiva del escritor y su respeto a los límites pseudofraccionales que se imponga), y ahí radica gran parte del poder adictivo del género para cualquier lector con una mentalidad mínimamente inquieta. Después de todo, el impulso de fantasear y su hermana menor, la curiosidad, son lo que impulsaron al hombre a salir de las cavernas que, bien mirado y en su momento, no eran ni la mitad de incómodas de lo que el cine de segunda fila nos ha enseñado a suponer.

—Y esas perspectivas nacen de la ciencia moderna. Aquí la ciencia ficción se aparta radicalmente de sus primos, el horror y la fantasía, que no requieren justificación alguna (por traídas de los pelos que sean éstas) para desarrollar sus aventuras y que pueden permitirse la alegría de acudir a la magia cuando quieran.

La ciencia ficción en cambio, se limita —o debería limitarse— a desarrollar algo que está en potencia en el estado actual de la ciencia y, a partir de ahí, expone el dilema de unos personajes obligados a reaccionar ante ello. El escritor riguroso del género, en realidad, suele limitarse a introducir una o dos suposiciones paracientíficas y se conforma desarrollando el resto de su universo literario de un modo acorde con las variables introducidas; al otro extremo del espectro, hay escritores de ciencia ficción que trufan literalmente sus historias de perspectivas científicas que les permiten salir de cualquier embrollo sin romperse la cabeza con problemas de ajedrez literario, como sería Alfred Van Vogt. Conste que esos autores están escribiendo fantasía disfrazada (a veces, muy poco disfrazada) y conste igualmente que optar por un tratamiento u otro no implica juicio alguno de valor a priori.

Esta definición, o intento de ella, hace que la ciencia ficción sea un género joven, pues su nacimiento es inseparable del momento en que el público lector corriente toma conciencia de que existe algo llamado ciencia y que ésta tiene una influencia directa en su vida: que en una novela griega o romana aparezca un autómatas no debe llevar a la apresurada conclusión, como se ha hecho a veces, de que allí empieza la ciencia ficción pues no existe mentalidad científica en tales obras. El autómatas es allí un juguete mágico o un truco literario alegórico, no la posibilidad más o menos lejana que el autor actual de ciencia ficción se limita a adelantar en sus páginas.

La juventud, sin embargo, es relativa, pues la ciencia ficción llegará pronto a su centenario (cuando sea éste exactamente, depende de la definición dada, claro. Para algunos, la ciencia ficción empezó con Luciano de Samosata, y tiene ya por tanto centenares de años por detrás), y su historia es prolija, deficientemente estudiada y llena de evoluciones apresuradas.

III. *Una brevísima historia*

Hay tres grandes nombres, a finales del siglo pasado e inicios del actual, que dan a luz al género. Son Jules Verne, H. G. Wells y Olaf Stapledon.

El primero pasa por ser, para muchos, el padre del género, pero la verdad es que sus maravillas científicas se parecen más a un desfile de juegos de salón que a otra cosa: sus libros son novelas de aventuras en las que la ciencia está allí para dar el pistoletazo de salida, pero sus héroes no suelen reflexionar demasiado (salvo raras excepciones) sobre lo que está pasando y, lo que es más importante, qué pasará si las cosas siguen así.

El segundo sí posee perspectivas científicas, aunque menos de la que él cree y más orientada a las ciencias sociales que a la física o la química. Sin embargo, Wells ha tratado todos los grandes temas que siguen conformando la ciencia ficción actual (el mutante, la vida en otros mundos, el papel del sabio como Dios y demonio moderno) y, aunque ello sea un tanto subjetivo, sus libros siguen teniendo un sabor mucho más moderno que las encantadoras miniaturas decimonónicas del abuelo Veme.

Y el tercero era, sin rebozo, un filósofo y un pensador que inauguraba la tradición de servirse del género como pantalla en la que proyectar sus opiniones sobre el devenir del hombre y el universo. No es que Stapledon carezca de perspectiva científica, lo que sucede es que normalmente ésta es tan vasta que se hace prácticamente invisible.

Quienes leían a estos tres precursores no tenían conciencia de consumir una literatura especializada. El culpable de que la ciencia ficción pasara a ser, a los ojos del profano, algo tan confinado como las novelas del oeste o de enfermeras enamoradizas fue un americano, faltaría más, aunque de origen alemán: Hugo Gernsback, en «los felices años 20», fundó en los EEUU una serie de revistas impresas en papel barato (pulpa de papel, de hecho, y de ahí que se las conociera como *pulps*, y que éste haya sido durante mucho tiempo un adjetivo algo feo) en las que, al lado de divulgaciones científicas, se ofrecían una serie de historias en las que a cada página desfilaban cacharros maravillosos que, nos aseguraba el buen Gernsback, se hallaban a la vuelta de la esquina.

Para bien o para mal, la ciencia ficción sigue siendo en gran medida lo que Gernsback hizo de ella: el máximo galardón que se sigue dando a los libros del género, junto con el Nébulas, se llama Hugo en su honor y un lector de la década de 1940 podría hallar todavía en activo a muchos de los nombres que figuraron en el sumario de las revistas por él fundadas: Williamson, Asimov, del Rey, Van Vogt, etcétera.

La ciencia ficción sigue moviendo a su alrededor un mundillo de fanáticos y convenciones que no difieren demasiado del creado en la década de 1940 y, después de Lucas y Spielberg, el género sigue siendo para muchos cosa de locos que creen en platillos volantes.

¿No ha cambiado nada en todos esos años?

Sí, evidentemente. A mediados de la década de 1960, impulsada por una antología llamada *Visiones peligrosas*, recopiladas por Harlan Ellison, estalló la llamada *nueva*

ola, que pretendía abrir el género a una serie de temas hasta entonces rehuidos (el sexo y la religión, por ejemplo) y, además, reducir la importancia de la ciencia pura y dura para aumentar el espacio concedido a la experimentación literaria y a la autoexpresión del escritor. Como suele suceder, Ellison no inventó nada nuevo: escritores como Sturgeon, Bester o Sheckley, a la chita callando, llevaban muchos años intentando hacer lo mismo con mayor o menor fortuna, según les dejaran, y al otro lado del Atlántico, en la cuna de Wells, autores como Ballard o Moorcock llevaban años empeñados prácticamente en lo mismo, sólo que con más discreción y menos sentido de la publicidad.

Muchas cosas cambiaron en el género, y las mayores dosis de libertad, aunque condujeran a descubrir ciertas cosas que el resto de la literatura sabía desde hacía décadas (desde los tiempos de Proust o Joyce), por ejemplo, siempre le han sentado bien a quien escribe.

Hoy los efectos de la revolución se han desvanecido un tanto. Bajo la influencia potentísima del cine, por un lado, imponiendo una ciencia ficción estrictamente visual y que con toda la misericordia del mundo no puede calificarse lo que se dice de imaginativa (*Blade Runner* y poco más aparte) y atendiendo a un público un tanto cansado de experimentos a veces tirando a vacuos, que exige primordialmente ser entretenido, la ciencia ficción se halla en un momento de vacilación y asimilación de experiencias.

Hoy el género sufre la contaminación, a veces fecunda, a veces nefanda, de la fantasía —heroica o no—, de cuyo auge es testigo también la colección Fantasy de esta editorial. Aunque los escritores de ciencia ficción nunca han sido muy remilgados a la hora de tocar los dos géneros, sean testigo nombres como Leiber o Zelazny, lo cierto es que hoy, de la mano de escritores como Ursula Leguin, cada vez más reconocida por todos los sectores del público, o el fallecido Tolkien, los dragones parecen estar cobrando cierta ventaja sobre las espacionaves.

Pero si de algo ha dado pruebas la ciencia ficción a lo largo de su movida historia es de su capacidad de adaptación a todos los cambios futuros. Porque, después de todo, si algo hay que el género pueda reclamar como suyo es justamente eso: el futuro.

Albert Solé

100 Números de Super ficción

1. Clifford D. Simak, *Los hijos de nuestros hijos*

Todo empezó un día absolutamente normal y soleado, cuando un agujero negro y tembloroso se abrió y, aparentemente viniendo de la nada, de él empezaron a salir personas y más personas. Personas que dicen venir del futuro, que son hombres, mujeres y niños corrientes (con la única salvedad de que no han nacido en nuestro tiempo) y que vienen huyendo de algo invencible que acecha en el futuro. El primer problema es cómo alojarles y darles de comer, pero lo más terrible es que la amenaza del futuro muy bien puede llegar al presente...

Pese a las apariencias, la ciencia ficción suele exaltar el individualismo y el sálvese quien pueda: Simak, una constante de toda su larga carrera, siempre ha predicado en sus novelas la solidaridad y el entendimiento, y *Los hijos de nuestros hijos* no es una excepción. El concepto de que la humanidad es una, de que una larga cadena ininterrumpida se extiende uniendo el pasado, el presente y el futuro es tan atrevido que sólo un viejo maestro del género podía abordarlo con tal desenvoltura y abundancia de recursos narrativos, palpables en la habilidad sin esfuerzo con que a lo largo de todo el libro se funden los ambientes más cotidianos con los conceptos más sorprendentes.

(A. S.)

2. Philip K. Dick, *La penúltima verdad*

En el año 2025, la superficie de la Tierra es un infierno radioactivo que hierve de mortíferas bacterias mutantes: la guerra se ha hecho tan feroz que sólo los robots-soldado pueden combatir en ella. Y toda la población del planeta vive enterrada en las profundidades, trabajando en las factorías que producen los robots, única esperanza de ganar la guerra. Sólo un puñado de hombres visitan el infierno de la superficie y sólo ellos conocen la verdad de la guerra... Una perfecta ilustración de los temas básicos y las obsesiones que jalonaron toda la carrera literaria del recientemente fallecido Philip K. Dick, uno de los maestros indiscutibles de la ciencia ficción en general (y, se empieza a reconocer, de la literatura contemporánea anglosajona), *La penúltima verdad* trata de la manipulación de la realidad que un grupo minoritario de hombres efectúa para conservar los beneficios que el azar les ha proporcionado.

Encontrada en una apasionante trama de aventuras, la novela narra la toma de conciencia del protagonista, que llega a convencerse gradualmente de que las cosas no son como siempre se le ha dicho que eran; su lucha por convencer a los demás y los peligros que arrastrará para cambiar la situación y hacer que todos conozcan lo

que sucede realmente en la superficie del planeta. Lo que aparta y eleva el libro por encima de la mera fábula política y de la denuncia de la propaganda usada para engañar al pueblo es la visión alucinada de Dick y su convencimiento de que, finalmente, una mentira creída por la suficiente cantidad de gente no se distingue, a efectos prácticos, de la verdad: y, en definitiva, de que la verdad no existe más que por un acuerdo numérico. Calificada como «el mayor de los Dick menores», *La penúltima verdad* es una perfecta toma de contacto con una de las mejores y más consistentes obras que la ciencia ficción ha dado en toda su existencia.

(A. S.)

3. Gilles D'Argyre, *El cetro del azar*

Bajo la firma de Gilíes D'Argyre se esconde el nombre del escritor más conocido y res* petado en lengua francesa: Gerard Klein. Klein, que tiene una opinión muy seria y casi intelectual de lo que debe ser la ciencia ficción, no desdeñó, sin embargo, escribir durante varios años novelas de acción espacial, lo que en el argot del género se denomina como *space opera*.

El cetro del azar fue la última novela que Klein publicó bajo este seudónimo, y en ella retoma un tema que ya el americano Philip K. Dick tratase en su primera novela: *Lotería solar*. El mundo está regido por un hombre elegido al azar por las máquinas. Cuando éstas designan a Ingmar Langdon para el cargo supremo, éste no está nada deseoso de cumplir la tarea, pero, a su pesar, se encuentra metido de lleno en una carrera de intrigas y luchas para hacerse con el poder. Novela, pues, repleta de acción y con el estilo cuidado y elegante que es sinónimo de Klein.

(J. C. P.)

4. Edward L. Ferman, *Lo mejor de «Fantasy & Science Fiction»*

Nacida a finales de 1949, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* está considerada como la mejor revista mundial del género. Desde sus orígenes, cuando el mercado norteamericano estaba dominado por revistas *pulp* de escasa o ninguna ambición literaria, la revista se caracterizó por una fuerte preocupación en el nivel de los relatos que publicaba, política que sigue practicando en la actualidad y que sin duda ha sido una de las influencias más fructíferas en el desarrollo del género en Estados Unidos hacia su dignificación. La prueba de la validez de su política puede buscarse también en nada menos que 9 premios Hugo a la mejor revista que ha merecido a lo largo de su singladura, por no contar la enorme cantidad de relatos aparecidos en sus páginas que obtuvieron también el galardón.

El volumen presentado por Edward L. Ferman, director de la revista a partir de 1965, proviene de otra innovación importante en el campo de las revistas que tuvo su

origen en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*: los números monográficos dedicados a un autor, en los que una importante obra inédita del mismo se publicaba acompañada de una semblanza biográfica y crítica y de su bibliografía. La buena acogida de estos monográficos motivó a Ferman la recopilación de los seis primeros para su publicación en forma de libro, conmemorando con ello los 25 años de existencia de la revista. Los autores: Theodore Sturgeon, Ray Bradbury, Isaac Asimov, Fritz Leiber, Poul Anderson y James Blish, la excelencia del material complementario y de los propios relatos (dos de ellos ganaron premios Hugo y Nébula), demuestran el porqué del prestigio de la revista, aparte de aportar valiosa documentación sobre la carrera literaria de los autores citados.

(A. C.)

5. Jean Pierre Andrevon, *Retomo a la Tierra*

Jean Pierre Andrevon es uno de los más originales, dinámicos y eclécticos autores de la ciencia ficción francesa. Procedente del campo del *fandom* y de la crítica, con el paso del tiempo se ha convertido en una especie de versión gala de Harían Ellison, tanto por sus antologías en colaboración con diversos autores como en su apoyo a nuevos valores de su país. Fruto de una de las muchas colaboraciones fue la idea de esta antología *Retomo a la Tierra* (que tendría tanto éxito y buena acogida que produciría tres secuelas más sobre la misma idea). Andrevon propuso para ella un tema común: el regreso de los hombres (o de un hombre solo) a la Tierra, tras muchos años o siglos de ausencia, para hallar su planeta de origen sometido a tremendas transformaciones. Para ello reunió en este volumen a cuatro autores bien distintos y, con su propia aportación personal, escribieron cinco relatos sobre ese tema. Los autores son: Francis Carsac, considerado el Arthur C. Clarke de la ciencia ficción francesa, Pierre Marlson, Daniel Walther, importante escritor galo del género, cuya obra ha sido ampliamente traducida en EE.UU., y Philippe Curval, uno de los más populares autores de la nueva ola de su país. El resultado es cinco relatos bien distintos, pese a la temática común y que dan una muestra soberbia de esa otra ciencia ficción tan interesante como es la francesa, no excesivamente divulgada en nuestro país.

(J. C. P.)

6. Kit Pedler y Gerry Davis, *El roecerebros*

La humanidad ha llegado a confiar de un modo cada vez más abrumador en una tecnología que, día a día, se hace más compleja y difícil de controlar. ¿Qué sucedería si, de pronto, una creciente y alarmante cantidad de personas perdiera la inteligencia necesaria no ya para operar un ordenador personal sino, simplemente, su equipo de

música, su coche o el ascensor del edificio?

Kit Pedler y Gerry Davis puede que no suenen demasiado al lector habitual del género, pero todo historiador de la ciencia ficción televisiva y todo amante de las series de la pequeña pantalla les debe telefilms tan memorables como la larga saga del *Doctor Who* o *Doom-watch*. En esta novela exploran un tema apasionante, cada vez más actual, y que combina una atractiva trama de intriga y tensión política con el dantesco cuadro de una humanidad reducida al estado de primates indefensos, incapaces de entender sus propios instrumentos: al lector habitual, además, le divertirá comprobar que, por una vez, la ciencia ficción no predice portentosos aumentos del coeficiente intelectual o poderes mentales inconcebibles, sino todo lo contrario.

(A. S.)

7. Isaac Asimov, *La Edad de Oro de la ciencia ficción (I)*

De la mano de Isaac Asimov, que a sus cualidades de narrador y ensayista une la algo menos conocida de excelente antólogo, el lector puede disfrutar de un extenso volumen de relatos seleccionados de entre los mejores que dieron lugar al explosivo crecimiento y popularidad del género en sus mismísimos orígenes como tal (*antes*, de hecho, de la así llamada Edad de Oro). La aventura espacial en su forma primitiva e impetuosa como la configuraron nombres gloriosos del momento como Edmond Hamilton, Raymond F. Jones, Jack Williamson, el entonces debutante Clifford D. Simak, y firmas olvidadas en la actualidad como el Capitán S. P. Meek, P. Schuyler Miller, Charles Tanner y Laurence Manning, con relatos procedentes del período 1931-1933, cuando la ciencia ficción era joven y todo lo que buscaban sus cultivadores en las revistas populares del momento era dejar volar sin trabas la imaginación.

Asimov debe una buena parte de su enorme popularidad al irreversible encanto de sus *modestas* presentaciones, con las que ha sabido ganarse la simpatía de un número creciente de admiradores. Esa misma inimitable habilidad es la que Asimov desempeña en antologías como la presente, en la que hay unas 30 páginas previas del autor examinando clínicamente el momento del género —formativo para él: ésa fue precisamente la ciencia ficción que Asimov leyó de joven y que marcó su obra—, y extensos comentarios enlazando cada relato. La unidad del conjunto logra captar desde la primera página la atención del lector, cuyo deleite aumenta según avanza en la lectura del volumen. Si a eso le sumamos el interés histórico de la obra, cuya riqueza en este sentido es precursora de la posterior faceta del autor como historiador, el resultado no puede ser más satisfactorio.

(A. C.)

8. Fritz Leiber, *Los cerebros plateados*

Se terminaron los tiempos en que editores y lectores estaban a merced de gentes tan poco de fiar como los escritores. En este feliz futuro, toda la producción de «mecalingua» (literatura popular de consumo) está confiada a las expertas y seguras manos de las máquinas y los robots. Todo se ha mecanizado, desde la censura hasta las secretarías de los editores, y todo iría sobre ruedas en el mejor de los mundos posibles de no ser porque algunos escritores, siempre eternos descontentos, pretenden introducir algún que otro palo entre los engranajes...

Amarga, entretenida y altamente inteligente, *Los cerebros plateados* extrapola de modo magistral esa peligrosa tendencia de cierta literatura actual (¿quién, leyendo más de un *best-seller* de moda, no ha pensado que parece hecho por una máquina... y, a veces, una máquina algo oxidada?) por la que el riesgo y la aventura que deben ser el alma de toda creación literaria se ven sustituidos por el cálculo, la prudencia patiocorta y el estudio de mercado que pretende servirle a la mayor cantidad de público lector posible una literatura que sirva sólo para usar y tirar, sin ningún otro tipo de aspiración. Por fortuna, mientras autores como Leiber sigan siendo capaces de escribir novelas como ésta, no todo se habrá perdido: se puede seguir leyendo algo hecho por manos inteligentes y humanas, no por máquinas mediocres y decididamente tontas...

(A. S.)

9. Jack Williamson, *La legión del espacio*

Williamson es el autor de mayor relevancia de entre todos los que empezaron su carrera en el nacimiento del género en las revistas populares norteamericanas, siendo recordado como uno de los más perfectos cultivadores del *space opera*. Su principal virtud es probablemente la capacidad de adaptación y versatilidad que ha mostrado a lo largo de su carrera para evolucionar conforme lo hacía el género. Gracias a ello, Williamson puede jactarse de ser todavía en la actualidad uno de los escritores norteamericanos más populares.

La legión del espacio es la novela más famosa del autor y todo un clásico de la aventura espacial. El destino del universo pende de un hilo, los peligros acechan a los mundos humanos desde el exterior y también desde dentro de los mismos, y sólo cuatro aventureros, casi sin ayuda de nadie, podrán enfrentarse a los tortuosos designios de malvados sin escrúpulos... La historia de *Los tres mosqueteros*, hábilmente reciclada en un escenario galáctico, es el tipo de fuente del que han bebido films recientes como *La guerra de las galaxias*, salvo que es en novelas como ésta donde la ingenuidad de tales planteamientos gozaba de toda su frescura.

10. Fred y Geofrey Hoyle, *Infierno*

Junto con Arthur C. Clarke, Fred y Geofrey Hoyle (padre e hijo respectivamente), son los máximos exponentes de la escuela *dura* de la ciencia ficción británica, en la que la preeminencia del rigor científico en la narración se ha dado mucho menos frecuentemente que en Norteamérica. Fred Hoyle es, como Clarke, un reputado astrónomo, y sus obras de divulgación han rivalizado en popularidad a novelas como la presente, a veces escritas en solitario y otras en colaboración con su hijo. *Infierno* es una novela catastrófica (uno de los temas recurrentes del género) en la que la explosión de una supernova pone en peligro la supervivencia de la civilización sobre la Tierra. La óptica de la narración es detalladamente racionalista, y resulta sorprendente ver cómo en un determinado momento de la misma, enfrentados a la posibilidad de que nuestra mota de polvo pudiera desaparecer, los Hoyle descubren ante el lector sus más profundas concepciones filosóficas. El rigor, la agilidad de la narración y su honestidad hacen de *Infierno* una obra memorable.

(A. C.)

11. Gilíes D'Argyre, *Los asesinos del tiempo*

Novela cronológicamente anterior a *El cetro del azar* y obra, como ya quedó dicho de Gerard Klein amparado en su seudónimo de Gilíes D'Argyre que empleó durante unos años para sus novelas de aventuras espaciales. *Los asesinos del tiempo* se diría un homenaje a las complejas aventuras espacio-temporales de la ciencia ficción clásica americana y nos trae de inmediato el nombre de A. E. Van Vogt al recuerdo, con sus guerras estelares, conflictos entre naves e intrigas siniestras. La novela viene precedida de un prólogo en el que Gerard Klein analiza su *alterego*, Gilíes D'Argyre...

(J. C. P.)

12. Isaac Asimov, *La Edad de Oro de la ciencia ficción (II)*

Complemento del número 7 de la colección, este volumen abarca el período 1934-1938, en esta ocasión con relatos de Jack Williamson, Murray Leinster, Stanley G. Weinbaum, Edmond Hamilton, John W. Campbell y algunos otros autores menos conocidos. Mención aparte merece un relato del propio Asimov, *Caza mayor*, que fue rescatado del olvido durante el proceso de confección de las antologías y que posteriormente no ha sido recogido en ninguna recopilación del autor.

Junto a su primera entrega, *La Edad de Oro de la ciencia ficción* recoge en total casi un millar de páginas de ciencia ficción en su forma más clásica, siendo la antología definitiva para quien desee acercarse a este período de la historia del género.

(A. C.)

13. Philip K. Dick, *Ubik*

Ubik está reconocida por la crítica europea como la obra maestra y la más significativa de Philip K. Dick, el escritor americano de ciencia ficción sobre cuya obra y figura más se ha escrito y analizado. En *Ubik*, más quizá que en ninguna otra obra del autor, se hallan reflejados todos sus fantasmas particulares, todas las angustias y temores que le convirtieron en uno de los más lúcidos, originales y controvertidos escritores de ciencia ficción de todos los tiempos.

La novela, que se inicia con un rutinario enfrentamiento entre dos facciones rivales de seres dotados con poderes metasíquicos y dirigidos por dos personalidades rivales, deriva inesperadamente hacia un segundo tema que anula y borra al primero, convirtiéndose en el centro y eje de la novela: el desquiciamiento de la realidad, la anulación de fronteras entre los vivos y los muertos, el derivar del tiempo, desde el presente hasta el pasado. Los personajes se degradan y mueren a medida que avanza la novela, no en una degradación moral, sino física. Pierden su sustancia y entran en el mundo de los muertos, donde las cosas tampoco funcionan demasiado bien. Los muertos, por su parte, pueden comunicarse con los vivos y advertirles de los peligros que les aguardan, tanto a unos como a otros. La realidad, pues, desaparece y es sustituida por una fachada que se desmorona lentamente. Una novela electrizante, cuya lectura llega a hacerse casi agobiante para el lector y que constituye uno de los pilares fundamentales de la ciencia ficción moderna. El trabajo más completo, absorbente e inquietante de su autor, cuyas obras de ficción eran un espejo deformado de lo que entendemos por realidad.

(J. C. P.)

14. Samuel R. Delany, *La balada de Beta-2*

Si hasta ahora casi todos los títulos de la colección habían venido configurando distintos aspectos de las formas más clásicas del género, con *La balada de Beta-2* se establece definitivamente la política que ha distinguido al conjunto de su fondo: la publicación sin discriminaciones de obras procedentes de cualquier parte del extenso abanico de tendencias y épocas que tan característico es de la ciencia ficción.

Delany se dio a conocer impetuosamente en los años 60 con el movimiento renovador que propició Harían Ellison (véanse al respecto los números 82,83 y 84),

quedando reconocido desde entonces como una de las máximas figuras de la ciencia ficción norteamericana, a la que ha aportado el uso y el estudio del lenguaje como pieza fundamental en el desarrollo de una novela. En esta obra, Delany llevó a cabo una renovación del *space opera* por medio del lenguaje llamativo y centelleante que ha llegado a ser su distintivo personal. En ella, un estudiante de antropología investiga la verdad detrás de la leyenda en una antigua canción popular de una cultura de la primitiva Tierra cuyas generaciones se suceden viajando en una flota de naves estelares. Al interés en problemas de lingüística y comunicación, Delany une el estudio de una mitología viva y la estructura del viaje iniciático para conseguir una obra fascinante.

(A. C.)

15. Larry Niven, *Mundo Anillo*

Un planeta que no se parece a ningún otro (porque está hueco), una heroína dotada por un azar genético de una insultante e inmerecida buena suerte, dos de las razas alienígenas más inolvidables de toda la ciencia ficción (los titerotes, el prototipo de los mercaderes natos, intrigantes, traicioneros y cobardes; los kzinti, guerreros hasta la médula) y el propio destino de la civilización terrestre colgando en los aires. Todo depende de quién llegue a ser el amo de Mundo Anillo.

Larry Niven es el mejor continuador de la llamada escuela «dura» en la ciencia ficción, aquella en la que la extrapolación científica sigue teniendo un papel, al menos, tan importante como el del vuelo imaginativo o la fantasía literaria. Por suerte, a su sólida cultura científica, Niven une una escritura ágil y amena, una imaginación desbordante y capaz de llevar a buen término las más delirantes y aventureras tramas y un sano sentido del humor; virtudes todas ellas que no siempre abundaron en los tiempos legendarios de la Edad de Oro del género fanta-científico. *Mundo Anillo* fue galardonada con los premios Hugo de 1971 y Nébulas de 1970, concedidos respectivamente por votación popular y por votación de los escritores de ciencia ficción americanos, lo que habla bien claro respecto a su capacidad de suscitar el interés tanto del mero aficionado al género como de quien se gana la vida escribiéndolo.

(A. S.)

16. Thea Von Harbou, *Metrópolis*

Metrópolis, el film de Fritz Lang, realizado en 1926, es ya todo un clásico del cine fantástico. Sin embargo, suele pasarse por alto que el guión del film (y de otros del propio Lang) fue escrito por su esposa y colaboradora, Thea Von Harbou, que con el tiempo lo convirtió en novela, al igual que muchos otros de sus guiones, casi

siempre de temas fantásticos. Esta edición, presentada por el especialista Forrest J. Ackerman, recoge el texto novelado por Von Harbou y permitirá tanto a quienes hayan visto el film como a quienes lo desconozcan, adentrarse en la ciudad de Metrópolis, cuyo «sueños de reyes» sigue siendo hoy día una de las más importantes anti-utopías de lo fantástico.

(J. C. P.)

17. James Blish, *Un caso de conciencia*

La vida de un sacerdote en la era espacial puede ser maravillosa pues, en principio, la mera existencia del Universo parece un canto a la gloria de Dios. Eso era cierto para el padre Ruiz-Sánchez hasta el descubrimiento del planeta Litina, habitado por reptiles inteligentes, que sólo creen en la razón pura y muestran una alarmante capacidad para la discusión y el enredo teológico. Gradualmente, el padre Ruiz-Sánchez va llegando a la conclusión de que Litina es obra del diablo o, lo que es peor aún, la prueba de que la creación no es necesariamente de origen divino. La herejía aparece en el horizonte...

Junto con el sexo, la especulación religiosa es probablemente el tema menos tratado por la ciencia ficción. Dentro de las escasas muestras de la ciencia ficción religiosa, *Un caso de conciencia* brilla con luz propia porque desdeña el aspecto pirotécnico y meramente aventurero al que tan fácilmente puede inclinarse el tema (y en el que ha solido caer Philip José Farmer, el otro cultivador asiduo de tales problemas) para tratarlo con gran rigor teológico y una seriedad que rehúye constantemente tanto la palabrota como la exaltación místicoide. El mayor mérito del libro es el de hacer inteligibles al lector los motivos, tanto los confesados como los ocultos, de todos los personajes del libro, que nunca caen en el fanatismo ni la ceguera religiosa: incluso los habitantes de Litina, una de las razas extraterrestres más difíciles de imaginar, ya que el impulso de la creación religiosa (o de la negación) es básico en el ser humano y éstos carecen de él, terminan por hacerse comprensibles y cercanos al lector. El dilema en que se debate el padre Ruiz-Sánchez, la destrucción de Litina por medios profanos o religiosos, termina siendo sentido por el lector como si fuera suyo propio.

Un caso de conciencia fue galardonada con el premio Hugo en 1959.

(A. S.)

18. Gordon R. Dickson, *Al estilo extraterrestre*

La humanidad ha empezado a expandirse en el espacio pero su entusiasta empuje inicial ha topado con una grave dificultad: una raza extraterrestre, los ruml, se oponen implacablemente a todos los intentos de comunicación por parte de los hombres y han

declarado una guerra sin cuartel a la humanidad entera. La guerra, aparentemente, sólo puede saldarse con el exterminio total de uno de los dos bandos en conflicto... a menos que la ininteligible mentalidad ruml pueda ser descifrada y se llegue a encontrar un terreno común de entendimiento entre las dos razas. Algo que sólo un hombre puede lograr...

La única novela traducida al castellano de uno de los segundones más gloriosos de la ciencia ficción estadounidense, Gordon R. Dickson, que a lo largo de su extensa carrera iniciada en 1950 ha tocado todos los temas y estilos; *Al estilo extraterrestre* se centra en una de sus obsesiones favoritas: la guerra interplanetaria, la mentalidad del soldado profesional con sus limitaciones y obsesiones. Pero, a diferencia de otras obras suyas, esta novela demuestra una considerable capacidad de entendimiento hacia lo que piensa el contrario y, más que la crónica de una guerra, la odisea de su protagonista sirve para retratar la investigación, entre psicoanalítica y policíaca, del objeto más misterioso que puede existir en el universo: la mente de un ser consciente, aunque no sea en principio un ser humano.

(A. S.)

19. Michael Ashley, *Los mejores relatos de ciencia ficción. La era de Campbell (1936-1945)*

Las antologías de Asimov aparecidas en números anteriores de la colección abarcaban la casi totalidad de los años 30, dominados por la presencia de las revistas de Hugo Gernsback en los quioscos. Gernsback, verdadero padre fundador de la ciencia ficción como mercado popular, dejó de ser la figura dominante poco después de los años de la Depresión americana. La nueva figura que llegaría a tomar su lugar fue John W. Campbell, quien accediera a la dirección de *Astounding Stories*, importante revista del momento, en 1937. La influencia de Campbell ha sido una de las más notorias de todas las que han configurado la evolución del género, y se caracterizó por un abandono progresivo de las aventuras trasnochadas del pasado en favor de la plausibilidad y el análisis de las consecuencias de la ciencia más que la obsesión anterior en la propia ciencia. La era de Campbell puede considerarse el paso definitivo que hizo surgir la generación de Asimov, Heinlein, Van Vogt, Simak y tantos otros.

Michael Ashley inicia con este volumen una de las más ambiciosas y fructíferas experiencias en el campo de las antologías. El título genérico de la serie es «La historia de la revista de ciencia ficción», y cada volumen viene precedido por un exhaustivo estudio de la evolución de las revistas del género en el período referido. Ashley sabe dosificar con maestría el uso de la anécdota a lo largo de todas sus explicaciones para conseguir que la abrumadora cantidad de datos recopilados mantenga el atractivo de una lectura amena. Cada volumen reúne en su aspecto narrativo diez relatos, uno por año, del momento estudiado, con cuya acertada

elección se demuestra el profundo conocimiento del antologista: Stanley G. Weinbaum, Eric Frank Russell, Jack Williamson, Donald A. Wollheim, Robert Bloch y Murray Leinster son algunos de los autores que integran el sumario, excelentes representantes del género durante el tiempo considerado.

(A. C.)

20. Isaac Asimov, *Lo mejor de Stanley G. Weinbaum*

La lectura de los relatos contenidos en este volumen no hace sino más lamentable la brevedad de la carrera literaria de Stanley Weinbaum, una verdadera estrella fugaz en el firmamento de la ciencia ficción, al que una fulgurante enfermedad quitó la vida a los treinta y cinco años, cuando aún podía esperarse mucho de él.

Narraciones como *Una odisea marciana*, *Las gafas de Pigmalion* o *La isla de Proteo* parecen hoy tan frescas como en el momento en que fueron escritas, y hasta el conocedor del género sentirá sorpresa al compararlas con el nivel medio de los relatos en el momento de su publicación. Weinbaum no sólo cuidaba la escritura de un modo muy raro en unos días en que el apresuramiento y la poca profesionalidad eran, por desgracia, la moneda común; tenía de propina el raro don, que escaseaba tanto entonces como ahora, de hacer creíbles los personajes y las situaciones más extrañas, darles visos de verosímiles e introducir al lector en ellas casi sin que éste se diera cuenta. El extraterrestre protagonista de *Una odisea marciana*, un relato de inclusión obligada en todas las antologías sobre alienígenas que se precien, es un ejemplo perfecto de cómo Weinbaum era capaz de construir seres extraños que no fueran meras caricaturas de la humanidad, sino que estaban dotados de una psicología propia y de unas reacciones plausibles, una vez admitida su profunda distancia inicial del ser humano.

El volumen se completa con un prólogo donde Isaac Asimov analiza la personalidad de Weinbaum, y un epílogo donde Robert Bloch, el conocido escritor de terror, fantasía y ciencia ficción, recuerda los tiempos en que conoció a Weinbaum y especula sobre la influencia y la aceleración que éste habría podido tener en el género, de haber seguido con vida durante unos años ipás.

(A. S.)

21. Robert Heinlein, *Hija de Marte*

Robert Heinlein es el autor más popular de ciencia ficción en América, donde sus novelas son leídas y aplaudidas masivamente. Buena parte de su popularidad —reflejada asimismo en cuatro premios Hugo de novela—radica en que durante muchos años escribió una serie de libros juveniles con la suficiente inteligencia como para que pudieran ser leídos y disfrutados por cualquier público, juvenil o no.

Hija de Marte, publicada en 1963, fue la última de ellas y nos presenta uno de sus personajes más dinámicos y avispados, Podkayne, la adolescente nacida y criada en Marte cuyo máximo deseo era viajar y conocer la Tierra. Lo consigue y provoca un contraste desenfadado entre el sistema de vida marciano y sus costumbres con los de la Tierra, visto con ironía, buen humor y algunas aventuras. Podkayne es un travieso personaje que con sus ocurrencias hace disfrutar al lector... y pasar malos ratos a los demás personajes de la novela.

(J. C. P.)

22. Ian Watson, *Empotrados*

Quienes debían tomar contacto con los misteriosos extraterrestres Sp'thra eran, en principio, un equipo especializado de investigadores. Que a este equipo de lo más ortodoxo se terminara uniendo un lingüista obsesionado por el problema de reeducar niños autistas y un antropólogo que está a punto de perder la cabeza por las peculiares cualidades de una tribu de indios brasileña no sería demasiado extraño. Pero cuando los Sp'thra resultan considerar el peculiar lenguaje de dichos indios como lo más interesante de la Tierra y cuando en las aparentemente inofensivas cadenas verbales de los indígenas se encierra el explosivo poder de cambiar toda la concepción mental de la raza humana, las cosas empiezan a complicarse en progresión geométrica.

Esta novela le valió a su autor, el inglés Ian Watson, el raro mérito de hacerse un nombre en el campo de la ciencia ficción con su primer libro. Rara vez un debut ha sido tal fulminante, y tan merecido el éxito crítico y de público con que fue acogido: *Empotrados* es una especulación fascinante construida sobre un tema que, por estar tan a la vista, había sido desdeñado olímpicamente por la ciencia ficción; la importancia del lenguaje en la percepción y la forma en que un lenguaje determinado coarta e impone una determinada visión del mundo. Watson no sólo demuestra una madurez literaria en esta su primera novela que ya querrían bastantes autores consagrados, sino que, además, revela una vasta y asombrosa erudición científica: ésta, por fortuna, no se limita, como suele ocurrir en cierta ciencia ficción, a ciencias como la física, la química y similares, pues profundiza en dominios tan fascinantes y cargados de consecuencias para el hombre actual como la psicología, la lingüística o la antropología. En lo que respecta a la mera trama aventurera de la novela, es notable como Watson consigue no dejar escapar ninguno de los cabos que forman el complicado desarrollo argumental, que se hace progresivamente más complejo a medida que avanza el libro.

Empotrados fue finalista del premio Campbell en 1974, y ganó el premio Apolo concedido por el conjunto de la crítica y los escritores del género franceses en 1975.

(A. S.)

23. Leigh Brackett, *La espada de Rhiannon*

Casada con Edmond Hamilton, el maestro junto con Doc Smith, Murray Leinster y Jack Williamson, del primitivo *space opera*, Leigh Brackett desempeñó una remarcable carrera literaria, a partir de los años 40, que alternó con la confección de guiones cinematográficos, entre ellos los de un par de películas de Howard Hawks. Sus historias más famosas se encuentran a medio camino entre la ciencia ficción y la fantasía heroica (vertiente de la fantasía que puede asociarse al *space opera* de la ciencia ficción, y con el que su evolución guarda numerosos paralelismos), y puede decirse que marcó desde el principio de su aparición en las publicaciones norteamericanas a toda una generación de autores que desarrollarían la fantasía heroica en sus formas más elaboradas. «*La espada de Rhiannon* combina admirablemente una trama dinámica de aventuras con la descripción de cariz romántico de una antigua civilización marciana, estando escrita como homenaje a Edgar Rice Burroughs y superando el modelo al decir de muchos. La obra de Brackett, desgraciadamente poco divulgada en castellano, es probablemente una de las más valiosas de su período; el vigor y los recursos de su prosa, el exotismo de sus ambientes y la soberbia caracterización de sus personajes han conferido una durabilidad a novelas como la presente con la que muy pocos de los escritores de aquel momento pueden competir en la actualidad.

(A. C.)

24. Roger Zelazny, *Tú, el inmortal*

Mucho ha cambiado la Tierra: la radiactividad la ha poblado de mutantes que, a los ojos desprevenidos, pueden hacer pensar en un renacimiento de la vieja mitología y lo que resta del planeta, convertido en un museo para diversión de los extraterrestres de Vega, es gobernado desde una isla. Y mucho ha cambiado la vida de Conrad Nimikos, el inmortal, ex líder de la resistencia contra los veganos, que ahora se ve obligado a recibir en su residencia la visita del embajador vegano Cort Myshtigo y a jugar con él el doble y arriesgado juego de, a la vez, proteger su vida de los exaltados y averiguar lo que los veganos piensan hacer con el planeta...

Revisión del relato ... y llámame *Conrad*, con el que Zelazny ganó el Hugo en 1966, *Tú, el inmortal* es una fascinante novela de aventuras con el despliegue de escenarios e imaginación que han hecho inimitable su obra. El eterno interés de Zelazny por la fantasía, que en muchas ocasiones le ha hecho orientar sus libros hacia lo fantástico, por venirle demasiado estrecho el campo de la ciencia ficción, se vuelca aquí hacia el rico mundo de los mitos clásicos griegos, siendo el libro a la vez que una magnífica novela aventurera, como ya se ha dicho, una aguda reflexión sobre la

melancólica soledad de un inmortal y las responsabilidades que éste siente hacia el resto de los hombres que no comparten su bendición... o su condena.

(A. S.)

25. Fritz Leiber, *Un fantasma recorre Texas*

El planeta Tierra ha sobrevivido a la Tercera Guerra Mundial, aunque debe reconocerse que ha quedado un tanto maltrecho: grandes zonas de la superficie siguen siendo radiactivas y lo que no lo es se encuentra en manos algo extrañas. Por ejemplo, los Estados Unidos han sido absorbidos por el estado de Tejas convertidos en una especie de parodia del salvaje Oeste. Y para que todo se complique aún más, ha empezado la revolución que, para estar de acuerdo con los raros tiempos que corren, está encabezada por un líder igualmente raro: un fenómeno zanquilargo, criado en un satélite espacial, cuyos débiles músculos sólo aguantan la gravedad terrestre gracias a un exoesqueleto de titanio...

Leiber combina aquí magistralmente la seriedad con la sátira para ofrecer una magnífica novela de SF humorística, que nada tiene que envidiarle a lo mejor de un Brown o un Sheckley, y que esconde tras el aparente enloquecimiento de sus peripecias una feroz denuncia de las locuras que pueden conducir a un apocalipsis nuclear y ridiculiza sin piedad los peores y más aparatosos vicios del sistema de vida americano, encamado y concentrado en la Tejas ¿ficticia? del libro. Si alguien duda de que pueda escribirse una novela picaresca con los ropajes de la ciencia ficción, las aventuras de «El Esqueleto» y su peculiar revolución le probarán lo contrario.

(A. S.)

26. Isaac Asimov, *El fin de la eternidad*

Máximo exponente de la escuela racionalista y uno de los narradores más hábiles que ha dado el género, la figura de Asimov no necesita presentaciones, hasta el punto de que su nombre se ha llegado a identificar (en particular por los desconocedores del tema y hasta extremos exagerados) con todo lo que tenga que ver con la ciencia ficción. Las raíces de su enorme popularidad habría que buscarlas —más allá de sus notables cualidades para captar la atención del lector sin esfuerzo aparente y conducirlo ágilmente a través de tramas precisas y elaboradas— en la forma que ha plasmado en su obra la confianza en la supremacía de la inteligencia y el espíritu racional como forma de vida e instrumento para la superación de los problemas de la humanidad; entre sus personajes no aparecen malvados sin escrúpulos y en su lugar plantea conflictos de intereses, cuya resolución dependerá de la capacidad de maniobra de las figuras implicadas o, en ocasiones, del propio y lógico devenir de la historia.

El fin de la eternidad se cuenta entre sus novelas de concepción más brillante (sólo comparable a *Los propios dioses* y los ciclos de los Robots y las Fundaciones), y en ella explota con maestría el tema del viaje por el tiempo, aderezado con una romántica historia de amor. Eternidad es una organización que existe paralelamente a la historia humana desde el siglo 27 al 70.000, teniendo como principal responsabilidad «suavizar» el curso de los acontecimientos y velar con ello por el mayor bien de la mayoría (similarmente a como el Plan Shaldon y su Fundación buscan manipular la historia para evitar el sufrimiento de miles de años de caída de la civilización). El protagonista se ve envuelto en el nada fácil dilema de decidir entre el proteccionismo de Eternidad, que de entrada evita una temprana catástrofe nuclear en los albores de nuestra civilización, y la libertad del individuo y el derecho a escoger su propio futuro. Porque además, los resultados de la política de Eternidad a largo plazo no acaban de estar del todo claros...

Hay que señalar por último que *El fin de la eternidad*, junto a la casi totalidad de la obra de Asimov, es una pequeña porción de un todo coherente: el viaje por el tiempo involucra la existencia de diferentes futuros posibles, y el final que plantea el autor abre directamente la puerta al ciclo de Trantor: *Un guijarro en el cielo*, *En la arena estelar* (véase el número 45 de la colección), *Las corrientes del espacio* (véase el número 54) y las Fundaciones. Asimismo, con las novelas más recientes del autor se unifica todo lo anterior al hasta ahora ciclo independiente de los Robots.

(A. C.)

27. Robert Heinlein, *La desagradable profesión de Jonathan Hoag*

Este volumen reúne seis relatos de Robert Heinlein, una buena muestra de su versatilidad y originalidad e incluyendo verdaderas obras maestras de la narrativa corta de ciencia ficción. El que da título al volumen es una casi-novela de corte fantástico que sorprenderá incluso a los más acérrimos seguidores del autor por su tema inesperado, a medias entre el terror y lo sobrenatural, género poco frecuente en este escritor. El volumen contiene, además, un clásico del autor y de los relatos de paradojas temporales, *Todos vosotros zombies...*, junto con *Y construyó una casa torcida*, ejemplo de la capacidad de la ciencia ficción en desarrollar un juego matemático. *El hombre que vendía elefantes* es una buena muestra de la vertiente humorística del autor. Finalmente, *Ellos* y *Nuestra hermosa ciudad* demuestran cómo Heinlein domina con igual facilidad el relato y la novela larga. El conjunto de los relatos ofrece, por tanto, diversas formas de literatura fantástica y ciencia ficción, y su variedad temática y estilística son una clara explicación del porqué de la fama de su autor.

(J. C. P.)

28. Frank Herbert, *El cerebro verde*

Frank Herbert, el creador de *Dune*, está considerado como el máximo exponente de la ciencia ficción ecológica. *El cerebro verde* es una de sus novelas más significativas en ese campo y nos presenta una Tierra amenazada por la invasión de unos seres derivados de las hormigas amazónicas, lo que permite al autor una detallada descripción de las selvas brasileñas, llena de colorido y exotismo. Herbert consigue una novela de intriga rigurosamente basada en el equilibrio ecológico y determinadas especulaciones fantacientíficas.

(J. C. P.)

29. John Boyd, *Mercader de inteligencia*

El propietario de una casi arruinada compañía farmacéutica, padre de un hijo subnormal, descubre una droga que aumenta la inteligencia, pero que también causa mortandad entre muchos de los animales con los que experimenta. Finalmente, decide probar la droga en su propio hijo, en buena parte el motivo de tanta dedicación a mejorar la misma. El resultado será totalmente inesperado para el químico.

Con esta novela, se presenta al lector un autor hasta ahora totalmente desconocido en lengua castellana: John Boyd, americano que publicó su primera novela de ciencia ficción a los cincuenta años y cuyo estilo curiosamente está más cercano al de los autores ingleses que no al de los americanos, por su escritura cuidadosa y estilo cultivado. Boyd, además, ofrece la peculiaridad de que en muchas de sus novelas afronta directamente los durante tanto tiempo considerados temas tabúes de la ciencia ficción: sexo y religión: *Mercader de inteligencia*, publicada en 1972, es un buen ejemplo de sus cualidades de buen y ameno narrador.

(J. C. P.)

30. Robert A. Heinlein, *Las cien vidas de Lazarus Long*

Una de las características que han influido notablemente en el éxito de la obra de Heinlein, además de las ya citadas referentes a su capacidad narrativa, es la unidad de gran parte de su obra en un todo coherente que ha llegado a configurar toda una Historia del Futuro, tan ambiciosa como impresionante. Entre los relatos y novelas que conforman el ciclo abundan las referencias cruzadas que llegan a configurar un resultado superior a la suma de las partes. Sin embargo, dentro de este vasto escenario, ha habido un personaje que ha llegado a ganar particularmente el favor del público, hasta el punto de haber motivado al autor a recoger de nuevo sus andanzas en textos posteriores: Lazarus Long.

Las cien vidas de Lazarus Long nos presenta por primera vez a «las familias», seres humanos normales que han sido ¿bendecidos? con el don de la longevidad, y entre ellos a Lazarus Long, el más favorecido por tal peculiaridad genética. Las familias sufren las consecuencias del temor que despiertan entre los hombres normales las minorías privilegiadas, y llegado el momento deberán apartarse del resto de la humanidad para seguir su propio camino. El personaje prácticamente inmortal, pero ante todo un ser humano, le permite a Heinlein desarrollar dentro del armazón de una novela básicamente de aventuras, sus propias concepciones sobre el fluir de la vida, el amor y la muerte, temas que basarían a ocupar el papel central de *Tiempo para amar* (véase el número 40 de la colección), novela en la que prosigue la historia de Lazarus Long.

(A. C.)

31. Wilson Tucker, *Los amos del tiempo*

Wilson Tucker no es un autor excesivamente activo en el campo de la ciencia ficción. Pese a ello, algunas de sus novelas han obtenido notable repercusión y son consideradas como modelos dentro de las distintas temáticas del género. *Los amos del tiempo*, una de sus primeras obras y de las más celebradas, narra la odisea de un extraterrestre caído y atrapado en la Tierra desde tiempos inmemoriales, sin esperanza de poder regresar a su planeta de origen. La obra está narrada al estilo de la novela negra (otro género también cultivado por Tucker) y consigue una buena combinación de suspense y ciencia ficción.

(J. C. P.)

32. Thomas N. Scortia y George Zebrowski, *El hombre-máquina (antología de relatos de cyborgs)*

Desde los tiempos iniciales del género, la creación de máquinas inteligentes —los generalmente denominados robots— y la ambición de usurpar el papel de Dios creando vida biológica han sido temas dominantes. Del matrimonio entre el mito del doctor Frankenstein y los fabricantes de máquinas más o menos humanoides surge recientemente la idea del *cyborg* (contracción de las palabras inglesas «cybernetic organism», organismo cibernético), un ser humano al que se le injertan todo tipo de mecanismos para hacerle sobre o infrahumano. La presente antología investiga las posibilidades imaginativas que los *cyborg* le ofrecen al género, desde la soledad y tristeza que se desprende de los protagonistas de *Intersección estelar* (George Zebrowski) o *Máscaras* (Damon Knight), condenados a la soledad y la incompreensión por sus naturalezas alteradas, a medio camino entre el hombre y la máquina, hasta el misticismo redentor de *Crucifixus etiam* (Walter M. Miller Jr.), con

toda la gama de posibilidades intermedias.

(A. S.)

33. Brian W. Aldiss, *Los oscuros años luz*

Aunque en la actualidad se asocie el nombre de Aldiss al experimento literario y la revolución inglesa relacionada con la *new-wave* —a veces con resultados apasionantes, pero otras de carácter gratuito y discutible—, algunas de sus mejores novelas pertenecen a un primer período en el que demostró ya las excelencias de su virtuosismo literario con novelas de corte clásico y siguiendo las pautas habituales del género. *Los oscuros años luz* es una de las últimas novelas de este período del autor y una obra fascinante sobre el tema del encuentro del hombre con alienígenas inteligentes. Agil, provocativa en muchos momentos y con generosas dosis de humor, en la novela se plantean las dificultades de comunicación que pueden surgir entre dos concepciones dispares del universo en tono paradójico: ¿cómo puede alguien llegar a buenos términos con unos seres cuyo aspecto físico y costumbres son francamente repulsivos?

(A. C.)

34. Juan Trigo, *Desierto de niebla y cenizas*

La aparición de un hombre de una antiquísima civilización, milagrosamente vivo, pone* sobre el tapete las posibilidades de comunicación entre dos culturas separadas por el tiempo: ¿es el hombre capaz de aprender algo de los errores de un pasado que no recuerda, o la historia procede cíclicamente y se repetirán los mismos errores con consecuencias catastróficas?

El catalán Juan Trigo demostró con esta novela dominar con soltura los recursos de la narrativa contemporánea para crear una novela experimental, en la que confluyen elementos oníricos y misticismo con un notable ritmo narrativo. Una novela única entre las pocas que ha dado la ciencia ficción española.

(A. C.)

35. Isaac Asimov, *El hombre del bicentenario*

Habiendo alcanzado la cumbre dentro de la ciencia ficción con su ciclo de los Robots y el de las fundaciones, o novelas como *El fin de la eternidad* (véase el número 26 de la colección), Asimov consiguió mantener su nombre en primera fila compitiendo con todos los nuevos escritores que surgían impetuosamente y dando nuevas muestras de su maestría a lo largo de los años 70. *El hombre del bicentenario* recoge relatos originales del período 1969-1976, durante el que Asimov ganó el

premio Hugo por *Los propios dioses* y también por el relato que presta su título a la recopilación, uno de los más bellos de toda su obra: un robot entrañable y sus deseos de llegar a sentir *todo* lo que sentimos los hombres.

El volumen abarca un total de once relatos y una poesía, en los que Asimov rompe bastantes de los moldes que hasta entonces habían marcado su obra: Los robots dejan de ser máquinas lógicas y nos presenta uno humanizado en el relato citado hace un momento, cuando no otro que llega a asesinar a un ser humano para tomar su lugar con intenciones funestas (*El incidente del tricentenario*). En *Tromba de agua* plantea honestamente la dicotomía con la que se enfrenta el mundo moderno sobre en qué dirección dirigir sus esfuerzos —hacia el espacio para ganar nuevas fronteras y recursos, o plantearse seriamente la resolución de los problemas en la Tierra—, uno de los puntos cadentes con los que cualquier escritor del género debe enfrentarse en algún momento. Con *Vida y tiempo de Multivat* pone un final inesperado a las crónicas de su computadora favorita... Y siempre presente a lo largo de todo el libro, la facilidad de Asimov en sorprender una y otra vez al lector de formas inusitadas.

(A. C.)

36. Herbert W. Franke, *La caja de las orquídeas*

El austríaco Herbert W. Franke está reconocido como el autor más importante y original de la ciencia ficción en lengua alemana. *La caja de las orquídeas*, una de sus obras más celebradas, es también una de las más sorprendentes. La novela narra, en apariencia, la exploración de un planeta por un grupo de espacionautas, los peligros a los que han de enfrentarse y las dificultades que han de superar. Pero, a medida que se avanza en la lectura, el lector comprende que lo que Herbert está narrando tiene que ser algo muy distinto, la exploración del planeta no sigue los cánones tradicionales de este tipo de novelas. Finalmente, y con no pocas sorpresas de por medio, llegamos a una revelación inesperada, que convierte a *La caja de las orquídeas* en una novela de ciencia ficción sociológica, género ya más afín al autor y del que ya había dado otras muestras igualmente relevantes, perfectamente entroncada con las clásicas utopías/antiutopías tan recurrentes de la literatura fantástica en lengua alemana.

(J. C. P.)

37. Fritz Leiber, *La mente araña*

Los seis relatos incluidos en esta antología permiten gozar una vez más de la amplia variedad temática de ese gran maestro que es Fritz Leiber: si el amante de lo fantástico no dejará de complacerse en esa joya barroca del horror que es *Medianoche*

en *el mundo de los espejos*, donde se narra la implacable trayectoria de una venganza sobrenatural, quien prefiera la ciencia ficción hallará en el volumen narraciones excelentes como *El futuro encantado*, donde una sociedad aparentemente utópica se ve trastornada por algo tan fuera de lugar como un demonio, o *La mañana de la condena* y *El soldado más veterano*, pertenecientes al famoso ciclo de la Guerra del Cambio, donde se describe la implacable lucha que, en cualquier tiempo y lugar, libran los dos bandos de las Serpientes y las Arañas para retorcer la historia en su favor. Y, por supuesto, todos los cuentos demuestran la imaginación, el sentido de lo chocante y el preciso dominio de la escritura que han convertido a Fritz Leiber en uno de los escritores más galardonados, tanto en el campo de la ciencia ficción como en el de la fantasía.

(A. S.)

38. Keith Laumer, *Mundos de imperio*

Durante toda la década de los sesenta, y parte de los setenta, Keith Laumer fue uno de los autores más prolíficos y populares de la ciencia ficción americana. Sólo una grave enfermedad habría de alejarle de esa popularidad y de su ritmo de producción. Suele cultivar por igual la ciencia ficción humorística y la de acción con acontecimientos dramáticos, siendo considerado el mejor escritor de *thrillers* de *space opera*. Su estilo directo, aguda imaginación y dotes de narrador nato le hacen un maestro en su campo. *Mundos de imperio* fue su primera novela publicada y aún hoy día es continuamente reeditada en su país, y es considerada, además, un clásico de las novelas sobre mundos paralelos. El protagonista es raptado de nuestra Tierra para ser conducido a otra Tierra paralela a la nuestra en donde los acontecimientos históricos evolucionaron de manera distinta, y donde deberá enfrentarse a un terrible tirano... que no es otro que su «yo» de este mundo paralelo. Acción, luchas y sacrificio jalonan las páginas de la novela, de ritmo trepidante dosificado con algunas notas de humor.

>(J. C. P.)

39. Charles Logan, *Naufragio*

Esta novela ganó el premio convocado por el editor británico Víctor Gollancz en 1974 para escritores noveles de ciencia ficción. Su autor, un perfecto desconocido al igual que los demás candidatos, se enfrentó al nada fácil tema del Robinson Crusoe del espacio, que si bien había sido tratado en alguna que otra novela o relato, era generalmente rehuido por los autores por considerarse quizá equivocadamente como «monótono». Logan se enfrentó a él, y consiguió una novela extrañamente patética, una rara combinación de humor, melancolía y dramatismo cuya lectura en modo

alguno podría calificarse de monótona, y así fue reconocido por el jurado encargado de otorgar el premio. Las peripecias de un astronauta, varado en un planeta desconocido, carente de vida inteligente y sin posibilidad alguna de ser rescatado, conforman una de las novelas más sorprendentes y agradables de la ciencia ficción británica, que resultará sin duda toda una sorpresa para el lector.

(J. C. P.)

40. Robert Heinlein, *Tiempo para amar*

Autor de muchas novelas juveniles, de aventuras, de especulación científica, de «historias del futuro», en estos últimos años Heinlein se ha especializado en escribir una ciencia ficción más adulta, a la vez que libre y rehuyendo toda regla de encasillamiento. *Tiempo para amar* es una magnífica muestra de ello, un libro largo, denso, variado, insólito, repleto de temas y de sugerencias, casi un compendio filosófico. Retomando la figura de Lazarus Long (ver el número 30 de la colección), Heinlein nos ofrece algo así como un Decameron del espacio, un libro en el que se cuentan historias que cuentan otras historias sobre unas historias, festivas unas, dramáticas otras, románticas, moralizantes o especulativas, punteadas aquí y allá con los «extractos de los Cuadernos de Lazarus Long», resumen de citas, proverbios, consejos o refranes compilados o creados por el célebre personaje y que en modo alguno deben pasarse por alto. *Tiempo para amar*, criticada por unos, alabada por otros, es ciertamente una de las obras más complejas e intensas, a la vez que fascinante, de su autor y que en modo alguno dejará indiferente al lector, puesto que contiene algunos de los más bellos pasajes narrativos nunca escritos por Heinlein. Novela-desafío, no apta para capillistas, mojigatos o moralizadores, no aconsejable para quienes buscan diversión fácil o al Heinlein de otras novelas más asequibles pero más intrascendentes, este *Tiempo para amar* es una de las obras fundamentales del autor, un compendio de filosofía-ficción que ha de leerse y paladearse despacio, página a página.

(J. C. P.)

41. Jack Williamson, *Lo mejor de Jack Williamson*

Antologías como la presente, o como las de Lester del Rey aparecidas en esta misma colección (véase núms. 47 y 73) deben, si no su existencia, sí por lo menos sus características al notable éxito alcanzado por Asimov presentando su propia obra, en la que aderezaba con anécdotas y comentarios personales los distintos relatos que componían el sumario. El contenido de la presente recopilación abarca los años 1928 a 1933, durante los que Williamson era una de las figuras dominantes de las revistas populares, quizás la más recordada y releída en la actualidad. Al encanto de las viejas

aventuras trasnochadas se suma el interés que supone conocer de primera mano cómo se abrieron paso los primeros escritores del género y cómo era éste desde dentro en aquella época.

(A. C.)

42. Jerry Sohl, *Las haploides*

Una enfermedad, de origen desconocido, ataca a toda la población masculina de la Tierra. En el caos que sucede a continuación, las mujeres toman el poder y esclavizan a los hombres. El protagonista, que ha podido escapar a la misteriosa plaga, debe descubrir su causa y enfrentarse a todo un ejército de belicosas mujeres, fanatizadas por su sed de poder y supremacía sobre el macho de la especie humana. Jerry Sohl, un conocido autor de la década de los cincuenta, escribió diversas novelas en las que presentaba tenebrosas intrigas en las que uno o varios fanáticos personajes deseaban esclavizar a otros. *Las haploides* es, sin duda alguna, la más conocida de ellas.

(J. C. P.)

43. Philip K. Dick, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*

La importancia de Dick, el motivo del interés que ha despertado su obra entre los críticos y la razón de la cantidad creciente de lectores que lo admiran y disfrutan debe buscarse en su forma de encarar la escritura: antes de Dick, y salvo excepciones, podía decirse que los autores del género escribían ciencia ficción; en su obra la ciencia ficción es el medio para *escribir*, para plasmar sus obsesiones personales, sus sueños y temores como autor. En definitiva, la ciencia ficción ganó a partir de Dick una riqueza que ha contribuido en buen grado a su reconocimiento como una de las formas literarias más fructíferas de nuestro siglo. Un ejemplo de ello es *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*.

Las cosas van a ponerse difíciles para la compañía que comercializa a Perky Pat y los distintos accesorios de la muñeca: el mercado marciano de colonos peligra ante la aparición de competencia inesperada. La Can-D, droga autorizada que permite a sus consumidores evadirse y vivir en el mundo de Perky Pat, puede quedar desbancada por la Chew-Z, la nueva droga maravillosa que trae consigo Palmer Eldritch de Próxima Centauro. Los responsables de la compañía verán que su enfrentamiento al nuevo producto llega demasiado tarde, y que la Chew-Z ya ha empezado a ser distribuida... La pericia de Dick en el desarrollo de esta novela, cuyos planteamientos son de por sí mucho más provocativos de los que suelen darse habitualmente en el género, consiste en saber dotar a los personajes de una entidad remarcable; la obsesión de los colonos marcianos por mejorar constantemente el «escenario» de sus

Perky Pat y toda la vida social que se mueve entorno es un ejemplo notable de lo que se ha dado en llamar situaciones y desarrollos «dickianos». Y también es absolutamente dickiana la evolución posterior de la obra, cuando se descubre que la Chew-Z puede dejar colgado a su consumidor «permanentemente» en el mundo ilusorio al que abre acceso, mundo dominado por la figura de Palmer Eldritch (cuyos estigmas del título son una mano artificial, ojos mecánicos y dientes de acero), o quizás algo más demoníaco, cuando la realidad y la pesadilla se vuelven cada vez más difíciles de discernir. Una obra apasionante de uno de los escritores más brillantes que ha dado la ciencia ficción.

(A. C.)

44. Thomas N. Scortia, *Extraños compañeros de cama (antología de sexo y ciencia ficción)*

Si el sexo, por razones obvias, ha sido desde el alba de la humanidad uno de los principales temas motores del arte en general y de la literatura en particular, estuvo ausente durante bastante tiempo de la ciencia ficción por razones de censura e imperativos editoriales de un mercado dirigido al público adolescente. La presente antología trata de remediar un poco tal estado de cosas y en ella se podrán hallar algunas de las extrañas combinaciones que el espacio y el tiempo alterados pueden brindarle al sexo tradicional: desde el adolescente con extraños poderes aplicados a lo que más suele preocuparle a un adolescente. (*No aprietes más*, de Robert Silverberg), hasta la posibilidad de que unos náufragos estelares se encuentren en un planeta con lo que es la viva ilustración de un conflicto psicológico freudiano (el archifamoso *Madre*, de Philip José Farmer), sin olvidar un mundo de homosexuales felices en *El mundo bien perdido*, de Theodore Sturgeon. Y muchos, muchos más...

(A. S.)

45. Isaac Asimov, *En la arena estelar*

En una época muy anterior a la formación del Imperio Galáctico abarcando la galaxia conocida, la humanidad se ha diseminado por sólo unos pocos miles de mundos habitables, con pequeños reinos estelares que luchan entre sí tras el período colonizador que siguió a la contaminación radiactiva de la Tierra (véase en conexión a esto el *El fin de la eternidad*, núm. 26 de la colección). En este marco, centrado en la expansión militarista del planeta Tyrann, se sigue un desarrollo que guarda algunos paralelismos con el ciclo de las Fundaciones, cuyos rasgos generales están dominados por la búsqueda de la Segunda Fundación; en este caso se desarrolla la búsqueda de un misterioso Mundo Rebelde.

Bastante característico del conjunto de la obra de Asimov, el tema principal de *En*

la arena estelar es un conflicto político, de cuya resolución depende el rumbo que tomará la historia para los grupos implicados o, en definitiva, la de toda la humanidad. Esta novela es además uno de los ejemplos más palpables en los que el villano no es más que una fuerza opuesta sin auténtica maldad en sus motivaciones. Todo ello viene envuelto en una reflexión sobre los sistemas de gobierno y generosas dosis de intriga que, como siempre, garantizan una lectura absorbente.

(A. C.)

46. John Boyd, *Los polinizadores del edén*

Tras su estancia en el planeta Flora, los humanos no pueden volver a ser los mismos, ni comportarse como se comportaban antes de su viaje a Flora, pues la vegetación de ese planeta utiliza a los seres humanos como si fueran abejas para su fecundación sexual. Así, los protagonistas de la novela, descubren a su regreso a la Tierra que en Flora quedó una parte de ellos mismos..., y que uno puede enamorarse de una flor lo mismo que de un hombre o de una mujer. En esta segunda novela de John Boyd (véase el número 29 de la colección), el autor entra en uno de sus temas favoritos: sexualidad y ciencia ficción, ambos tratados con inteligencia, cultura y excelente estilo literario.

(J. C. P.)

47. Lester del Rey, *El dios más pequeño*

Una gran antología en doce relatos de uno de los maestros del cuento de ciencia ficción, *El dios más pequeño* es la primera parte del volumen original, completado en el número 73 de la colección. A diferencia de algunos de sus colegas, y quizá porque su origen no es puramente anglosajón (ya que su verdadero nombre es Ramón Álvarez del Rey), la carrera de Lester del Rey, que fue uno de los primeros escritores del género que procedió del campo de los aficionados, en el que desarrolló una gran actividad, se ha caracterizado por no dejarse encerrar nunca en un molde limitador, no sabiendo nunca de antemano el lector lo que va a surgir de su imaginación en cada relato. El amplio abanico de estilos y temas tratados en la antología permiten calificarla de verdadera radiografía del género, y su utilidad e interés no la limitan al mero aficionado; ya que las narraciones están completadas por útiles comentarios del propio Lester del Rey en los que éste mezcla con habilidad la evocación personal del momento en que fueron escritos (dando además útiles informaciones sobre un campo tan poco historiado aún como es el de los escritores de ciencia ficción) y la reflexión sobre los problemas que este género peculiar plantea a sus cultivadores.

(A. S.)

48. Isaac Asimov, *Bóvedas de acero*

La serie que ha dedicado Asimov al detective Elias Baley y su colaborador el robot humanoide Daneel Olivaw, compuesta por la presente novela, *El sol desnudo* (véase el núm. 51 de la colección) y la reciente *Los robots de Aurora*, se cuenta entre los cruces más memorables de la ciencia ficción con la novela policíaca. El propio Asimov ha manifestado en diversas ocasiones que *Bóvedas de acero* es, entre toda su obra, la novela que prefiere.

El procedimiento seguido por el autor para abordar sus propósitos ha sido basar el desarrollo de la trama en la intriga de misterio, en tanto que proporcionaba el escenario mediante la ciencia ficción, con una dependencia mutua que aprovecha plenamente ambas facetas. Las bóvedas de acero a las que se refiere el título son las grandes ciudades en las que vive encerrado el individuo de una Tierra situada en un lejano futuro, en las que vive encerrado toda su vida con la consecuencia de volverlo agarofóbico: siente pánico ante los espacios abiertos. En esta situación se produce un crimen para el que no parecen haber posibles sospechosos, pues su escenario es precisamente el aire libre...

La novela es consistente con el conjunto del ciclo de *Los robots* (publicado según su cronología interna y forma definitiva en Gran Super Ficción), y corresponde a la imposición en la Tierra de la prohibición de robots humanoides, conflicto derivado del «complejo de Frankenstein» que Asimov planteara desde los primeros relatos de robots, y que analiza en esta novela detalladamente y con su acostumbrada lucidez.

(A. C.)

49. Ursula K. LeGuin, *Planeta de exilio*

Una vez más encontramos una firma de primera fila con gran parte de su obra de ciencia ficción relacionada en un mismo marco general. El ciclo «Hainish» de LeGuin comprende, aparte de *Planeta de exilio*, las novelas *El mundo de Rocannon*, *Ciudad de ilusiones*, *La mano izquierda de la oscuridad*, *El nombre del mundo es bosque* y *Los desposeídos*, además de numerosos relatos. El ciclo presenta al lector una serie de mundos habitados por humanoides (procedentes originalmente de Hain, de ahí el título genérico de la serie) cuyas culturas adoptan en cada caso formas peculiares y características. El desarrollo de la historia en cada uno de estos mundos ocurre de forma más o menos aislada de los restantes, y los escenarios presentados por la autora le permiten explorar magistralmente verdaderos estudios antropológicos, que unidos a la profundidad moral (de raigambre taoísta) de los conflictos sociales y personales expuestos en los mismos, y a la impresionante humanidad de los personajes implicados, han configurado una de las obras más ricas

y gratificantes del género*

El *Planeta de Exilio* es Eltain, poblado por una cultura humanoide cuya civilización se encuentra en un estadio primitivo, y los exiliados son los descendientes de una colonia de terrestres enfrentados a una política de no interferencia y pocas posibilidades de sobrevivir tras la aparición de un líder que ha unificado los grupos migratorios nativos ante la llegada de un nuevo invierno de Eltain, de duración mucho mayor que el nuestro. Las hordas invasoras ponen en peligro las vidas de los miembros de la colonia, así como las de otro grupo de nativos, los hilfos, pacíficos vecinos de los humanos, cuestionándose las virtudes del aislacionismo. Como en casi todas las novelas citadas del ciclo, LeGuin contrasta dos concepciones diferentes de la vida, tendiendo un puente entre ambas para llegar a trascenderlas en una unión más rica que las partes. El puente en este caso es Rolery, una muchacha de los hilfos que llegará a madurar sobreponiéndose a un ambiente que le es extraño. Rolery se cambia a sí misma enteramente, rompiendo con su cultura y tabúes sexuales, para colaborar con un joven humano en un gesto de rebelión no agresivo que llegará también a cambiar las dos culturas.

Planeta de exilio es una toma de contacto idónea con una de las voces más profundas e impresionantes de la ciencia ficción.

(A. C.)

50. Michael Ashley, *Los mejores relatos de ciencia ficción. La era de los clásicos (1946-1955)*

Segunda entrega de la monumental serie de antologías (inaugurada en el núm. 19 de la colección) con las que Ashley propone una visión histórica, amena y documentada, de la evolución de la ciencia ficción a través de las revistas del género, *La era de los clásicos* recoge algunos de los mejores relatos aparecidos entre 1946 y 1955, período que marcó el camino hacia la madurez del género con la búsqueda progresiva en Estados Unidos e Inglaterra de nivel literario entre los cultivadores del género, la desaparición gradual de las revistas baratas en favor de publicaciones más ambiciosas (en este período surgió precisamente *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Véase al respecto los núms. 4 y 57 de la colección), y la implantación de la ciencia ficción como género a nivel mundial.

Como consecuencia de los logros que ha venido consiguiendo el género a lo largo de su historia, se ha experimentado un interés creciente en su estudio serio por parte de los medios académicos y, cómo no, de las figuras implicadas. Gracias a ello, Ashley pudo recurrir para la confección de este volumen y los restantes de la serie a valiosas fuentes no impresas para documentarse, añadiendo además numerosos fragmentos de cargas originales en su pre en tación, y logrando así un retrato aún más vivo y elocuente del período considerado. Al total de más de cien páginas dedicadas al análisis histórico se suman excepcionales relatos de Theodore Sturgeon, Arthur C.

Clarke, Henry Kuttner, Ray Bradbury, Damon Knight, Poul Anderson, Ross Rocklynne, Richard Matheson, Robert Sheckley y É. C. Tubb, en los que se refleja el nivel que ha venido ganando el género.

(A. C.)

51. Isaac Asimov, *El sol desnudo*

Perteneciente al ciclo policíaco del detective Elias Baley y su compañero robot Daneel Olivaw, *El sol desnudo* se sitúa un tiempo después de los acontecimientos narrados en *Bóvedas de acero* (núm. 48 de la colección), cuando Baley es convocado para resolver un asesinato en el lejano planeta Solaría. Además de la generosa dosis de intriga, asegurada siempre por el punzante ingenio del autor, la novela plantea también ciertas connotaciones políticas, pues Baley debe aprovechar el caso para estudiar la cultura de Solaría como representante de los Mundos Exteriores, antiguas colonias terrestres que han alcanzado la independencia y disfrutan de una tecnología superior a la terrestre, debido en parte al uso del trabajo de robots —prohibidos en la Tierra— y la riqueza en recursos de mundos escasamente poblados.

El sol desnudo, particularmente en lo que se refiere a la cultura solariana, es un perfecto contrapunto de *Bóvedas de acero*. Al hacinamiento y la agarofobia generalizada que plasma Asimov en la primera novela, se opone ahora una sociedad de individuos que raramente soportan la presencia física de sus congéneres; todos los tratos sociales se desarrollan por medio de proyecciones tridimensionales. El contraste entre ambos casos extremos le permite a Asimov una reflexión apasionante sobre las distintas formas posibles de nuestra sociedad en su relación con la tecnología. Y en lo que se refiere a los aspectos puramente policíacos, hay que reconocer que el autor ha sabido sacarle un enorme partido al juego lógico que liga sus famosas leyes robóticas con la posibilidad de que un robot pudiera cometer un asesinato...

(A. C.)

52. Fred Mustard Stewart, *El niño estelar*

En una pequeña y tranquila ciudad de Connecticut, diversas personas empiezan a tener horribles pesadillas por las noches. En ellas, un fascinante individuo, que se llama a sí mismo «el niño estelar», les habla de una nueva religión, cuyo culto exige sacrificios humanos. Una ola de terror se extiende sobre la hasta entonces apacible ciudad y los crímenes rituales empiezan a sucederse. Fred Mustard Stewart, autor de diversos *best-sellers* llevados al cine y a la televisión, hace aquí una perfecta combinación de ciencia ficción y terror, que sorprenderá al lector por su inesperado final.

53. John Boyd, *La última astronave de la Tierra*

Estamos en 1967, en un mundo paralelo al nuestro en que Jesucristo no fue crucificado, sino que murió a los 65 años, de vejez. Tras el Gran Hambre de 1865, el mundo está regido férreamente por las Clases: los Religiosos, los Matemáticos, los Sociólogos... La máxima autoridad es el Papa, que no es sino un ordenador electrónico. Desobecer las leyes del Estado significa ser exiliado al planeta Infierno..., que en realidad no es ningún infierno, sino el lugar donde se gesta la revolución que ha de cambiar la dictadura de la Tierra. John Boyd, en esta su primera novela, publicada en 1968, asombró por su original argumento y por la profunda complejidad de la trama, que al final revela ser una paradoja en la que un viaje al pasado de la Tierra alteró todo su futuro. Boyd presentó así uno de sus temas favoritos: religión y ciencia ficción, con resultados asombrosos.

(J. C. P.)

54. Isaac Asimov, *Las corrientes del espacio*

Dentro del conjunto del ciclo de Trantor, *Las corrientes del espacio* se puede situar poco después de *En la arena estelar* (núm. 45 de la colección) y antes de *Un guijarro en el cielo*, que corresponde ya a la existencia del Primer Imperio. En esta novela Trantor tiene en su haber medio milenio de historia como fuerza política en la galaxia asimoviana, pero aún no ha llegado a la entidad de imperio.

La trama de fondo nos presenta de nuevo un planeta, Florina, enfrentado a la tiranía de otra potencia estelar, Sark, y sus intentos de liberarse de la misma, con la duda adicional de decidir sobre la conveniencia de una alianza con Trantor. Rik, el protagonista de la narración, sabe además que el sol de Florina está a punto de convertirse en nova, y que por tanto su población corre un peligro mucho mayor que el presentado por la delicada situación política, pero su memoria ha sido destruida y sólo ocasionalmente le llegan imágenes fragmentarias del pasado... Todo un cóctel explosivo de los temas y situaciones sobre cuya resolución pende el destino de grandes grupos humanos que Asimov ha demostrado saber explorar hasta sus últimas consecuencias en sus novelas.

(A. C.)

55. Clifford D. Simak, *Estación de tránsito*

No hay nada muy extraño en Enoch Wallace, aparte del hecho de que prefiera la soledad hasta el extremo de haber escogido voluntariamente una vida de ermitaño.

No hay nada extraño, a primera vista, hasta que una infortunada serie de circunstancias revelan al mundo que Wallace tiene 124 años de edad y es un veterano de la guerra de Secesión americana, aunque no aparente en absoluto su edad. Y eso no es todo: Enoch Wallace, que no envejece nunca» es el guardián de una estación de tránsito galáctico, un punto de cruce, reposo y partida para todas las inimaginables formas de vida que constituyen la civilización interestelar. La tecnología alienígena ha hecho indestructible su aparentemente decrepita mansión, llena de equipo de teletransporte, y todo podría seguir así para siempre hasta que un entrometido agente del gobierno haga un descubrimiento altamente comprometedor para la seguridad de Enoch y la estación de tránsito...

Una de las más famosas novelas de Simak, *Estación de tránsito* consigue combinar de modo casi milagroso lo ilimitado de sus sugerencias argumentales, que llegan a hacer vacilar la imaginación (una civilización galáctica, el concepto de la estación de tránsito, el mismo destino del planeta Tierra puesto en la balanza) con el apacible marco en el que transcurre la acción de la novela, el suroeste de Wisconsin, el lugar típico donde Simak ha preferido siempre situar sus novelas: una región de granjas pequeñas y no muy prósperas, con carreteras pésimas y una naturaleza tan vieja que el tiempo ha domado su salvajismo inicial hasta con* vertirlo en una especie de gruñona comodidad. El libro consigue, además, hacer del personaje de Enoch uno de los más entrañables de toda la ciencia ficción: la soledad voluntaria que ha asumido para consagrarse a la misión que considera básica, cuidar de la estación, y su destino —semejante al de Moisés—de estar condenado a permanecer eternamente en aquel lugar desde donde podría llegar a todos los rincones del Universo le terminan convirtiendo en un héroe tranquilo e inolvidable. Para el lector, Enoch termina siendo algo así como una piedra de toque, un punto de referencia al que asirse en el torbellino de una acción que avanza a pasos agigantados hacia un desenlace dramático y sorprendente.

Estación de tránsito fue galardonada en 1964 con el premio Hugo a la mejor novela.

(A. S.)

56. Lester del Rey, *Nervios*

Un día tranquilo y sin problemas puede convertirse en el principio del fin del mundo cuando un accidente perturba la buena marcha de una central nuclear: es el principio de una carrera contra reloj para evitar la fuga radiactiva, la explosión nuclear o, el mayor de todos los peligros imaginables, la fisión del núcleo del reactor...

La novela que labró la fama de Lester del Rey, escritor y editor americano, es un agudo estudio, escrito en estilo tenso y periodístico, de un tema que hoy es cada vez más actual: los riesgos y la falta de seguridad en una central nuclear. La versión

ofrecida aquí data de 1976, en tanto que el original, que Del Rey revisó y expandió en la fecha posterior indicada, es de 1942: un testimonio irrefutable sobre la calidad visionaria de la ciencia ficción y su poder para servirnos de indicador y aviso sobre los peligros y promesas que encierra el desarrollo de nuevas tecnologías, la nuclear en este caso.

(A. S.)

57. Edward L. Ferman, *Lo mejor de «Fantasy & Science Fiction» (2.ª serie)*

La presente antología reúne los mejores relatos aparecidos durante los primeros años de la década de 1970 en la prestigiosa *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, de la que anteriormente se ofreció el volumen conmemorativo de su 25 aniversario en el núm. 4 de la colección. Durante estos años se puede decir que la revista atravesó uno de los momentos más brillantes de su singladura, y los relatos de Frederik Pohl, Harían Ellison, Alfred Bester, Poul Anderson y varias otras firmas importantes —no tan prolíficas como es el caso de los autores citados, y por tanto no tan conocidas para el aficionado al género—son una muestra palpable de los estándares de calidad que exigía y conseguía la publicación. Por otra parte, el poder de captación de público y el éxito de los relatos aquí recogidos se evidencia con el logro, por tres años consecutivos (1970,1971 y 1972), del premio Hugo a la mejor revista del género, justo los años durante los que aparecieron originalmente la mayor parte de ellos. El relato de Ellison, *El pájaro de la muerte*, excepcional entre ellos, recogió asimismo el Hugo al mejor relato publicado en 1973.

(A. C.)

58. F. Paul Wilson, *El curandero*

Nadie conocía su identidad, pero eso no era lo más sorprendente. La historia de la humanidad está llena de anonimatos e identidades falsas usadas con toda clase de propósitos. Lo más sorprendente del Curandero no era el misterio que le rodeaba, precisamente, sino lo que todo el mundo sabía de él: que podía curar cualquier enfermedad con su sola presencia, sin que nadie supiera o tuviera la menor idea de los misteriosos medios que empleaba para ello...

La primera novela de F. Paul Wilson, ya conocido por sus relatos publicados en las mejores revistas americanas de ciencia ficción, es por un lado un estudio sobre el misticismo y las presiones que un hombre puede soportar por el hecho de poseer poderes fuera de lo corriente (curativos, en este caso) y, por otro, un agudo y mordaz relato sobre las tentaciones y el aburrimiento a que está condenado un ser superior en el seno de la humanidad corriente cuando lo que a todos les parece importante y aquello que todos se desviven por conseguir carece de importancia para él: en

definitiva, un apasionante y vivido análisis sobre la soledad y la incompreensión de quienes son distintos a la media.

(A. S.)

59. Fredric Brown, *Paradoja perdida*

El desaparecido autor Fredric Brown, que cultivó por igual la ciencia ficción que la novela policíaca, está considerado como el maestro del relato corto y, más especialmente, del ultracorto: relatos de a veces no más de una página que sorprenden al lector por sus inesperadas conclusiones. *Paradoja perdida* reúne trece de sus relatos en los que el lector podrá apreciar la originalidad de sus tramas, lo inesperado de sus desenlaces, lo sutil de su ironía y lo desenfadado de su humor, que le permite hacer excelentes juegos de palabras en *Elurofobia*. Las temáticas van de lo más variado en el género: exploración espacial (*Nada Sirio*), máquinas del tiempo (*Paradoja perdida*), la manipulación de los medios de masas (*Doble moral*) las razas humanoides (*Teatro de títeres*)..., y en todas ellas Brown consigue mantener al lector en vilo hasta la sorpresa final.

(J. C. P.)

60. Alfred Bester, *Tigre, tigre*

La odisea de Gulliver Foyle empezó cuando, abandonado en el espacio después de la destrucción de su nave, presenció impotente como otra nave hacía caso omiso a sus señales de socorro y se alejaba, librándole a una muerte lenta y horrible. Foyle se prometió que sobreviviría de algún modo... y lo hizo. En su mente desquiciada se liberó algo, un resorte que el hombre poseía sin saberlo desde tiempo inmemorial: Foyle fue el primer hombre que experimentó en carne propia el poder del «jaunteo», la facultad de teleportarse con el mero poder de la mente a cualquier punto del Universo deseado. Y la Tierra del siglo xxv, una olla hirviente de tensiones sociales y económicas, descubrió que jamás volvería a ser la misma después de que Foyle regresara del espacio...

Cada novela de Bester ha supuesto una verdadera conmoción en la ciencia ficción. Escasas en número, inconmensurables en calidad, las obras de Bester son tan torrenciales y fascinantes como la personalidad de su autor, un hombre que en su larga y exitosa carrera literaria lo ha hecho prácticamente todo, desde editar revistas hasta escribir guiones para historietas. Y ese hacerlo todo se nota en *Tigre, tigre*, una novela que aplica todos los recursos estilísticos posibles (y algunos que parecerían imposibles) para arrastrar al lector al centro de un mundo enloquecido, más digno de una historieta que de otra cosa. Sin embargo, que el libro sea el relato de una aventura apasionante, que en cada página sucedan cantidad de cosas y que cada línea,

prácticamente, encierre una idea con la que autores más timoratos ya se conformarían para escribir todo un libro, no debe rebajar la consideración crítica que merece el libro. Porque *Tigre, tigre* nunca pierde de vista, pese a todo su despliegue pirotécnico, que el centro de la ciencia ficción debe ser el individuo y las transformaciones por él sufridas: en este sentido, el viaje iniciático de Gully Foyle a través de los infiernos del odio, su muerte y resurrección figuradas en un hombre nuevo capaz de superar las insuficiencias y temores del antiguo, tiene ya un lugar imperecedero asegurado entre los más inolvidables de la ciencia ficción. Si, además, la lectura del libro es tan irresistible que *Tigre, tigre* se lee prácticamente de un tirón, a nadie se le ocurrirá protestar por ello...

(A. S.)

61. Isaac Asimov, *A lo marciano*

A lo marciano recoge dos novelas cortas y dos relatos del autor publicados originalmente a principios de los 50, década que puede recordarse como la más fructífera y memorable de su trayectoria como escritor de ciencia ficción. Las dos narraciones largas son particularmente sólidas y merecen figurar entre las obras más destacadas de Asimov. *A lo marciano*, en particular, se considera de las novelas cortas más logradas que ha dado el género en la llamada Edad de Oro; centrada en la crisis que padece la colonia afincada precariamente en Marte a raíz de los intereses políticos personales y conservadores de un mandatario terrestre (la historia describe un cierto grado de expansión de la humanidad a través del Sistema Solar), quien decide cortar el suministro de agua del que depende la colonia, supone una reflexión sobre las condiciones necesarias y los problemas implicados en la carrera espacial, al tiempo que lanza un lamento sobre el derroche energético..., veinte años antes del advenimiento de la crisis de la energía (aunque quizás algo anecdótico, cabe señalar también que es una de las obras de especulación científica que mejor ha resistido el paso de los años, y que pocas obras del género han anticipado con la misma exactitud las pautas que ha venido siguiendo la exploración espacial). *Engañabobos* describe el estudio que lleva a cabo una expedición científica de los restos de una colonia, afincada en un planeta bellísimo, que ha sucumbido a los efectos mortales de una misteriosa enfermedad; a la fascinación que el autor sabe hacernos llegar por la posibilidad de llegar a conocer los escenarios posibles del universo y las virtudes de una trama impecable, hay que añadir el examen de fondo sobre las virtudes del conocimiento especializado.

(A. C.)

62. Robert Silverberg, *La otra sombra de la Tierra*

Una amplia antología de relatos del gran maestro de la ciencia ficción americana, uno de los causantes de la revolución temática y literaria que conmovió el género a mediados de los años 60, *La otra sombra de la Tierra* pasa revista en un extenso abanico a sus principales preocupaciones y obsesiones literarias: la soledad del individuo diferente y apartado de sus semejantes por sus poderes o taras particulares; la comprensión de culturas y sociedades distintas de la humana y el agudo examen de las diversas formas de control y opresión comunitaria con que el ser humano se ha complacido una y otra vez en afligirse a sí mismo y a sus semejantes. La estremecedora historia de un hombre capturado por extraterrestres que no le entienden y que le alteran de modo diabólico (*Moscas*); el tremendo castigo que una autoritaria sociedad del futuro puede imponerle a sus transgresores, consistente en la desaparición como individuo social (*Ver al hombre invisible*) o la enternecedora historia de un hombre al que el destino obligó a destruir una forma de vida alienígena a la que amaba profundamente (*Los colmillos de los árboles*): he aquí tres de los fantásticos vuelos imaginativos que el lector podrá encontrar en esta excelente antología, representativa de lo mejor ofrecido por Robert Silverberg en su amplia y galardonada carrera literaria.

(A. S.)

63. Robert A. Heinlein, *La bestia estelar*

¿Quién, habiendo sido dueño de algún animal doméstico, puede dejar de contar los quebraderos de cabeza que éste le ha podido proporcionar en su juventud? Poco puede dar la imagen ello de los problemas que llegan a pasar la familia Stuart por culpa de Lummie, ese simpático e inteligente animalito de ocho patas e inmensa voracidad traído a casa por un familiar después de un viaje de exploración para el gobierno. Porque Lummie, o mejor Lummox, como le conocen los miembros de la pequeña localidad donde viven los Stuart, parece que nunca deja de crecer: después de haber habitado en la caseta del perro, y también en sucesivas casetas de tamaño creciente que hubieron de construirle con los años, ha venido a ocupar la totalidad del cobertizo, convenientemente reformado. Pero el animalito es muy curioso y nada puede detener su corpachón acorazado cuando decide ir a estirar las piernas...

Entre la extensa y variopinta producción de Heinlein, *La bestia estelar* es probablemente una de sus novelas más memorables. Pese a su falta aparente de pretensiones —pertenece al grupo de las «novelas juveniles» de la obra temprana del autor, período que gran parte de sus admiradores recuerdan como el más entrañable de su evolución como escritor—, la novela es uno de los productos mejor logrados de la subyugante capacidad narrativa del escritor, que ha logrado con ella una sátira chispeante en el contexto de una novela de intriga y aventuras cuyo ritmo y desarrollo resuelve con envidiable maestría.

(A. C.)

64. Lester del Rey, *Jaque mate psíquico*

La vida de Harry Bronson no difiere en nada de lo que puede esperarse normalmente en un hombre joven con un razonable éxito en su profesión de ingeniero. Bronson nunca ha creído en los poderes mentales, y su sorpresa es lógica cuando se descubre poseedor de un amplio surtido de poderes psíquicos; telepatía y precognición incluidos. Toda su vida va a cambiar dramáticamente... Uno de los temas clásicos de la ciencia ficción, el de los poderes mentales, es enfocado en esta novela de Lester del Rey con mayor atención al drama individual de quien los posee que a las reacciones suscitadas en la sociedad que le rodea. Más que la usual persecución —o divinización— del mutante, *Jaque mate psíquico* se centra, y en ello radica su originalidad y su interés, en la lucha de Bronson por aprender a controlar y filtrar sus poderes, por no volverse loco ante la simple avalancha de los pensamientos ajenos que invaden su mente y por construirse unas nuevas bases de racionalidad que sustituyan a las que hasta ahora han dado soporte a toda su vida.

(A. S.)

65. Isaac Asimov *Con la Tierra nos basta*

La presente recopilación de relatos está situada, dentro de la obra de Asimov, entre *A lo marciano* (núm. 61 de la colección) y *Nueve futuros* (núm. 96 de la colección), títulos que se reparten la producción del autor durante la década de 1950. De su contenido, compuesto en su casi totalidad por narraciones breves y cuentos de choque que muestran la versatilidad del autor y su segura capacidad para sorprender con especulaciones inesperadas, cabe mencionar aparte la novela corta *El pasado muerto* que abre el volumen, pues su desarrollo descubre ante el lector algunas de las obsesiones básicas de la carrera literaria de Asimov. *El pasado muerto* describe, con una excepcional profundidad en la motivación de sus personajes la historia del descubrimiento de un «cronoscopio de neutrinos», artilugio que permite observar los acontecimientos del pasado, planteando al mismo tiempo honestos interrogantes sobre la conveniencia o no del control gubernamental a la investigación científica, que llegan a adquirir todas sus implicaciones posibles en el transcurso del relato. Pero sobre todo, se tiene también el cuestionamiento por parte del autor de las virtudes del conocimiento especializado, y una nueva defensa de las posibilidades del trabajo interdisciplinario que tanta importancia está adquiriendo en la actualidad algunos críticos han sabido ver en todo ello la plasmación en forma de ficción de las inquietudes intelectuales de Asimov, que siguiendo estos mismos principios ha llegado a convertirse en lo más parecido a un hombre del Renacimiento, a gusto en todos los temas, que tenemos en la actualidad.

66. Robert Silverberg, *Regreso a Belzagor*

Tras ocho años de ausencia, Edmund Gundersen regresa al planeta Belzagor, impulsado por razones que no entiende muy bien, la culpabilidad entre ellas. Años antes, cuando trabajaba como administrador colonial, Gundersen impidió que algunos *nildoror* (una de las dos especies inteligentes del planeta, una suerte de mastodontes cornudos; siendo la otra los *sulidoror*, peludos y con largas colas, de aspecto homínido) viajasen al País de las Brumas para celebrar en la montaña sagrada la vital ceremonia del Renacimiento. Gundersen despreciaba entonces a los nativos y a sus ritos, pero con el tiempo ha llegado a sospechar que había demasiadas cosas que no entendía. Y ahora, ha llegado el momento de que el propio Gundersen emprenda su peregrinación al País de las Brumas para hallar respuesta a las preguntas que le atormentan...

Una de las grandes novelas de Silverberg, un autor del que siempre puede esperarse un nivel medio muy alto de calidad, *Regreso a Belzagor* es una de las más conmovedoras odiseas individuales que el género de la ciencia ficción ha llegado a ofrecer. El cambio de Gundersen de un hombre cerrado y receloso a otro lleno de dudas y angustiadamente solitario; su vagabundeo por Belzagor jalonado por episodios que el arte narrativo del autor hace factible interpretar a gran profundidad de niveles (no sólo el aventurero, también el religioso y el psicológico) termina siendo el viaje de un hombre que busca las respuestas metafísicas que todo individuo consciente se ha planteado a lo largo de su vida. Pese a que este tipo de novelas inciáticas, que narran la transformación sufrida por el protagonista durante un viaje a raíz de las experiencias que le ocurren en el curso del mismo, tienen tendencia a caer en lo repetitivo y lo vulgar, Silverberg sortea hábilmente tales escollos y sorprende siempre al lector, que nunca encuentra lo que esperaba o preveía: del horror (la pareja de terrestres infectados por parásitos alienígenas) hasta la incomprensible poesía de una raza extraña (las grotescas pero bellísimas danzas de los *nildoror*), el trayecto de *Regreso a Belzagor* es uno de los más apasionantes que el amante de la ciencia ficción puede llegar a recorrer sin moverse del sitio.

(A. S.)

67. Michael Ashley, *Los mejores relatos de ciencia ficción. La era del cambio (1956-1965)*

Si la *Era de Campbell* (véase el núm. 19 de la colección) marcaba el camino a seguir por el género, entonces joven, abriendo delante suyo todas las posibilidades que ofrecía a la imaginación el impacto y efecto de la ciencia sobre la sociedad, y la

Era de los clásicos (véase el núm. 50 de la colección) la vistió con un manto de respetabilidad literaria, la *Era del cambio* historiada en este volumen trajo consigo la definitiva proclamación de la ciencia ficción como una de las formas literarias más fructíferas de nuestra época, llegando a su mayoría de edad con el abandono de temas tabú y, sobre todo, el uso de la misma como una modalidad extremadamente versátil para el escritor que buscara expresarse como tal. Ashley pone con esta tercera entrega punto final a una de las series de antologías más útiles que puede disponer en la actualidad tanto el aficionado como el estudioso del género, describiendo detalladamente los pormenores del proceso que desembocaría en la publicación de las revolucionarias *Visiones peligrosas* (núms. 82,83 y 84 de la colección) que Harían Ellison presentó en 1967.

Entre los autores que conforman el sumario de este volumen se encuentran Brian W. Aldiss, Robert Silverberg, Kate Wilhelm, Daniel Keyes (autor de la excepcional *Flores para Agernoon*), J. G. Ballard, Harry Harrison y John Brunner.

(A. C.)

68. Jerry Sohl, *La aguja del doctor Costigan*

Un experimento en un laboratorio permite a una serie de personajes trasladarse a un mundo desconocido, una Tierra paralela, pero virgen e inexplorada, de la cual se convierten en los primeros habitantes. Ello les permite huir de la locura del mundo cotidiano y entregarse a una vida salvaje, libre y sin cargas. Pero su etapa feliz de robinsones amenaza con terminar cuando más gente empieza a aparecer, procedente del mismo «paso» que ellos han empleado. El americano Jerry Sohl, bien conocido por su novela *Las haploides* (véase el número 42 de la colección), consiguió con esta novela un marcado éxito para el que no ha pasado el tiempo.

(J. C. P.)

69. Jack Vanee, *Los mundos de Jack Vanee*

El escritor americano Jack Vanee, que empezó a publicar en 1945 y ha cultivado por igual novela policíaca, ciencia ficción y fantasía, está considerado hoy día uno de los mejores y más originales narradores del género. Su popularidad ha ido incrementándose con el paso de los años, sin estridencias, pero de manera firme y segura, hasta llegar a la reconocida posición que ocupa actualmente.

Escasamente conocido en nuestro país, *Los mundos de Jack Vanee* permite adentrarse al lector en la narrativa original y plena de recursos e inventiva de este excelente escritor. Si bien suele cultivar con mayor asiduidad la novela o el relato largo, algunas de sus obras breves son justamente célebres, como «La polilla lunar», aquí contenida, o como las aventuras del detective espacial Magnus Ridolph, de

quien se ofrecen aquí dos estupendas muestras: «El rey de los ladrones» y «Golpe de gracia», con un verdadero desfile de exóticas criaturas y formas de vida extraterrestre que asombrarán al lector: hay que dejar bien sentado que Jack Vanee está reconocido como el autor que más acertadamente sabe describir formas extrañas de vida con culturas y costumbres propias. Como muestra de su versatilidad y variedad de temas y escenarios, el volumen contiene una novela corta, «Cerebros de (a Tierra)», repleta de acción y dinamismo, de un estilo ya más tradicional. En total, el volumen contiene ocho textos bien diferenciados que satisfarán al lector más exigente y amante de las sorpresas, colorido y exotismo.

(J. C. P.)

70. Fredric Brown, *Marciano, vete a casa*

Ningún género literario que muestre la vitalidad que ha gozado la ciencia ficción a lo largo de sus múltiples años de existencia puede escapar de los rigores de la parodia. Pero, como podrá comprobar cualquiera que se decida a leer *Marciano, vete a casa*, el hecho no tiene en sí nada de trágico, y por el contrario cualquier interesado en el tema acoge siempre con entusiasmo este tipo de narraciones..., sobre todo si el resultado es una novela como la presente, una de las más divertidas y gratificantes de leer que ha dado el género.

Publicada originalmente en 1955, *Marciano, vete a casa* recoge el tema de la invasión marciana —o extraterrestre en general— que había sido uno de los mayores tópicos de portada de las revistas populares y lo lleva hasta extremos increíbles: los invasores, como no, son seres insólitos, pero sus costumbres y características no son las habituales. Se trata de pequeños enanitos verdes, intangibles y que se materializan en todos los lugares imaginables; lo ven todo, lo oyen todo, y lo *dicen* siempre todo, y a la persona menos indicada. ¿Cuál es su origen, cómo han venido a parar entre nosotros? Con un estilo sobrio y elegante y una estructura narrativa impecable, Brown retuerce en el propio desarrollo de la parodia todas las posibles «explicaciones»: el escritor de ciencia ficción que cree haberlos imaginado, el oscuro portero de un bloque de apartamentos que decide construir un supervibrador subatómico antiextraterrestre y el hechicero de una tribu africana sobre quien recae la obligación de deshacerse de los visitantes son personajes casi patéticos de los que Brown sabe extraer todo el dramatismo de una situación, por desesperada, cómica.

Junto a *Universo de locos*, otra comedia descomunal, y relatos como los contenidos en *Paradoja perdida* (núm. 59 de la colección), la presente novela es uno de los logros más destacados en la producción de su autor, que aparentemente falta de pretensiones, ha demostrado una perdurabilidad que muy pocas de su época mantienen en la actualidad.

(A. C.)

71. Robert A. Heinlein, *Amos de títeres*

Si el título anterior de la colección era la parodia perfecta del tema de las invasiones extraterrestres, *Amos de títeres*, aparecida pocos años antes de aquélla, está considerada generalmente como uno de los clásicos del tema (dejando aparte, claro, *La guerra de los mundos* de Wells). La novela es una de las más ágiles surgidas de la pluma de Heinlein, que logra para la misma mantener en todo momento un ritmo endiablado. Una especie de babosas extraterrestres que se fijan sobre la nuca de los humanos, controlando su voluntad, se hacen rápidamente con el control de varias ciudades norteamericanas, sin que parezca existir medio alguno de detener la invasión, salvo que el servicio secreto pueda encontrar una solución desesperada... Constantemente reeditada en diversas colecciones castellanas, *Amos de títeres* se desenvuelve en torno a dos temas recurrentes del autor: el paso a la madurez y a una posición de poder y responsabilidad por parte del protagonista, ayudado por experiencia de su mentor, y la problemática que deben enfrentar los estamentos de carácter militar ante una situación de crisis que exige decisiones rápidas. La apología del fascismo que han visto en ello numerosos críticos por un lado, y la efectividad de la obra como novela de aventuras por otro, han motivado eternas disputas en torno a la figura del autor, que llegarían a ser particularmente virulentas a raíz de su *Tropas del espacio* (núm. 74 de la colección).

(A. C.)

72. Poul Anderson, *Lo mejor de Poul Anderson*

Una antología que recoge buena parte de los temas típicos de Poul Anderson, que durante su carrera se ha labrado la imagen de un correcto especialista en odiseas espaciales repletas de piratas, naves espaciales y aventura constante. Con todo y responder a esa imagen, Anderson es también apreciable por su cuidada escritura, un sentido innato del ritmo y de la prosa poética y una a veces cariñosamente reprimida afición a la fantasía y lo humorístico.

En los cuentos recogidos aquí, el lector podrá encontrar en la plenitud de su forma al que, por decirlo de algún modo, podría calificarse de Anderson «espacial», en narraciones como *Piratas espaciales* (donde la civilización estelar es amenazada por la posibilidad de un imperio de piratas) o *El día en llamas* (unos héroes muy poco dignos de tal nombre son la única esperanza de salvar una civilización alienígena de una supemova), llenas del ritmo y la imaginación que han hecho la fama de Anderson en su extensa carrera, cargada de premios. Con todo, el lector atento podrá encontrar también atisbos del *otro* Anderson antes descrito, en el cuidado con que se evocan paisajes extraños y la sensibilidad probada en detalles tan aparentemente nimios (y, en el fondo, vitales) como la elección de un nombre por su sonoridad, capaz por sí

sola de sugerir todo un mundo de imágenes.

(A. S.)

73. Lester del Rey, *El amado de los dioses*

Segunda parte de la gran antología de Lester del Rey, cuyo primer volumen corresponde al número 47 de la colección, los doce relatos recogidos en este libro vuelven a demostrar su amplio dominio de todos los temas clásicos del género, desde los extraterrestres hasta las maquinarias prodigiosas, pasando por los mulantes, los robots y todo lo que el lector ha llegado a asociar con el nombre de ciencia ficción. El estilo de Lester del Rey sigue siendo flexible y lleno de recursos, permitiendo que en la antología se hallen tanto relatos de humor como otros que flirtean con el terror o lo fantástico, sin desdeñar la pura epopeya espacial o el examen más comprometido de las tendencias, riesgos y amenazas que ciertos rasgos de la sociedad actual pueden llegar a significar en el futuro.

Como en la primera parte de la antología, el propio Lester del Rey comenta los relatos aquí incluidos, proporcionando valiosos datos sobre el mundo de la ciencia ficción en el momento en que los escribió y sobre la siempre enigmática máquina de crear que es un literato.

(A. S.)

74. Robert A. Heinlein, *Tropas del espacio*

Si en la historia del género alguna novela se ha llegado a hacer inmensamente famosa debido a las sangrientas disputas que ocasionó tras su aparición, se trata justamente de *Tropas del espacio*, una de las raras novelas en la historia de la ciencia ficción en las que se especula sobre la posible evolución en un futuro del servicio militar, cosa que no hacen la casi totalidad de novelas «de cadetes» y similares que abundaron en la época de ésta. *Tropas del espacio* es justamente la historia de un joven que se apunta a los rigores del servicio militar en una sociedad futura, pasándolas canutas en el proceso hasta que el ejército consigue «hacer un hombre» de él. Sumando al argumento implicaciones ideológicas como las propuestas por el autor de que en tal hipotético futuro sólo tienen derecho a voto quienes han cumplido (ofreciéndose voluntarios) con la patria, no es de extrañar la polvareda que ha llegado a levantar, habiendo quien defiende las virtudes de semejante postura, quienes la atacan ferozmente y también los que creen ver en ella una crítica subterránea del militarismo...

En cualquier caso, la novela goza de los talentos narrativos del autor y muchos se han limitado a aceptarla como una apasionante sucesión de aventuras espaciales. Como aval de su popularidad cabría señalar que ganó el premio Hugo a la mejor

novela en 1960.

(A. C.)

75. Domingo Santos, *Lo mejor de la ciencia ficción española*

Seleccionados fundamentalmente de entre las ocasionales —y a lo largo del tiempo numerosas—contribuciones de autores españoles a las páginas de la desaparecida revista *Nueva Dimensión*, el volumen ofrece al lector una muestra bastante representativa de los mejores resultados obtenidos en el terreno de la ciencia ficción en nuestro país. La inmensa mayoría de los autores incluidos en el sumario (la inmensa mayoría de los cultivadores españoles del género, si exceptuamos pudorosamente a los escritores de novelas «de a duro») surgieron de las filas de los aficionados, y en algunos casos se trata de firmas ampliamente reconocidas en la actualidad en otros campos, como son Luis Eduardo Aute y José Luis Garci, o en otros menesteres literarios, como Juan G. Atienza y Jaime Rosal del Castillo. El total de 19 relatos hace inevitable pensar qué no habría podido dar de sí el género en nuestro país de haber existido un mercado remunerado donde publicar, vista la capacidad de quienes han contribuido al mismo que se muestra en el volumen; difícilmente podrían haberse reunido en un solo tomo lo mejor de más de 15 años de actividad en el tema.

(A. C.)

76. Bernard Goorden y A. E. van Vogt, *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*

Compañera indispensable del volumen anterior, y recopilada en este caso por Bernard Goorden, estudioso belga de la narrativa hispanoamericana, la presente antología reúne asimismo una muestra representativa de excelente nivel medio de lo que ha dado de sí la ciencia ficción latinoamericana a lo largo de su historia. Las fuentes son, en este caso, bastante diversas en comparación al libro anterior, pues el género ha tenido, a lo largo de los años, más cultivadores si se van sumando los diferentes países que engloba. A pesar de que los autores implicados no han tenido tampoco un mercado estable donde publicar (algo que parecen haber conseguido en Argentina sólo recientemente), se pueden encontrar colaboraciones de autores con un corpus literario publicado considerable, entre ellos André Cameiro, Mario Levrero, Angélica Gorodischer (una escritora cuya enorme importancia está lejos de ser reconocida fuera de su país) y el ya más exportado Hugo Correa. (Entre los autores españoles que no se citan en la reseña anterior cabe señalar que Gabriel Bermúdez Castillo tiene también publicada una obra bastante extensa y de considerable importancia.)

El volumen se completa con una detallada bibliografía de la ciencia ficción latinoamericana, incluyendo apartados de ensayos, revistas, antologías y novelas, todo convenientemente ordenado según sus países de origen.

(A. C.)

77. Robert A. Heinlein, *El número de la bestia*

Si en la Apocalipsis de San Juan el número de la bestia, el 666, es el que lleva escrito en la frente el dragón, que es el demonio, y marca el inicio del fin de los tiempos y la cercanía del Juicio Final, el número 666 es también (si se emplea en el sentido de elevar el seis a la sexta potencia y luego elevar el resultado, otra vez, a la sexta potencia) el número de universos posibles, de distintas ramas alternativas de la realidad que pueden existir. Un elevado número de mundos donde esconderse cuando unos misteriosos hombres de negro, procedentes quién sabe de donde, empiezan a mostrar un peligroso interés por un científico que acaba de hacer un gran descubrimiento, precisamente el de que existe más de un universo posible...

A medida que maduraba literariamente, las novelas de Heinlein se han hecho de mayor extensión y han ido superando la, a veces, relativa simplicidad de sus tramas argumentales y propuestas ideológicas. En *El número de la bestia* Heinlein no se limita a narrar una mera serie de aventuras (¿y qué mejor marco para la aventura que una serie de universos donde prácticamente todo es posible y concebible?), sino que medita sobre la condición humana y expone sus puntos de vista particulares sobre temas tan dispares como la muerte, el sexo y Dios... sin olvidar las máquinas inteligentes o el uso de los dirigibles.

(A. S.)

78. Isaac Asimov, *Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX (1)*

79. Isaac Asimov, *Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX (2)*

Los orígenes de la ciencia ficción como género en las revistas populares norteamericanas han sido tratados en otros números de la colección (particularmente con la antología del mismo Asimov recogida en los núms. 7 y 12), pero en ningún momento se había prestado atención a los primeros intentos —inintencionados en muchos casos— de escribir ciencia ficción cuando su concepto distaba de haberse inventado. El consenso académico defiende la concepción del género como «literatura del cambio», y entiende que determinadas obras pueden considerarse del mismo cuando su autor refleja de forma patente en la narración la existencia de cambios en la sociedad motivados por la irrupción de la revolución industrial en la

misma, momento a partir del cual el individuo es capaz de apreciarlos.

Asimov analiza lúcidamente los orígenes del género a este nivel e ilustra los argumentos con una espléndida selección de textos clásicos de figuras como Hoffmann, Mary Shelley, Poe, Hawthorne, Maupassant, Rosny Añé, Bellamy, Conan Doyle, Wells, London y varios otros autores menos conocidos, siempre con relatos que sorprenden por sus cualidades especulativas.

(A. C.)

80. Bob Shaw, *Otros días, otros ojos*

Alban Garrod es científico y, en sus ratos libres, detective aficionado. Su último descubrimiento es un nuevo tipo de cristal que es capaz de grabar y almacenar los acontecimientos que suceden ante él, para revelarlos meses o incluso años después, según el espesor y el tallado del cristal. En un súbito arranque poético, Garrod lo bautizará como «cristal lento». Y el «cristal lento» no hará sino complicarle la vida: primero le traerá la fama y la riqueza, pero luego pondrá en peligro incluso su propia seguridad cuando el gobierno, siempre interesado en saber lo que no debería, tiene la idea de usar el «cristal lento» como dispositivo de vigilancia y grabación...

De la gran cantidad de novelas escritas por Shaw, *Otros días, otros ojos* es una de las más conocidas y que mayor fama le ha proporcionado: fundiendo hábilmente una trama de aventuras y casi de espionaje, en la que se critica la eterna tendencia a la intromisión en la vida privada de los gobiernos, con una buena dosis de poesía (pues uno de los usos para los que es perfecto el «cristal lento» es para conservar, con un realismo insuperable, los recuerdos de los seres más queridos) Shaw ha construido un libro apasionante que se lee de un tirón y que deja con ganas de conocer más obras de su autor.

(A. S.)

81. James Blish, *Semillas estelares*

Este volumen reúne cuatro relatos con un tema común: la modificación de seres humanos a fin de poder conquistar mundos que les serían vedados en sus condiciones físicas normales. Un tema clásico de ciencia ficción, que el veterano y experto en estas lides James Blish supo tratar con profundo conocimiento y humanidad. No en vano, Blish ha sido considerado por muchos como el escritor'inejor dotado para relatos de exploración espacial y de los devenires de la humanidad, siempre con cierto toque intelectual, muy acorde a su inteligente personalidad, que le llevó a ganar un premio Hugo (véase núm. 17 de la colección) y el respeto y admiración de todos sus colegas.

(J. C. P.)

82. Harlan Ellison, *Visiones peligrosas I*

83. Harlan Ellison, *Visiones peligrosas II*

84. Harlan Ellison, *Visiones peligrosas III*

Es frecuente que una novela o un relato se conviertan en clásicos de la ciencia ficción, o influyan de manera determinada en el devenir del género. Lo que no es nada frecuente es que lo mismo ocurra con una antología. Y ése es precisamente el caso de las *Visiones peligrosas*, preparadas por el «enfant terrible» de la ciencia ficción americana Harlan Ellison hacia 1965 y aparecidas en el mercado en 1967, tras cuya fecha se puede muy bien decir que el género ya no volvió a ser lo que era anteriormente. La frase con que el compilador presentaba el libro (*Esto que tienen ustedes en sus manos es más que un libro. Si tenemos suerte, será una revolución*) se convirtió en realidad. El espíritu que animó a Ellison a preparar la antología fue reunir un grupo de escritores y pedirles que le entregasen un relato escrito totalmente en libertad, sin tabúes ni censuras, que escribiesen, en suma, ese relato que sabían ningún editor de ciencia ficción les aceptaría: relatos osados, crueles, audaces, renovadores, que tocasen temas inéditos, tabúes o prohibidos. El experimento de Ellison sentó un precedente (nadie había osado hacer nada semejante antes) y creó escuela: a partir de 1967 empezaron a menudear antologías similares, que reunían relatos especialmente escritos para ellas y que llenaron un hueco entre la novela y la revista de ciencia ficción, hasta entonces los dos campos usuales del género.

Ellison reunió treinta y dos autores (contándose a sí mismo) y treinta y tres relatos (uno de los autores hizo doblete) más un prólogo de Isaac Asimov. Los autores eran de lo más variado: clásicos como Lester del Rey, Frederik Pohl, Poul Anderson; recién llegados como Samuel R. Delany, John T. Sladek, Larry Niven; figuras populares de la década, como Keith Laumer, Philip K. Dick, Roger Zelazny; famosos autores como Philip Farmer, Theodore Sturgeon, Fritz Leiber; desconocidos y marginales como Jonathan Brand, James Cross, Howard Rodman. Todos ellos captaron perfectamente lo que Ellison deseaba y esperaba de ellos y ninguno defraudó a los lectores, que acogieron con asombro y entusiasmo la monumental antología. El resultado fueron dos premios Hugo para Farmer y Leiber por sus aportaciones, más un Nébulas para Delany y Leiber (que repitió premio) y nominaciones al Hugo y al Nébulas para los relatos de Dick, Niven y Sturgeon.

Para lectores que crean que la ciencia ficción puede ser algo rutinario, nada mejor que la lectura de estos treinta y tres relatos para convencerles de lo contrario:

historias sobre religión y ciencia ficción (*El canto del crepúsculo*, de Lester del Rey), invasiones extraterrestres (*El día siguiente a la llegada de los marcianos*, de Frederik Phol), Jack el Destripador en el futuro (*Un juguete para Juliette*, de Robert Block y *El merodeador de la ciudad al borde del mundo*, del propio Ellison), medicina (*El rompecabezas humano*, de Larry Niven), incesto (*Si todos los hombres fueran hermanos ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana?*, de Theodore Sturgeon), canibalismo (*Corre, corre, dijo el pájaro*, de Sonya Dormán), sistemas educativos (*Desde la imprenta oficial del gobierno*, de Kris Neville), cáncer (*Angeles del carcinoma*, de Norman Spinrad), son, en fin, algunos de los muchos temas que la antología toca con una originalidad sin límites.

(J. C. P.)

85. Wilson Tucker, *El año del sol tranquilo*

Un ambicioso proyecto científico reúne a una serie de personajes muy distintos y cuyos intereses van a chocar entre sí durante el mismo. El experimento consiste en estudiar el futuro trasladándose a él en una máquina del tiempo cuidadosamente diseñada. El futuro que se ofrece a los observadores es un caos de anarquía y muerte cuyas causas buscan descubrir al tiempo que tratan, aún sabiendo que será inútil, de prevenirlo...

Con esta novela, Wilson Tucker ganó el premio Memorial John W. Campbell en 1976 con carácter retrospectivo (la novela había sido publicada en 1970 y al no hallar el jurado ninguna de las publicadas durante 1976 merecedora del galardón eligió esta antigua novela de Tucker). Este autor, de escasa obra en el campo de la ciencia ficción (véase el núm. 31 de la colección) es uno de los escritores más sombríos y pesimistas como lo demuestran sus mejores y más célebres novelas: en particular esta excelente *El año del sol tranquilo*, cuyos bien trazados personajes y diversas intrigas e intereses van creando un clima agobiante y cerrado hasta desembocar en un dramático final.

(J. C. P.)

86. Jim Wynorski. *Vinieron del espacio exterior*

Pese a que el campo de la ciencia ficción es vasto en relatos y novelas, tan sólo una mínima parte del mismo ha sido adaptado para el cine a lo largo de la historia. En este volumen, el antólogo Jim Wynorski reúne cinco relatos que dieron pie a famosas películas del género. *¿Quién hay ahí?*, del célebre John W. Campbell, que ha sido llevada por dos veces al cine. *El amor ha muerto*, de Harry Bates (que originó la famosa *Ultimátum a la Tierra*). *Objetivo la Tierra*, de Ivan Jorgensen, *El montaje cósmico*, de Paul W. Farrman, y finalmente, el famoso *El centinela*, de Arthur C.

Clarke, verdadera semilla del tiempo que con los años daría pie al argumento de *2001: una odisea del espacio*. El volumen se completa con un cuadernillo de fotografías de las respectivas películas.

(J. C. P.)

87. John T. Sladek, *Mecasmo*

Los tiempos se están poniendo bastante duros para la empresa Wompler, especializada en la fabricación de muñecas mecánicas. Por lo tanto, que el Pentágono les encargara el ultrasecreto proyecto R 32 fue algo así como un maná del cielo; sólo había que fabricar una máquina capaz de autorreproducirse. Pero muy pronto las cajitas grises que salen del ordenador Quidnac escapan al control de sus creadores. Dotadas de prodigiosa fecundidad, sufren también de una insaciable hambre mecánica, devorando puentes, tanques, aviones y fábricas, como si un Dios que los hombres no conocen les hubiera dicho, a ellas también, «creced y multiplicaos»...

Si el lector conoce ya la reputación de Sladek como uno de los más tenaces integrantes del movimiento renovador de la ciencia ficción llamado «Nueva Ola» y teme por ello una novela llena de experimentalismo abstruso y seriedad aburrida, se equivoca totalmente. *Mecasmo* es una sátira feroz que no deja títere con cabeza y que sabe demoler con igual brillantez la estulticia de los militares como el orgullo hueco de los científicos que terminan devorados por sus propias creaciones... las cuales, además, no hacen otra cosa que seguir las instrucciones que se les ha dado. Escrita en un estilo ágil y desenfadado que no oculta lo importante de sus planteamientos ni menoscaba su capacidad de señalar los graves problemas de la civilización actual, *Mecasmo* demostrará a quien aún no lo supiera que la renovación formal y el experimento estilístico no tienen por qué ser necesariamente soporíferos.

(A. S)

88. John Varley, *La persistencia de la visión*

De los muchos nombres que forman la más reciente generación de escritores americanos de ciencia ficción, el de John Varley ha sabido ganarse una bien merecida reputación por fundir con gran armonía la tendencia poética y la escritura experimental del movimiento renovador de los 60, conocido como la «Nueva Ola», con la preocupación por dotar a sus relatos de una sólida base científica, como en la era clásica del género, y esforzándose además por que dicha base no se limitara a las ciencias tradicionales, sino que se extendiera a disciplinas como la lingüística o la sociología.

De los cuatro excelentes relatos que recoge el volumen, primera parte de la antología original, el más representativo de su quehacer literario es el que da título al

libro *La persistencia de la visión*, galardonado en 1978 con los premios Hugo y Nébula, los más famosos del género: el relato es una conmovedora y emocionante extrapolación sobre lo que podría ser la vida de una comunidad de mutilados, sordos y ciegos a la vez; las extraordinarias nuevas perspectivas sensoriales y sociales que tales mutilados podrían llegar a descubrir y el choque que un personaje «normal» sentiría confrontado a dicha comunidad.

En resumen, una antología imprescindible para todo el que desee hallarse al corriente de los nuevos rumbos tomados por la ciencia ficción y, al mismo tiempo para quien, simplemente, desee leer *buena* ciencia ficción.

(A. S.)

89. Jim Wynorski, *Vinieron de la Tierra*

En este volumen, Jim Wynorski reúne otros siete relatos que dieron pie a otras tantas películas de ciencia ficción: *Doctor cíclope*, de Henry Kuttner; *La sirena en la niebla*, de Ray Bradbury; *La máquina alienígena*, de Ray F. Jones; *La séptima víctima*, de Robert Sheckley; *El corredor*, de Ib Melchior; y finalmente la noveia corta de Harían Ellison *Un muchacho y su perro*, cuya versión cinematográfica es un clásico del cine marginal americano. El volumen contiene un cuadernillo con fotografías de cada una de las películas.

(J. C. P.)

90. John Varley, *En el salón de los reyes marcianos*

Segunda parte de la antología de narraciones de John Varley (la primera fue publicada en el número 88 de la colección), donde el autor sigue demostrando su preocupación por no traicionar los orígenes clásicos del género —la especulación sobre lo que sucedería si ciertos avances científicos, hoy sólo imaginación, llegaran a ser reales—y un más moderno enfoque centrado en la preocupación por el individuo y el uso de recursos estilísticos más flexibles para hacer llegar al lector dicho impacto tecnológico.

El que Varley nada tiene que envidiar a los clásicos lo comprobará el lector de relatos tan inolvidables como *Incurción aérea*, donde los escasos sobrevivientes de un futuro temible se ven obligados a raptar personas del pasado para intentar que la raza no se extinga, o el que da título al volumen, *En el salón de los reyes marcianos*, una melancólica evocación de la primera exploración al planeta Marte que logra transmitir al lector toda la emoción y grandeza de un mundo muerto y exótico pero cercano al mismo tiempo.

(A. S.)

91. Fritz Leiber, *Crónicas del gran tiempo*

Aunque los hombres corrientes viven sus vidas anodinas sin ni siquiera sospecharlo, lo cierto es que a su alrededor —en todos los tiempos, en todos los lugares— se desarrolla una guerra feroz, sórdida e implacable en la que ni se pide ni se da cuartel. Dos bandos de enemigos irreconciliables, las Serpientes y las Arañas, se deslizan a lo largo del flujo temporal retorciendo los acontecimientos, manipulando a sus protagonistas e intentando por todos los medios alzarse con el dominio del pasado, el presente y el futuro...

El libro recoge los diversos relatos que a lo largo de su extensa y venerable carrera literaria ha ido dedicando Leiber a dicha guerra, conocida como la Guerra del Cambio. Su visión del universo como un peligroso tablero de ajedrez y de los hombres como piezas de un juego que les rebasa y del que ni siquiera tienen conciencia convierte los relatos en pequeñas joyas de sarcasmo y potencia onírica que no dejarán indiferente a ningún verdadero aficionado al género: a medio camino entre el fantástico y la ciencia ficción, relatos como *Un escritorio Heno de chicas* muestran al viejo maestro en la plenitud de su forma, donde humor y horror se amalgaman en una mezcla insuperable.

(A. S.)

92. Robert Sheckley, *Dramocles*

La tranquila pero más bien aburrida existencia del rey Dramocles de Gorm se ve conmovida, tras más de treinta años de feliz reinado sin historia, por el dramático descubrimiento de que tiene ante él un Destino (con mayúscula, por supuesto) que cumplir. Es el inicio para el pobre Dramocles de un aventuradísimo periplo en el que hallará de todo, desde una hija amante y traicionera hasta feroces guerras interplanetarias, con todo lo que se pueda imaginar entre estos dos extremos.

Tras bastantes años de silencio, rotos sólo por la publicación esporádica de algún que otro cuento, el maestro Robert Sheckley ofrece una novela chispeante y enérgica, una mezcla de Groucho Marx, vodevil y humor absurdo a lo Monty Python que no dejará indiferente a ningún lector por malcarado que se halle. Un soplo de aire fresco, tanto por su extensión como por sus felices resultados, en el enrarecido panorama actual del género, donde abunda demasiado la seriedad mal entendida; la innecesaria extensión de las historias y el deseo algo infantil de abrumar al público con despliegues a destiempo de tecnología aparatosa.

(A. S.)

93. Clifford Simak, *Herencia de estrellas*

En una tierra incalculablemente lejana en el futuro, Tom Cushing abandona una vida rutinaria y segura para intentar llegar al legendario «Lugar de Ir a las Estrellas». Su camino se convierte en una peregrinación por un planeta decadente, vuelto al salvajismo, y en el que las cajas craneanas indestructibles de los robots son el único recuerdo de los tiempos de la civilización tecnológica.

Una obra de madurez del Simak de siempre, *Herencia de estrellas* recoge todos sus viejos temas —la soledad inicial del hombre y su hermandad final con otras formas de inteligencia, de los robots a los perros, pasando por los fantasmas; la vastedad y el misterio inexplicable del cosmos; etc—en una novela cálida y tranquila donde el paisaje y las casi morosas descripciones del viaje del protagonista adquieren el carácter de verdaderos personajes del libro.

(A. S.)

94. Robert Silverberg, *Hijo del hombre*

Un hombre despierta al final del tiempo. No ha muerto ni se halla en el paraíso, sólo en una Tierra que está llegando al fin del trayecto y donde todo ha cambiado: una Tierra sin ciudades ni civilización, sin robots y sin desiertos, floreciente de una vida extraña e inconcebible para él, llena de contactos extraños y de preguntas sin respuesta. Y ese hombre emprende un viaje, una peregrinación más bien, para desentrañar todos los enigmas de ese mundo cambiado y, de entre todos ellos, el que le afecta más de cerca y que apenas si se atreve a plantearse, el de su propia condición...

En toda la obra de Robert Silverberg aparece siempre una preocupación que casi podría calificarse de metafísica o teológica por la condición humana, no tanto un intento de hallar las respuestas a las preguntas eternas de todo ser consciente sobre su destino y origen, si no por la tensión y los problemas que la ignorancia y la búsqueda de esas respuestas le imponen a todo ser vivo. *Hijo del hombre* es la novela de Silverberg que aborda más directamente esos temas y, en tal sentido, no decepcionará a quien sintonice con esa faceta del carácter del autor: el resto de los lectores pueden gozar igualmente con uno de los viajes más extraños y apasionantes que nunca se hayan escrito, un periplo onírico por una Tierra indescrptible pero fascinante.

(A. S.)

95. Jack Williamson, *La isla del dragón*

Una nueva muestra de la capacidad de evolucionar con los tiempo que ha mostrado Williamson en el transcurso de su prolongada carrera literaria, *La isla del dragón* es considerablemente posterior a los relatos recogidos en *Lo mejor de Jack*

Williamson (núm. 41 de la colección), y a *La legión del espacio* (núm. 9 de la colección), y con ella Williamson compitió en igualdad de condiciones con los nuevos consagrados del género. Abandonando los escenarios galácticos tan característicos de su primera época, el autor rinde con esta novela un homenaje a Wells y a *la isla del doctor Moreau*, con la que su novela guarda algunos paralelismos; de hecho, Williamson aceptó el reto de afrontar el tema abierto por Wells desde la perspectiva del conocimiento científico de los años 50, introduciendo en el mismo su sello personal al desarrollar en este contexto una notable trama de aventuras de ritmo enormemente ágil.

(A. C.)

96. Isaac Asimov, *Nueve futuros*

Este volumen de relatos fue publicado hace años en nuestro país en una edición mutilada que omitía dos de los relatos, pero, extrañamente, respetaba su título original. Aquí se ofrece su versión íntegra y se recuperan todos los relatos. Se trata de una de sus mejores colecciones, correspondiente al período 1956-1958, uno de los de creatividad más fértiles y originales del escritor. Las temáticas son de lo más variado y van desde el relato policial (*En puerto Marte y sin Hilda*) a las computadoras (*Todos los males del mundo y La última pregunta*) pasando por las profesiones del futuro (*Profesión*) y la especulación científica (*Los buitres bondadosos*), entre otros... para finalizar con un relato que sorprenderá y cautivará a todos sus seguidores: *El niño feo*, una historia profundamente humana sobre un niño que buscaba a su madre, llena de ternura y sensibilidad y que confirma la habilidad y maestría de Asimov y su facilidad de cambiar de registro literario.

(J. C. P.)

97. Isaac Asimov, *Transplante obligatorio*

En este volumen, preparado por Isaac Asimov y sus colaboradores habituales en materia de antologías, Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg, se reúnen doce relatos cuyo tema común es la biología dentro de la ciencia ficción. Figuran en él autores bien conocidos, como Fredric Brown, Ray Bradbury, Poul Anderson, Robert Silverberg y Ursula K. Leguin, junto con otros menos populares o un tanto olvidados, como Edmond Hamilton y James H. Schmitz. El volumen viene acompañado de pequeñas biografías de los autores y un comentado final sobre diversos aspectos de la biología según la forma tratada por los autores en sus relatos.

(J. C. P.)

98. Isaac Asimov, *Orbita de alucinación*

Isaac Asimov y sus colaboradores han reunido aquí doce relatos en los que se combinan la psicología y la ciencia ficción. Los relatos son sorprendentes y originales, ilustrando diversas formas de conducta. Entre ellos se encuentra un pequeño clásico, «Es una vida buena», de Jerome Bixby, junto con una aportación del propio Asimov, «Círculo vicioso» en donde psicología y robots se enfrentan. El resto de los autores lo componen nombres como Roald Dahl o Donald E. Westlake, muy conocidos fuera del campo de la ciencia ficción, Robert Silverberg, Henry Kuttner, Fred Saberhagen y John Brunner.

(J. C. P.)

99. Mike Resnick, *El germen*

Perteneciente a la última hornada de escritores norteamericanos, Resnick se presenta al lector castellano con una novela altamente provocativa centrada en el tema religioso. A mediados del próximo siglo se produce la verdadera llegada del mesías judío, trayendo para los suyos el advenimiento del nuevo estado del pueblo elegido y poniendo sitio a Jerusalén. Claro que no se trata de un personaje con demasiado carácter espiritual, y su procedencia del mundo del hampa, así como la guerra abierta que mantiene con un escéptico miembro influyente de ésta no ayudan a mejorar su imagen, pero es capaz de arrastrar a millones de fanáticos a su causa y parece inmune a los repetidos intentos de acabar con su vida... *El germen* es una novela que representará sin duda una sorpresa para todos los seguidores de la colección.

(A. C)

100. Robert Heinlein, *Puerta al verano*

Daniel Boone Davis es un fracasado sin suerte, traicionado por su socio y la mujer que ama. Sólo su gato Petronio le es fiel. Pero un mal día y una mala borrachera le inducen a aceptar la animación suspendida y despertarse a treinta años vista del futuro. Pero, claro, al cabo de treinta años las cosas no son las mismas, uno tampoco es el mismo (¿o sí?) aunque, eso desde luego, los gatos siguen siendo fieles a sus amos... aunque sus amos no hayan sido fieles a sus gatos. Todo es cuestión de animarse y saber encontrar la correspondiente «puerta al verano»

Esta encantadora novela, llena de humor y ternura, es una de las más célebres y estimadas de su autor, Robert Heinlein, verdadero gigante de la ciencia ficción capaz de escribir las más inesperadas y asombrosas narraciones y novelas. Incluso los lectores más reacios a Heinlein se rendirán ante esta excepcional novela y sus protagonistas, cuyas aventuras y peripecias proporcionan horas de gratísima lectura, y

cuyo recuerdo no nos abandonará nunca.

(J. C. P.)

10 años de Super Ficción

El aficionado español recuerda con particular tristeza la desaparición de la antigua colección *Nebulae* que editó Edhasa hasta finales de los años 60, motivada por un incomprensible tropiezo tras un cambio en la directiva de la editorial. Durante los años siguientes no se podían encontrar en el mercado novedades dignas de atención, y los aficionados debían contentarse con la compañía de la entonces joven y vigorosa revista *Nueva Dimensión*; sólo esporádicamente llegaban algunos libros de Minotauro procedentes de Argentina, a precios considerablemente altos. La aparición de las Selecciones Bruguera de ciencia ficción en 1971 no supusieron demasiado alivio, debido a su errática frecuencia de aparición, así como tampoco algunos títulos editados por Verón entre 1972 y 1974. Eran malos tiempos para el aficionado, que difícilmente encontraba algo nuevo en las librerías, y menos aún si sus economías no eran precisamente boyantes.

Y, repentinamente, se produjo el boom de las colecciones especializadas: Acervo, *Nebulae* 2ª época, Super Ficción, Caralt, Edaf, Bruguera Nova y algunas otras aparecieron en un intervalo de menos de 2 años, incluso *Nueva Dimensión* lanzó una colección de libros y Minotauro empezó a editar en colaboración con Edhasa desde España. Desde aquellas fechas ha habido siempre varios editores publicando con cierta periodicidad, algunas colecciones han desaparecido y otras nuevas han ocupado algunas vacantes, teniéndose aseguradas al parecer una cierta cuota de novedades.

¿Cómo está la situación en la actualidad? De las colecciones anteriores sólo sobreviven Acervo, que publica más o menos regularmente; Minotauro, en una situación de vigor envidiable y merecida; *Nebulae*, publicando a ritmo lento; y, claro, Super Ficción, que también ha disminuido su cadencia para dar paso al nacimiento de Gran Super Ficción y colecciones paralelas de terror y fantasía. Super Ficción ha llegado a ser sin embargo la colección más difundida, debido en parte a lo asequible de sus precios, rivalizando en popularidad tan sólo con la creciente colección de bolsillo que ha lanzado Ultramar, la otra única editorial que está publicando regularmente libros del género.

Es posible que el cuadro anterior se modifique sustancialmente en un lapso breve de tiempo. La Biblioteca de Ciencia Ficción, que se distribuye en quiosco (editada por Orbis y nutrida fundamentalmente de los fondos de Super Ficción, Acervo y alguna que otra obra suelta de otras procedencias), ha recibido bastante buena acogida. Forum tiene anunciada (por las fechas en que estas líneas vean la luz debería estar ya en los quioscos) una versión en castellano de la *Asimov Magazine*, a cargo de Carlo Frabetti. Y hay indicios de que una editorial importante pueda decidirse a entrar con fuerza en el género. En cualquier caso, el mercado del libro en general está demostrando la necesidad de políticas coherentes y esmero editorial a todo nivel para llegar a ganar el favor del público. Si llega a producirse un nuevo boom del género o

no, es algo que no está demasiado claro, pero al igual que del anterior sólo han sobrevivido quienes han venido realizando la mejor labor editorial, deberá ser precisamente este punto el que deberán cuidar tanto los que lleguen al género como los que ya estamos en él.

Queremos que los 10 años de vida de Super Ficción y los 100 números que celebramos lleguen a representar el punto de partida de un nuevo período, una nueva «época» de la colección, que podamos llegar a celebrar igualmente dentro de otros 10 años.

Lo único que quiero añadir a todo esto es mi deseo personal, como responsable de la colección a partir de este momento, de acercarla a sus lectores, de intentar conseguir que sea un poco la colección de todos nosotros. Agradeceré la opinión de todos los que quieran molestarse en escribirnos, las sugerencias sobre títulos y autores que a cada quien le gustaría ver publicados, así como las críticas favorables o desfavorables que se nos quieran remitir sobre los títulos que vayan apareciendo. No podré contestar, me imagino, en muchos casos, pero sí tendré en cuenta todas las cartas que se reciban a la hora de ir escogiendo nuevo material para el fondo.

Alejo Cuervo

Pájaros lentos

por Ian Watson

Era el primero de mayo, y ese año el festival de patinaje a vela se celebraba en Tuckerton.

A primera hora de la mañana, después de que los árbitros hubieran estado en la llanura de cristal disponiendo banderas rojas alrededor del circuito, nubes en forma de cúmulo empezaron a llenar un cielo anteriormente azul, prometiendo condiciones ideales para el juego de la tarde. Nada de lluvia; así que el cristal no tendría un palmo de agua como el año pasado en Atherton. Ningún reflejo para cegar a los espectadores, como el año anterior a ese, en Buckby. Y una brisa que era vivaz sin llegar a fuerte: perfecta para dar velocidad a las velas de los competidores sin llegar a derribar a la gente, como cuatro años antes en Edgewood cuando se dieron un par de tobillos rotos y numerosas contusiones.

Después de la competición habría un asado de cerdo; o más bien los succulentos frutos de éste, pues el cerdo había estado dando vueltas lentamente en el espetón las últimas treinta y seis horas. Y habría barriles de Oíd Codger Ale para abrir. Pero en aquel momento la mente de Jason Babbidge estaba ocupada básicamente comprobando sus patines para cristal y su excelente vela manual color amarillo azafrán.

Tan alta como un hombre de buena estatura, y de la mejor seda vieja, con sólo un par de parches, la varilla delantera de la vela, de fresno flexible, era curvada por una fuerte cuerda de cáñamo. Jason la estiró pensativo como un arpista, comprobando la tensión. Ya había un buen número de corredores en el cristal, exhibiendo sus pasos para ser aplaudidos. Gente de Tuckerton principalmente..., actuando como si la zona de cristal fuera suya, y la conocieran más íntimamente de lo posible para cualquier visitante. Pero no había ninguna diferencia en el cristal, el mismo que en dirección hacia Atherton.

Daniel, el hermano menor de Jason, silbó apreciativamente cuando un hombre de Tuckerton con seda púrpura ejecutó círculos perfectos a toda velocidad, su vela estremeciéndose al virar.

—¡Jay, mírale!

—¿Qué, Bob Marchant? El año pasado se lució. ¿De qué sirve cansarse antes de que suene el silbato?

Para entonces dos hermanas de Buckby habían salido también, las dos con velas negras, trazando odios una alrededor de otra, evitando el choque por un pelo.

—Venga, Jay —le instó el joven Daniel—. Enséñales.

Participantes de otros pueblos empezaban también a inundar el cristal, pero Jason notó que Max Tarnover estaba no muy lejos, observando las exhibiciones con una

sonrisa de sapiencia. El señor Tarnover de Tuckerton, vencedor del año pasado en Atherton a pesar del chaparrón... Siguiendo su ejemplo, y mejorándolo, Jason ignoró lo que sucedía en el cristal y en vez de ello examinó la multitud.

Vio al tío John Babbidge charlando vehementemente con un hombre de Edgewood, junto al lugar donde tocaba la banda; lugar que no era precisamente el más tranquilo para hablar, así que quizás estaban haciendo negocios. Mientras tanto, en el césped más allá de la banda los niños de cinco pueblos zumbaban como moscas del hoopla a los bolos, y de éstos a la tina de salvado y las manzanas en cubos de agua. Y los mayores que no atendían a la banda o a las carreras de práctica o a cualquier otra cosa, como el cotilleo, asaltaban el edificio y sacaban sillas. En el festival habría un millar de personas, y el pueblo, a lo lejos, parecía desierto. Junto al borde del cristal se habían dispuesto alfombras, bancos y mitades de barril para los viejos de Tuckerton.

Mientras la banda dejaba sus instrumentos para tomar aliento después de terminar *La danza floral*, un balido de pánico cortó el parloteo de muchas voces. Un granjero acababa de inclinarse sobre un pequeño aprisco donde había un cordero casi tan grande como su trasquilada y protestona madre, tras la que se acurrucaba para esconderse y seguir mamando. Riendo, el granjero lo sacó y lo sostuvo por el cuello y las patas traseras para adivinar su peso, y ganar quizás un premio.

Y ahora la madre de Jason se abría paso a través de la multitud, masticando los restos de un pastel.

—¡Mucha suerte, hijo! —sonrió.

—Mamá, ya te lo he dicho —protestó Jason—. Da mala suerte decir «buena suerte».

—¡Oh, que tengas suerte si quieres! De todos modos, ¿qué es la suerte?

Tocó su nuez de Adán como para empujar hacia abajo el último pedazo de carne y patatas, aunque en realidad estaba indicando que en su garganta no había ningún amuleto o ensalmo.

—Supongo que haré mejor moviéndome.

Sacándose las sandalias, Jason se sentó para atarse los patines. Con una ayudita de Daniel se levantó y permaneció con las rodillas tocándose, las hojas cortando la hierba mientras que el chico disponía la vela sobre sus hombros. Jason aferró las tiras de cuero del arco y la verga de la columna.

—Vale. —Movié la vela a uno y otro lado—. Vamos entonces. No saldré volando.

Pero justo cuando iba a descender al cristal, a menos de un centenar de metros de éste apareció un pájaro lento.

Se materializó justo delante de una de las hermanas de Buckby. Incapaz de desviarse, no tuvo otra opción que dejarse caer de espaldas. Llorando de rabia, y quizá dolorida por la caída, se arrastró por debajo del pájaro lento, su vela rota y arrugada sirviéndole de trineo...

Les llamaban pájaros lentos porque volaban por el aire... a la majestuosa velocidad de casi un metro por minuto.

También se parecían un poco a los pájaros, aunque sólo un poco. Sus cuerpos tubulares de metal se redondeaban en la cabeza y terminaban en la cola con una punta provista de aletas, y dos cortas alas hacia la mitad. Pero esas alas nada podían tener que ver con mantener su masa en el aire; la anchura del pájaro era la de un caballo, y su longitud dos veces la de un hombre tendido. Quizás esas alas controlaban la orientación o el equilibrio.

Su color era un gris plateado; aunque éste era sólo el color de su capa externa, hecha de un metal blando como el plomo. Unos centímetros debajo de esa capa, sus tejidos internos eran negros y duros como el acero. La nariz de los pájaros estaba siempre marcada, como mínimo, con unos cuantos arañazos debidos a encuentros con obstáculos a lo largo de los años; los pájaros lentos siempre mantenían el mismo nivel por encima del suelo —el vientre a la altura de los hombros de un ser humano— y se desviaban para evitar grandes edificios o árboles crecidos, limitándose a empujar cualquier otro obstáculo más débil. De ahí provenían los juegos individuales de arañazos. Sin embargo, un modo más fácil de distinguirlos era los graffiti esculpidos en muchos de sus costados: iniciales enmarcadas por corazones, fechas, nombres de lugares, fragmentos de mensajes. Éstos confirmaban ampliamente cuántos pájaros lentos debían de existir en total..., algo de lo que la gente no se habría convencido totalmente de otro modo. Pues nadie podía seguir el rastro de un pájaro lento en concreto. Después de que hubiera aparecido uno; sobre la colina, por una pradera, en mitad de un pastizal o por la calle de un pueblo, volaría lentamente hacia adelante por un espacio de tiempo entre una hora y un día, cubriendo cualquier distancia entre unas decenas de metros y un kilómetro y medio. Y volvería a desvanecerse. Para reaparecer en otro lugar, también de modo impredecible: muy lejos o cerca, quizá mucho después o puede que pronto.

Normalmente, un pájaro se desvanecía para reaparecer de nuevo.

No siempre, sin embargo. Media docena de veces al año, dentro de los confines particulares de la isla, un pájaro lento llegaba al final de su viaje.

Se autodestruía, y todo el terreno que le rodeaba en un radio de unos cinco kilómetros, fundiendo instantáneamente el paisaje en una capa de vidrio. Una capa plana y circular de vidrio. Una zona limitada y polarizada de aniquilación. A unos metros fuera del borde una persona podía escapar intacta, sólo ensordecida y temporalmente deslumbrada.

Hasta el momento ningún pájaro lento había explotado encima de una capa de cristal anterior. Consecuentemente, muchos pueblos y aldeas se aferraban a las fronteras de lo que ya había sido destruido, y nuevas de una llanura de cristal reciente harían brotar allí granjas y viviendas. Aun así, la mayoría de la gente permanecía llena de fatalismo en las viejas ciudades históricas. Asumían que ningún pájaro lento explotaría en ellas durante sus vidas. Y si lo hacía, ¿de qué iban a enterarse? A menos

que el cristal meramente partiera en dos una ciudad..., en cuyo caso, terminado el llanto y el luto, los ciudadanos restantes podían relajarse y sentirse en seguridad.

Cierto, a largo plazo el país entero de costa a costa y de norte a sur no sería sino una capa sólida de cristal. O quizá sería meramente un tablero de ajedrez, de círculos tocando a círculos; un mosaico de cristal. ¿Qué habría en medio? Pedazos de polvo desértico, si el clima se hacía más seco a causa de los reflejos del cristal. O agua encharcada, tierra de pantanos. Pero ese día estaba aún muy lejos: a un centenar de años, doscientos, trescientos. Así que la gente no se preocupaba demasiado. Habían estado acostumbrados a esto toda su vida, y sus padres antes que ellos. Quizás un día los pájaros lentos dejarían de llegar. Y de venir. Y de explotar. Igual que una vez empezaron, de repente. Ciertamente, la situación era la misma, en todos los aspectos, en cualquier lugar del mundo. Sólo los mares estaban libres de pájaros lentos. Así que quizá la raza humana tendría algún día que vivir en balsas. Aunque, para entonces, ¿con qué las construirían? Mientras tanto, la gente se las arreglaba; y la mayoría hacía mucho que había dejado de preguntarse el porqué. Pues no había respuesta alguna.

La hermana de la muchacha la ayudó a levantarse. Parecía que no se había roto ningún hueso. Sólo la dignidad herida; y su vela.

Los demás patinadores se habían detenido a los costados y contemplaban con resentimiento al pájaro lento surgido entre ellos. Su vientre y sus flancos estaban casi desnudos de graffiti; viéndolo, un grupo de jóvenes corrió hacia el cristal, aferrando cortaplumas, clavos oxidados y objetos parecidos. Pero un árbitro les indicó irritadamente que retrocedieran.

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! —Su mirada pareció centrarse en Jason y, por un instante de fatuidad, Jason imaginó que era a él a quien iba a apelar el árbitro; pero el hombre dijo—: ¡Señor Tarnover! —en vez de ello, y Max Tarnover se acercó anadeando y se deslizó luego sobre el cristal para conferenciar.

Finalmente el árbitro ahuecó las manos.

—Retrasamos la salida media hora —gritó—. Lo justo es lo justo: la señorita debe tener la oportunidad de arreglar su vela, visto que no fue culpa suya.

Jason percibió un pequeño gesto de diversión en el rostro de Tarnover; pues ahora los demás competidores deberían seguir dando vueltas y cansándose con un entrenamiento extra que ninguno de ellos necesitaba, o bien deberían desfilar fuera del cristal para una pausa perdiendo cierta ventaja psicológica. De hecho, casi todos optaron por un descanso y algún refresco.

—¡Vaya suerte! —resopló la señora Babbidge, mientras Max Tarnover se les acercaba ruidosamente.

Tarnover se detuvo junto a Jason.

—Francamente, yo diría que su vela está arruinada —le confió—. Pero ¿qué se puede hacer? De lo contrario, todos los de Buckby habrían estado dando la lata. «Oh, ella podría haber ganado. Si hubiera tenido diez minutos para arreglarla.» Ese maldito

pedazo de metal entrometido. —Tarnover paseó una mirada señorial sobre la vela de Jason—. ¿De qué sirve la habilidad entonces?

Daniel Babbidge miró a Tarnover con una mezcla de adoración al héroe y camaradería hostil con su hermano. Jason se limitó a asentir y dijo:

—Es lo justo.

No estaba seguro de si Tarnover actuaba con generosidad... o con una arrogancia despectiva. ¿O acaso esa confianza significaba que Tarnover veía en Jason a un rival válido para la ponchera de plata de la competición de este año?

Obviamente, al joven Daniel la respuesta de Jason no le pareció adecuada.

—Entonces, ¿dónde cree usted que van los pájaros, señor Tarnover, cuando no están aquí? —dijo con voz aflautada.

Una buena pregunta: absolutamente imposible de responder, pero Max Tarnover se sentiría probablemente obligado a ofrecer una respuesta aunque sólo fuera para mantener su pose de sabiduría mundana. Jason sintió más simpatía por su hermano, en tanto que la señora Babbidge, entendiendo el dilema, empujó suavemente al chico.

—No malgastes el tiempo del señor Tarnover. Seguro que en todos sus días de vida, no ha pensado en ello ni un momento.

—Oh, sí que lo he pensado —dijo Tarnover.

—¿Bien? —insistió el chico.

—Bien..., puede que no vayan a ninguna parte. La señora Babbidge rió, y Tarnover se ruborizó.

—Lo que quiero decir es que quizá dejan de estar en un sitio y, de pronto, están en el lugar siguiente.

—¡Si se pudiera patinar así! —rió Jason—. Algo lento, de todos modos... Todos te rebasarían en el último instante.

—Tienen que ir a algún sitio —dijo tozudamente el joven Dan—. Quizás es un lugar que no podemos ver. Otra especie de sitio, con otra gente. Quizá son ellos los que construyen los pájaros.

—Mira, cara pecosa, los pájaros no vienen de Russ, o de Menea, o de ningún otro sitio. Así que, ¿dónde está ese otro lugar?

—Puede que aquí mismo, sólo que no podemos verlo.

—Y quizá los cerdos tienen alas —Tarnover desvió la mirada disponiéndose a marchar hacia el puesto de la sidra y el licor de peras pero la señora Babbidge se interpuso hábilmente.

—Oh, en cuanto a eso, estoy segura de que nuestra cerda Betsey no podría volar, con alas o sin ellas. Colgar en el aire de ese modo, y con tanto peso.

—¿Ha pesado algún pájaro recientemente?

—Parecen pesados, señor Tarnover.

Tarnover no lograba rebasar del todo a la señora Babbidge, obstaculizado por su vela. Se limitó a mirar a lo lejos, murmurando: «Si no tenemos nada inteligente que decir sobre ellos, en mi opinión lo mejor es cerrar la boca.»

—Pero eso no es lo mejor —protestó Daniel—. Están destrozando el mundo. Pedazo a pedazo. Como si estuvieran en guerra con nosotros.

Jason se sintió humorísticamente inventivo.

—Quizá sea eso. Puede que esas otras personas de Dan estén en guerra con nosotros... sólo que se olvidaron de mencionarlo. Y cuando nos hayan convertido a todos en cristal, vendrán aquí para las vacaciones. Y patinarán felizmente para siempre jamás.

—Una guerra condenadamente larga, si de eso se trata —gruñó Tarnover—. Ahora ya lleva un siglo.

—Quizá por eso los pájaros vuelan tan lentamente —dijo Daniel—. ¿Y si un año nuestro es como una hora para esa gente? Por eso los pájaros no se caen. No tienen tiempo.

La expresión de Tarnover era casi salvaje.

—¿Y si los pájaros vienen sólo para castigar nuestros pecados? ¿Y si son sencillamente una prueba milagrosa...

—... de que el Señor se preocupa de nosotros? ¿Y que un día nos perdonará? Oh, santo cielo —y la señora Babbidge resplandecía—, ¿no será usted uno de ellos? Un muchacho brillante como usted. Yo ni siquiera pongo velas en las ventanas y ya no hago nudos en las sábanas para alejar a los pájaros —revolvió la mata de cabello pelirrojo de su hijo—. Todos nos morimos más pronto o más tarde, Dan. Ya te acostumbrarás a eso cuando hayas crecido. Cuando es hora de morir, es hora de morir.

Tarnover parecía furiosamente vencido; aunque también el joven Daniel parecía disgustado de un modo distinto.

—¡Y cuando estás sediento, es hora de beber! —Espiendo una abertura, y su oportunidad, Tarnover se deslizó rápidamente rodeando a la señora Babbidge y se alejó. Ella rió mientras le veía marcharse.

—¡Eso le ha arrugado un poco la vela!

Cuarenta participantes más, aparte de Jason y Tarnover, se congregaron entre las banderas de salida. Aunque no la muchacha que había caído; pese a todos sus esfuerzos estaba fuera de la carrera, y se quedó sentada mirando desganadamente.

Entonces el árbitro de Tuckerton tocó su silbato, y partieron.

El recorrido tenía la forma de una hoja alargada. Primero se curvaba suavemente alrededor del borde del cristal durante algo más de un kilómetro, torcía después dando media vuelta y volvía directamente hacia Tuckerton. Al final de la recta, otro brusco semicírculo volvía a traerlo a la línea de salida, y de llegada. Había que patinar a vela un total de tres circuitos antes de que sonara el silbato de la victoria. Más que eso, y el lapso entre los líderes y los rezagados podría inducir a confusión.

En la primera vuelta Jason precedía al resto, y toda su práctica desde el año pasado rendía sus frutos. Sus patines corrían sobre el cristal. La brisa le impulsaba convincentemente. Mientras rodeaba el final de la hoja, haciendo girar su vela en otra

dirección, vio a Max Tarnover manteniéndose en cuarto lugar. Determinado a incrementar la ventaja, Jason se inclinó tan cerca de la bandera en la entrada a la recta que casi la derribó. Compensando, se portó mal en la recta, perdiendo unos metros. Cuando Jason pasó sobre la línea de llegada, vitoreado por los aldeanos de Atherton, Tarnover se hallaba en tercera posición; aunque no se esforzaba demasiado por avanzar. Jason se dio cuenta de que Tarnover le estaba dejando llevar el paso, sencillamente.

Pero una carrera de patín a vela no es lo mismo que una carrera a pie, donde el escapado generalmente acaba quedándose atrás. Jason se esforzó más. Pero al cruzar la línea por segunda vez, Tarnover se hallaba a unos veinte metros detrás, moviéndose sin esfuerzo aparente como si él, su vela, el viento y el cristal fueran uno. Percibiendo la mirada de Jason, Tarnover sonrió y apretó un poco la velocidad para impulsarle a esfuerzos aún mayores. Y al entrar en el tercer circuito Jason percibió también el progreso del pájaro lento, a su izquierda, ahora a medio camino entre la larga curva y la recta, dirigiéndose hacia Edgewood. Incluso los rezagados podrían recorrer la recta final antes de que la cosa se interpusiera en su camino, calculó.

Esta breve distracción fue un error: Tarnover se hallaba ahora aún más cerca detrás de él, su vela inclinada en un ángulo que debía hacer que las muñecas le dolieran. Estaba ya deslizándose a un lado para rebasar a Jason. Y en ese momento Jason vio cómo podía ganar: dejando que Tarnover pensara que estaba empujando a Jason más allá de sus capacidades... de modo que Tarnover se engañara cansándose él mismo demasiado pronto.

—¡No puedes cogermé! —le dijo Jason al viento, suponiendo que Tarnover malinterpretaría esto como una bravata y asumiría que Jason no preveía realmente las cosas. Al mismo tiempo Jason añojó ligeramente el paso, esperando que su rival no lo notaría, ya que ello contradecía su propia fanfarronada. Intentando parecer asustado, dejó que Tarnover ganara terreno... y vio cómo Tarnover seguía aferrando fuertemente su vela aunque él se movía un poco más despacio que antes. Sin darse cuenta, Tarnover se hallaba en mal ángulo; estaba haciendo actuar su muñeca innecesariamente.

Ahora Tarnover llevaba la delantera. Inmediatamente, toda la presión psicológica desapareció de Jason. Con facilidad y gracia, se mantuvo a unos metros por detrás, justo donde podía beneficiarse del «ojo» del aire en la estela de Tarnover. Y así permaneció hasta la mitad de la recta final, sintiéndose como un aguilucho colgado en el cielo con un mero guiño de las alas antes de lanzarse en picado.

Se contuvo; aguantó. Entonces, cambiando de pronto la inclinación de su vela, se lanzó..., de nuevo hacia la delantera.

Era un error. Había sido un error todo el tiempo. Pues mientras Jason le rabasaba, Tarnover se ríó. Sacudiendo su vela marrón y naranja de seda con una inclinación más sencilla y eficiente, Tarnover empezó a mover las piernas, patinando como un demonio. Estaba ya de nuevo en la delantera. Por diez metros. Por veinte. Y entraba

en la curva final.

Mientras Jason intentaba alcanzarle en el breve tiempo que restaba, supo cómo había sido engañado; aunque el conocimiento llegaba demasiado tarde. Tan inteligentemente había fijado Tarnover la mente de Jason en la posición de las velas, manteniendo la suya de aquel modo —un modo que, también, creaba aquel conveniente ojo de aire— que Jason había descuidado completamente la contribución de sus piernas y patines, tomándola por garantizada, fracasando en vigilarla de un momento a otro. Le costó sólo unos instantes recobrase y empezar a mover sus propias piernas, pero esos escasos momentos fueron fatales. Jason cruzó la Línea final unos metros por detrás del vencedor del año pasado; que era también el vencedor de este año.

Mientras se deslizaba hasta frenar, apenado y amargado, Jason fue muy consciente de que era él quien debía perder con gracia antes que permitirle a Tarnover que se apoderara también de esa ventaja.

Le llamó, lo bastante alto para que todos le oyeran:

—Magnífico, Max! ¡Un patinar espléndido! Realmente me cogiste ahí. Tarnover sonrió en beneficio de todos los espectadores.

—Qué familia tan ruidosa sois los Babbidge —dijo suavemente; y se alejó patinando para que se le ofreciera de nuevo la ponchera de plata.

Mucho después, por la tarde, lleno de cerdo asado e inundado de Old Codger Ale, Jason agitaba una jarra de cerveza vacía mientras hablaba con Bob Marchant en medio de una muchedumbre ruidosa. Bob, el que se había caído tan espectacularmente el año pasado. Quizá por eso este año había patinado como sin confianza, terminando entre los rezagados.

El cielo estaba densamente nublado, y también la luz diurna declinaba. Pronto debería empezar la vuelta a casa.

Uno de los compañeros de patinaje y bebida de Atherton, Sam Partridge, se abrió paso por entre la multitud.

—¡Jay! Ese hermano tuyo está en el cristal. Se las ha arreglado para subirse al pájaro. Lo está montando.

—¿Qué?

Jason recobró rápidamente la sobriedad y siguió a Partridge con Bob Marchant detrás.

Y así era, a unos doscientos metros de distancia en el crepúsculo Daniel estaba montado a horcajadas sobre el pájaro lento. Su cabello rojizo era inconfundible. Pero entonces muchas otras personas empezaban a darse cuenta y le señalaban. Hubo algunos vítores dispersos, y unas cuantas protestas irritadas.

Jason aferró el brazo de Partridge.

—Alguien debe haberle ayudado a subir. ¿Quién fue?

—No tengo ni la menor idea. Ese chico necesitaba una buena azotaina.

—¡Daniel *Babbidge*! —La señora Babbidge le estaba llamando desde cerca. También ella lo había visto. Avanzó precavidamente sobre el cristal, temiendo perder el equilibrio.

Jason y los que le acompañaban pronto estuvieron junto a ella.

—Todo anda bien, Mamá —la tranquilizó—. Cogeré a ese tunante. Cortésmente Bob Marchant le ofreció su brazo y escoltó a la señora Babbidge de vuelta al terreno normal. Jason y Partridge avanzaron, poniendo bien planos los pies, sobre la superficie vitrificada acompañados, como mínimo, por una docena de espectadores curiosos.

—¿Vio alguien al que le ayudó a subir? —les preguntó Jason. Nadie admitió haberlo visto.

Cuando el grupo se hallaba a una buena veintena de metros del pájaro, todos se detuvieron excepto Jason. Avanzando en solitario, Jason bajó la voz para que sólo el chico le oyera.

—Déjate caer —le ordenó con severidad—. Yo te cogeré. Buenos nos has dejado, a tu madre y a mí.

—No —susurró Daniel. Se agarró más fuertemente, las manos desplegadas como ventosas, las rodillas apretando los flancos del pájaro como si fuera un jockey—. Voy a ver a donde va.

—¿Va? Infiernos, no pienso malgastar el tiempo discutiendo. ¡Baja! —Jason agarró un tobillo y tiró, pero su acción sólo sirvió para acercarle al pájaro. Junto al pie de Dan había grabado un corazón con las iniciales «ZB» y «EF» entrelazadas. Volviéndose, Jason gritó —¡dadme una mano, pandilla! ¡Que venga alguien para auparme!

Nadie se ofreció voluntario, ni siquiera Partridge.

—¡No va a morderos! No pasa nada por tocarlo. Cualquier chico lo sabe —irritado, retrocedió andando con los pies planos hacia ellos—. Maldita sea, Sam.

Por fin Partridge avanzó torpemente, y una pareja de los demás también. Pero se detuvieron, boquiabiertos. Su expresión asombró a Jason por un momento... hasta que Sam Partridge hizo un gesto; hasta que Jason giró en redondo.

El aire detrás de él estaba vacío.

El pájaro lento había partido repentinamente. Llevándose a su jinete con él.

Media hora después sólo los visitantes de Atherton y sus anfitriones permanecían sobre el césped de Tuckerton. Los contingentes de Buckby, Edgewood y Hopperton habían partido hacia sus hogares. Tío John seguía consolando a una lloriqueante señora Babbidge. La mayoría de rostros en la multitud circundante parecía simpatizar con ella, aunque había también cierto aire de resentimiento entre alguna gente de Tuckerton porque la travesura de un muchacho hubiera arrojado esta sombra negra sobre su festival del Primero de Mayo.

Jason contempló ferozmente a los mirones.

—¿Nadie vio al que ayudó a mi hermano a subir? —gritó—. No pudo hacerlo solo, ¿verdad? ¿Dónde está Max Tarnover? ¿Dónde está?

—¿No estará acusando al señor Tarnover por casualidad? —gruñó un corpulento granjero con una gran verruga en la mejilla—. ¡Uvas rancias, señor Babbidge! A eso me suena, a uvas rancias, y aquí no nos gusta ese sabor.

—¿Dónde está, maldita sea?

Tío John puso una mano en el brazo de su sobrino.

—Jason, chico. Calla. Esto no ayuda a tu Mamá.

Pero en ese momento la multitud se apartó y Tarnover apareció andando como si nada, sosteniendo aún la ponchera de plata que había ganado.

—¿Bueno, señor Babbidge? —inquirió—. Di que deseaba cambiar unas palabras conmigo.

—¿Vio quién ayudó a mi hermano a subirse a ese pájaro? Bien, ¿lo vio? No lo vi —replicó Tarnover fríamente.

Jason se dio cuenta enseguida de que había sido la pregunta equivocada. Pues si Tarnover lo había hecho, ¿cómo era posible que se hubiera visto a sí mismo?

—Entonces usted...

—Eh, eh —objetó el mismo granjero—. Le ha preguntado, y ya ha tenido su respuesta.

—Y supongo que también su hermano ha tenido la suya —dijo Tarnover—. Espero que esté bien satisfecho con ella. Naturalmente, le ofrezco mi más sincera simpatía, de todo corazón, a la señora Babbidge. Si es que el chico ha sufrido algún daño. Porque de eso no podemos estar seguros, ¿verdad?

¡Por supuesto que no!

Jason se tensó, y Tío John apretó su abrazo.

—No, muchacho. Es inútil.

El paseo de vuelta a casa ese anochecer fue triste y silencioso para los tres Babbidge que aún quedaban, aunque algunos habitantes de Atherton les seguían cantando, felices y bastante ebrios. De vez en cuando Jason buscaba con la mirada a Sam Partridge, pero Sam Partridge parecía evitar con éxito tales miradas.

Al día siguiente, el dos de mayo, la señora Babbidge intentó animarse y lo declaró «día de limpieza»; lo que significaba un día para disponer de todas las ropas de Daniel, los libros infantiles y los viejos juguetes con todo cariño antes de ponerlos a un lado para no verlos más. A Jason le mandó a su trabajo en el aserradero, con una buena bronca por dar vueltas a su alrededor como un sabueso apaleado.

Y ese día, mientras Jason trabajaba desbastando planchas, los mismos pensamientos avergonzados, irritados y llenos de frustración patinaban una y otra vez en el mismo circuito por su cabeza.

—Para mi es un asesino... No se le da un cuchillo a un bebé para que juegue con él. Después estaba tan fresco como un pepino. No estaba alterado, no. Presuntuoso...

¿Pero qué podía hacerse al respecto? El pájaro podría haberse quedado por ahí durante horas. Sólo que no lo había hecho...

¿Preparar una búsqueda para encontrar a Daniel? ¿Pero cómo? ¿Y dónde? Los pájaros iban sin rumbo. Aquí, allá, por todas partes. Sin ninguna razón ni armonía. ¡Qué búsqueda tan inútil sería!

Una búsqueda para probar que Dan estaba vivo. Y si estaba vivo, entonces Tarnover no le había matado.

—Para mí es un asesino...

Los pensamientos de Jason giraban impotentes en círculo. Era como patinar con los dos pies atados.

Tres días después se divisó un pájaro lento en dirección de Edgewood. Jim Mitchum, el que ponía los tejados en Edgewood, buscó a Jason en el aserradero para traerle las noticias. De todos modos, tenía que venir a un trabajo.

Sin duda su visita fue un acto de bondad, pero llenó a Jason de culpa tanto como le levantó la moral. Pues ahora estaba obligado a ir y ver por sí mismo, cuando obviamente no había nada que descubrir. Dejando las herramientas, se fue apresuradamente a casa para recoger sus patines y su vela, y dirigirse velozmente por el cristal hacia Edgewood.

El pájaro seguía allí; pero era un pájaro distinto. No había ningún corazón grabado con las iniciales amorosas entrelazadas, «ZB» y «EF».

Y cuatro días después de eso, llegaron noticias de Buckby sobre un pájaro divisado a unos cuantos kilómetros al oeste de la aldea, en el camino principal hacia Harborough. Esta vez Jason pidió prestado un caballo y fue en él. Pero la noticia había llegado tarde; el pájaro había volado un día antes. Con todo, se sintió obligado a registrar el área donde le habían avistado en busca de un cuerpo caído o cualquier otra señal.

Y la semana siguiente a ésa un pájaro apareció a sólo un kilómetro y medio de la misma Atherton; éste desapareció justo cuando Jason llegaba al lugar...

Una noche Jason fue a la Gavilla de Trigo. Hacía varias semanas, de hecho, desde la última vez que había estado en la taberna; ahora pretendía emborracharse en el largo mostrador bajo los caballos de latón.

Sam Partridge, Ned Darrow y Frank Yardley estaban allí bebiendo; y una hora o así después Ned Darrow le ofrecía consejos empapados en cerveza.

—Mira, Jay, ¿de qué sirve lanzarse de cabeza cada vez que alguien ve uno de esos puñeteros pájaros? Sigue con eso y te convertirás en un puñetero tonto. ¿Y si un pájaro aparece en Tuckerton? Tiene que suceder más tarde o más temprano. ¿Saldrás corriendo hacia allí también, con la lengua fuera?

—Llevas todo este tiempo abandonando el trabajo —dijo Frank Yardley—. Acabarás perdiéndolo. Sigue viviendo, ése es mi consejo.

—No sé que decir —habló inesperadamente Sam Partridge—. A mí me parece

que un hombre debería conseguir su revancha. Suponiendo que Tarnover le hiciera la guarrada a los Babbidge...

—¿Qué hay que suponer ahí? —interrumpió irritadamente Jason.

—Tranquilo, Jay. Iba a decir que los Babbidge son gente de Atherton. Así que nos hizo la guarrada a todos nosotros, ¿correcto?

—Gracias a que cierta gente fue bastante lenta para ayudar. San se ruborizó.

—Ahora no empieces a atacar a todo el mundo a diestro y siniestro. Nadie es perfecto. Límate a recordar quienes son tus verdaderos amigos, eso es todo.

—Oh, lo recordaré, no temas.

Una cosa llevó a otra, y Jason tenía resaca a la mañana siguiente.

Por la tarde, Ned golpeó la puerta de los Babbidge.

—Pájaro en el cristal, Sam dice que te avise —anunció—. ¿Vamos a dar una vuelta para verlo?

—Me parece recordar que la noche pasada dijiste que estaba perdiendo el tiempo.

—Sí, corriendo por todo el país. Pero éste será sólo una vuelta. Además hace una tarde preciosa. Claro que si no quieres tomarte la molestia... Después nos podemos tomar unas jarras en la Gavilla de Trigo.

Los chicos debían haberle echado realmente de menos las últimas semanas. Rápidamente, Jason recogió sus patines y su vela.

—Pero ¿y tu cena? —preguntó su madre—. Estofado de cabeza de cordero.

—Oh, se guardará, ¿verdad? Podría tomarme un pastel o dos en la Gavilla de Trigo.

—Es mejor que salgas y te diviertas —dijo ella—. Me parece muy bien. Tengo cosas que remendar.

Veinte minutos después, Jason, Sam y Ned patinaban a unos tres kilómetros en el interior del cristal. El cielo tenía un color escarlata y capas de estratos, y un claro río dorado corría a lo largo del horizonte: mal tiempo mañana, pero un atardecer glorioso. La extensión vítrea ondulaba con reflejos rojos y dorados: un lago de sangre, fuego y metal fundido. Al principio no vieron al otro patinador a vela solitario, ni él a ellos, hasta que se hallaron muy cerca del pájaro lento.

San lo percibió primero.

—¿Quién es ése?

La otra vela era marrón y naranja. Jason la reconoció fácilmente.

—¡Es Tarnover!

—Entonces, ahora es tu oportunidad de descubrirlo —dijo Ned.

—¿Te refieres a eso? Ned sonrió.

—¿Por qué no? Podría ser divertido. Cojámosle.

Moviendo las piernas, los tres patinadores a vela se dividieron para rodear a Tarnover... que les espiaba y empezó a desviarse. Pero lo hizo demasiado bruscamente. O quizá había corrido hasta un charco de agua en el cristal. Para alegría

de Jason, Max Tarnover, campeón de los cinco pueblos, resbaló.

Le cogieron. Hecho esto, no hacía falta la fuerza de un buey para impedirle a un patinador que se moviera, por mucho que luchara y diera patadas. Pero Jason golpeó a Tarnover la mandíbula, dejándole sin sentido.

—¿Para qué infiernos haces eso? —preguntó Sam, suavizando la caída de Tarnover sobre el cristal.

—¿De qué otro modo le subimos al pájaro? Sam miró a Jason y luego asintió lentamente.

Izar un cuerpo pesado e inerte sobre un objeto que se movía lentamente y estando de pie sobre una superficie resbaladiza no resultó ser la más sencilla de las operaciones; sin embargo, después de quitarse los patines lo consiguieron. Antes de que transcurriera mucho rato, Tarnover yacía desparramado e inmóvil, las piernas colgando. Con su navaja de bolsillo Jason cortó rápidamente la cuerda de cáñamo de la vela de Tarnover y le ató los tobillos, apretando fuertemente el lazo por debajo del pájaro.

Tarnover se despertó al fin, y luchó aturdidamente por incorporarse. Gimió, se movió hacia los costados, recobró el equilibrio.

—¿Babbidge... Partridge, Ned Darrow...? ¿Qué diablos estáis haciendo?

Jason se puso las manos en las caderas.

—Oh, sólo estamos haciendo una pequeña travesura, la misma que le hiciste a mi hermano Dan. El cual ahora anda perdido; puede que para siempre, gracias a ti.

—Yo nunca...

—Admítelo, y puede que te bajemos.

—Y puede que no —dijo Ned—. No hasta que cierre la Gavilla de Trigo. Pero mira el lado bueno: puede que lo hagamos.

Las piernas de Tarnover se removieron mientras probaba las ligaduras. Se encogió.

—Con toda honestidad, no quería hacerle daño a tu hermano. Sam lanzó una risita.

—Y nosotros a ti tampoco. No es culpa nuestra si un pájaro decide salir volando. De todos modos, sólo has estado aquí una hora más o menos. Podría ser fácilmente toda la noche. ¿Correcto, chicos?

—Correcto —dijo Ned—. Y yo tengo sed. ¿Una carrerita? ¿El último paga?

—Ha admitido que lo hizo —dijo Jason—. Le habéis oído.

—Mira, sinceramente siento mucho si...

—Cállate —dijo Sam—. Puedes cocerte un poco, visto cómo has hecho cocerse a los Babbidge. Puedes ir pensando cuánto lo sientes en realidad.

Partridge enderezó su vela.

No era así exactamente como Jason había visualizado su venganza. Esto parecía casi un anticlímax. Pero, sin duda, para Tarnover era lo bastante serio. El campeón sudaba ligeramente... Jason enderezó también su vela. Por fin, los hombres se

alejaron patinando... para detenerse, por un acuerdo silencioso, a medio kilómetro de distancia. Volvieron la vista hacia la pequeña silueta de Tarnover sobre su montura metálica.

—Si fuera yo —observó Sam—, me iría deslizando hasta caer por la parte frontal... Te escocería un poco, pero ése es el modo de hacerlo.

—No hace falta regresar, realmente —dijo Ned—. Eh, ¿qué está intentando?

La silueta se había agachado. Quizá Tarnover se había aterrorizado y no pensaba claramente, pero parecía como si estuviera tratando de inclinarse lo bastante como para desatar el nudo inferior, o liberar uno de sus tobillos. De pronto la figura distante quedó invertida. Giró alrededor del pájaro, y la cabeza de Tarnover y su pecho quedaron colgando del revés, con los brazos agitándose. O quizá Tarnover había esperado que la cuerda se rompería bajo su peso; pero no lo hizo. Y una vez atascado en esa posición no había forma de que pudiera volver a ponerse recto, o hacer algo jara irse moviendo centímetro a centímetro hacia la parte delantera del pájaro.

Ned silbó.

—Ahora sí que se ha hecho un lío, de veras. El muy puñetero se ha crucificado.

Jason vaciló antes de hablar:

—¿Quizá deberíamos volver? Quiero decir, un hombre puede morirse colgando cabeza abajo demasiado tiempo... ¿No?

De pronto todo el episodio parecía suciamente insatisfactorio.

—¿Regresar? —Sam Partridge casi gruñó—. Anoche el bocazas eras tú. ¿Y de quién fue la idea de atarle al pájaro? Querías darle una lección, y se la estás dando. Sólo intentamos ayudarte, Jay.

—Sí, aprecio eso.

—Hiciste mucho ruido con eso. No se va a marchitar como un ramo de flores en el tiempo que tardemos en tragarnos un par de pintas.

Y así fue como se alejaron patinando, de vuelta a la Gavilla de Trigo en Atherton.

A las diez y media, un poco más desaliñados, los tres salieron de la taberna a la calle Sheaf. Un cuarto de luna aparecía y desaparecía por los claros del cielo nuboso, arrojando una luz escasa.

—Me voy a la cama —dijo Sam—. Que ese idiota se retuerza hasta soltarse.

—¿Ya quién le importa si no se suelta? —dijo Ned—. De ese modo, nadie lo sabrá. ¿Quién desea un enemigo para toda la vida? ¿Lo deseas tú, Jay? Así puedes seguir con tus cosas. Puede que Tarnover traiga de vuelta a tu hermano del lugar donde quiera que se encuentre.

Poniéndose la vela al hombro y balanceando sus patines, Ned se alejó por la calle Sheaf.

—Pero... —dijo Jason. Se sentía como si se hubiera metido en un muladar. Todo lo sucedido apestaba a sordidez. El recuerdo de Tarnover colgando cabeza abajo le había deprimido.

—¿Pero qué? —dijo Sam.

Jason fingió bostezar aparatosamente.

—Nada. Hasta la vista. Y se dirigió hacia su casa.

Pero apenas estuvo fuera de la visión de Sam se deslizó por Butcher's Row en dirección del cristal, solo.

Estaba oscuro allí, sin estrellas y sólo un atisbo ocasional de luz de luna, pero la brisa era constante y no había nada con que tropezar en el cristal. El pájaro no se habría movido más de un centenar de metros. Jason viajó a buena velocidad.

El pájaro lento seguía allí. Pero Tarnover no estaba con él; su vientre estaba libre de todo hombre colgado.

Mientras Jason detenía su patinar, para mirar más de cerca, unas figuras se alzaron de la oscuridad donde habían estado, tendidas sobre el cristal, cubiertas por sus velas. Seis figuras. Ocho. Nueve. Todas habían estado acechando a unos doscientos o trescientos metros del pájaro, aunque no demasiado cerca... y ninguna en dirección de Atherton. Habían dejado abierto un ancho pasillo; que ahora estaban cerrando.

Los hombres de Tuckerton avanzaron hacia él y Jason permaneció inmóvil, sabiendo que no tenía ninguna oportunidad.

Max Tarnover se acercó patinando, acompañado por el mismo granjero corpulento de la verruga.

—Regresé por ti —empezó a decir Jason. El granjero habló, pero no a Jason.

—¿De verás? Eso es muy noble por tu parte. Podría haberse ahorrado el tiempo, con Tim Earnshaw pasando casualmente por aquí... cuando el señor Tarnover llevaba largo tiempo ausente. Así que, ¿qué vamos a hacer con él, eh?

—Ojo por ojo, diría yo —habló otra voz.

—Dejadle marchar y que busque a su hermano pequeño —ofreció un tercero—. En vez de mandar a otros para que le hagan los recados. Vaya cara.

Tarnover no dijo nada; se limitó a permanecer inmóvil y silencioso en la noche.

Así que, finalmente, Jason fue subido a la espalda del pájaro y le ataron fuertemente los pies por debajo de él. Pero también le ataron las muñecas, y por si acaso la cuerda fue unida a través de su cinturón.

En unos cuantos minutos todos los patinadores se habían alejado velozmente hacia Tuckerton.

Jason se sentó. Recordando las palabras de Sam intentó reptar hacia adelante, pero con las dos manos unidas a la cintura eso resultaba imposible; no podía agarrarse lo bastante. Además, tenía miedo de perder el equilibrio como le había pasado a Tarnover.

Permaneció sentado y pensó en su madre. Quizá empezara a alarmarse cuando no regresara a casa. Quizá saldría y despertaría al Tío John... Y quizá ya se había metido en la cama.

Pero puede que se despertara por la noche, echara una mirada a su cuarto y enviara ayuda. Con una concentración feroz intentó proyectar pensamientos e imágenes de sí mismo hacia ella, a tres kilómetros de distancia.

Pasó una hora, luego dos; o eso supuso por el movimiento de la luna creciente. Deseó poder dejarse caer hacia delante y dormir. Puede que fuera lo mejor, entonces no se enteraría de nada. Se notaba aún lo bastante bebido como para adormilarse, incluso con la cara apretada contra el metal. Pero en su sueño podría resbalar fácilmente hacia un lado u otro.

¿Cómo podría sobrevivir su madre a una doble pérdida? Le parecía como si una maldición hubiera caído sobre la familia Babbidge. Pero, naturalmente, esa maldición tenía un nombre humano; y el nombre era Max Tarnover. Así pues, durante un rato, Jason le maldijo, e imaginó cobrar venganza por todos los habitantes de Atherton. Una deuda de sangre. Chalets ardiendo. Quizá una violación. Incluso muertes. Nunca otro festival del Primero de Mayo.

¿Pero hablarían Sam y Ned? ¿Y acaso la gente de Atherton estaría lo bastante indignada, lo bastante decidida a destruir la armonía de cinco aldeas en un mundo donde las demás cosas eran tan inseguras? En particular cuando ciertas personas, no muy dispuestas a simpatizar, podrían decir que Jason, Sam y Ned lo habían empezado todo.

Jason estaba tan absorto imaginando una contienda futura entre Atherton y Tuckerton que casi había olvidado que estaba montando un pájaro lento. No había sensación alguna de movimiento, ningún sentido de ir a alguna parte. Cuando recordó donde estaba, fue toda una sacudida.

Estaba cabalgando un pájaro.

¿Pero cuánto llevaba?

Habría sido alrededor de, ¿qué, seis horas ya? Un pájaro podía quedarse un día entero. En cuyo caso tenía otras dieciocho horas para que le rescatasen. O si se quedaba sólo medio día, eso le haría llegar hasta la mañana. A duras penas.

Se descubrió preguntándose qué había bajo la piel metálica del pájaro. Algo que podía convertir unos ocho kilómetros de paisaje en una capa de cristal, con toda seguridad. Pero otras cosas también. Cosas que le permitían ignorar la gravedad. Cosas que le permitían entrar y salir de la existencia. ¿Un cerebro de algún tipo, incluso?

—¿Puedes oírme, pájaro? —le preguntó. Quizá nadie le había hablado antes a un pájaro lento.

El pájaro lento no respondió.

Quizá no podía, pero quizá podía oírle, de todos modos. Quizá podía obedecer órdenes.

—No desaparezcas conmigo en tu espalda —le dijo—. Quédate aquí. Sigue volando del mismo modo.

Pero ya que eso era lo que estaba haciendo, no tenía idea de si le estaba

obedeciendo o no.

—Aterrizo, pájaro. Póstrate en el cristal. Quédate inmóvil.

No lo hizo. Se sintió estúpido. No sabía nada del pájaro. Nadie sabía nada. Pero en algún lugar, alguien sabía. A menos que los pájaros lentos vinieran realmente de Dios, como milagros, para castigar. Para hacer a los hombres temerosos de Dios. Pero, ¿por qué un Dios debería desear ser temido? A menos que Dios estuviera loco, en cuyo caso los pájaros bien podían proceder de Él.

Eran algo irracional, algo de otro lugar, algo que sus víctimas no podían entender más de lo que una colonia de hormigas entendía la bota del jardinero, dejando al descubierto los blancos huevos para el sol y los gorriones.

Puede que algo hubiera penetrado en los mares desde algún otro lugar el siglo anterior, algo a lo que no le gustaban los moradores del suelo. Cualquiera de ellos. Gente o corderos, pájaros, gusanos o plantas... No parecía probable. El agua salada herrumbraría el acero, pero por primera vez en su vida Jason pensó intensamente en ello.

—Pájaro, ¿qué eres? ¿Por qué estás aquí?

¿Por qué, pensó, están aquí las cosas? ¿Por qué existe un mundo, un cielo y unas estrellas? ¿Por qué, sencillamente, no debería existir sólo la nada para siempre jamás?

Quizás esa era la naturaleza de la muerte: la nada para siempre jamás. Y la vida era como un pájaro lento. Apareciendo y desvaneciéndose luego, con nada antes y nada después.

Un período inconmensurable de tiempo después, el amanecer empezó a estriar el cielo detrás de él, destiñéndolo del negro al gris. La grisura avanzó lentamente por encima de su cabeza a medida que espesas nubes filtraban la luz del sol naciente que seguía oculto. Pronto hubo iluminación suficiente para ver con claridad alrededor. Debían ser las cinco. O las seis. Pero el cristal grisáceo permanecía desnudamente vacío.

¿Quién soy?, se preguntó Jason, tranquilo e inmóvil. ¿Por qué soy consciente del mundo? ¿Por qué la gente tiene cerebros, y piensa ideas? Por primera vez en su vida sintió que estaba pensando realmente... y el pensar no ofrecía salidas. No llevaba a ninguna parte.

Estaba, se dio cuenta, preparándose para morir. Igual que moriría el mundo entero, pedazo a pedazo, fundido hasta convertirse en cristal. Entonces nadie más pensaría, así que no importaba si un tal Jason Babbidge había dejado de pensar a las seis y media de la madrugada en mayo. Después de todo, sucedía lo mismo cada noche cuando te ibas a dormir, ¿verdad? Dejabas de pensar. Quizá todo sería más puro y limpio después. Menos desordenado, menos agitado: una pura bola de cristal. De hecho, no habría agitación alguna, aunque todas las estrellas del cielo chocaran entre sí, aunque la tierra fuera tragada por el sol. Silencio para siempre: cuando no hubiera nadie para escuchar.

Quizá este era el mensaje de los pájaros lentos. Pero la gente no hacía más que

grabar sus iniciales en ellos. Y corazones. Y los nombres de los lugares que habían sido vitrificados en un relámpago; o los que iban a serlo.

Me estoy convirtiendo en un filósofo, pensó Jason maravillado.

Debía haberse deslizado a algún estado hiperconsciente de la mente: lleno de lúcida claridad, aunque sin conciencia inmediata de lo que le rodeaba. Pues no fue totalmente consciente de que había llegado ayuda hasta que la cuerda que le ataba los tobillos fue cortada y su pie derecho saltó hacia arriba bruscamente, derribándole por encima del otro costado del pájaro en unos brazos que le aguardaban.

Sam Partridge, Ned Darrow, Frank Yardley y el Tío John, y Brian Sefton del aserradero... quien se agachaba bajo el pájaro blandiendo un cuchillo, y cortó la cuerda para liberar sus muñecas.

Se retiraron rápidamente del pájaro arrastrando a Jason con ellos. El se resistió débilmente. Tendió un brazo hacia el pájaro.

—Todo anda bien, chico —le tranquilizó Tío John.

—No, quiero ir —protestó.

—¿Eh?

En ese momento el pájaro lento, que había estado ya el tiempo suficiente, se desvaneció; y Jason, sin habla, se quedó mirando el lugar donde había estado.

Al final sus amigos y su tío tuvieron que llevárselo de aquel indistinguible punto del cristal, como si fuera un idiota. Alguien rozado por la imbecilidad.

Pero Jason no permaneció mucho tiempo sin habla.

Finalmente empezó a enseñar. O a predicar. Una cosa o la otra. Y la gente escuchó; primero en Atherton, luego también en otros lugares.

Había aprendido la sabiduría del pájaro lento, decía la gente de él. Había entrado en comunión con el pájaro durante esa vigilia nocturna sobre el cristal.

Su doctrina de la nada y el silencio se extendió, enraizando en suelo fértil, allí donde quedaba aún suelo en vez de cristal... lo que seguía siendo en la mayoría de sitios. Una paradoja, quizá; cuan elocuentemente hablaba... ¡sobre el permanecer en silencio! Pero al hacerlo así parecía hacer cantar al silencio de los lagos de cristal; y a esto la gente prestó nuevo oído.

Jason viajó por toda la isla. Y esto era otra paradoja, pues lo que enseñaba era una suerte de pasividad, una bendita espera de una muerte que era más que meramente personal, una muerte que era también la muerte del sol y de las estrellas y de toda la existencia, una muerte cósmica que transfiguraba la mortalidad individual. Y a veces incluso llegaba a sentarse sobre la espalda de un pájaro que pasaba por allí, para hablarle a una multitud... como aceptando el riesgo del destino o desafiándolo, suplicando al pájaro que se lo llevara. Pero nunca permaneció sentado más de una hora, luego se deslizaba de él, temblando pero tranquilamente radiante. Así que aparte de ser conocido como «El Profeta Silencioso», era conocido también como «El hombre que monta los Pájaros Lentos».

Haciendo balance, podría haberse dicho que su obra era de una gran bondad

psicológica para las comunidades que sobrevivían; y sus palabras se esparcieron más allá del mar. Su madre murió orgullosa de él (o eso le parecía) aunque siempre hubo en su actitud un elemento de melancólica reserva...

Muchos años después, cuando Jason Babbidge se acercaba a los sesenta, y aún ningún pájaro se lo había llevado, volvió a establecerse en su vieja casa de Atherton, a la que llegarían peregrinos del silencio, trayendo la prosperidad a la aldea y en particular a la Gavilla de Trigo, regentada ahora por la hija del dueño anterior.

Y cada Primero de Mayo seguía celebrándose el festival de patinaje a vela, pero ahora siempre en el cristal de Atherton. Ya no era una carrera y una competición; ya que a fin de cuentas la carrera de la vida no podía ganarse. En vez de eso se había convertido en un desfile, un ballet sobre el cristal, una repetición de los acontecimientos de hacía muchos años... una interpretación de la pasión por los cuatro pueblos restantes. Tuckerton y toda su gente habían sido vitrificados diez años antes por un pájaro que se destruyó de tal modo que el círculo de aniquilación tocaba exactamente el borde del cristal donde Tuckerton se había alzado hasta entonces.

Una mañana, el día antes del festival, un golpe resonó en la puerta de Jason. Su ama de llaves, Martha Prestidge, estaba de compras en el pueblo; así que Jason respondió.

Había un muchacho, de cabello rojizo y pecas.

Por un instante Jason no reconoció al chico. Pero luego vio que era Daniel Daniel, sin un cambio. O quizás un poco mayor. Quizá un año más viejo.

—¿Dan...?

El chico examinó a Jason atónito: su calva, su vientre prominente, sus piernas que ahora parecían palillos, y el pesado bastón con una cabeza estilizada de pájaro sobre el que se apoyaba.

—Jay —dijo un momento después—. He vuelto.

—¿Vuelto? Pero...

—¡Ahora sé lo que son los pájaros! Son armas. Misiles. Decenas, centenares, millares de ellos. Hay una guerra. Pero también es como un juego: un tablero dirigido por máquinas. Máquinas que piensan. En su tiempo sólo ha durado unos días. Los misiles avanzan y retroceden en el tiempo para llegar a su destino. Pero no pueden hacerlo en el tiempo de ese mundo, por culpa de la causa y el efecto. Así que lo hacen aquí. En nuestro mundo. El otro mundo de posibilidad.

—Esto son tonterías. No te escucharé.

—¡Pero debes hacerlo, Jay! Puede ser detenido para nosotros antes de que sea demasiado tarde. Sé cómo. Ambos lados pueden interferir con los misiles del otro y hacerlos explotar fuera de su objetivo, lo que sucede aquí, si pueden encontrarlos lo bastante deprisa. Pero allí la guerra está totalmente fuera de control. Hay una forma de ganarla, pero eso sólo les importa a las máquinas, y están enterradas bajo el suelo. Construyen los pájaros a un ritmo enorme con material de la corteza de la Tierra, y

los lanzan automáticamente al otro tiempo.

—Basta, Dan.

—Me caí del pájaro allí... pero me caí en un lago, de modo que no me maté, sólo quedé herido. Aún quedan algunas bolsas de tierra, alrededor de las Bases. La gente de allí me curó. Están condenados, en unas cuantas horas de su tiempo... aunque para nosotros son docenas de años. Les traje grandes esperanzas, porque significaba que no toda la vida había terminado. Sólo la de ellos. La vida puede continuar. Lo que debemos hacer es construir una máquina que impedirá a sus máquinas encontrar a los pájaros lentos aquí. Creando interferencias en el aire. Hay ondas. Como ondas de luz, pero no puedes verlas.

—Estás delirando.

—Entonces los pájaros seguirán maniobrando aquí. Pero sin daño. Sin convertirnos en cristal. Y en unos cien años, o unos cuantos centenares, hasta dejarán de llegar, porque para entonces la estrategia de triunfo habrá sido culminada. Una de las máquinas de guerra abandonará, porque perdió el juego. ¡Oh, sé que debería ser capaz de abandonar ahora! Pero hay un elemento de irracionalidad programado también en el cerebro de las máquinas; así que no se rinden demasiado pronto. Cuando lo hagan, todo el mundo en esa tierra hará mucho que habrá muerto... y algunos sobrevivientes piensan que las máquinas de guerra empezarán a convertir en vidrio el fondo del océano como estrategia final antes de acabar. Pero podemos construir algo para crear ondas en el aire. Encerraron el conocimiento en mi cerebro. Tardaremos unos cuantos años en buscar los metales adecuados, fabricar las herramientas y obtener una fuente de energía... —Al joven Daniel se le acabó el aliento por unos instantes. Jadeó—. Tenían un prototipo de pájaro lento. Me sentaron en él y me enviaron de nuevo al otro tiempo. Consiguieron guiarlo. Emergió a unos veinte kilómetros escasos de aquí. Y me fui andando hacia casa.

—¿Prototipo? ¿Ondas aéreas? ¿Fuente de energía? ¿Qué es todo eso?

—Puedo decírtelo.

—Eso sólo son palabras. Balbuceos fantasiosos. ¡Oh, si el balbuceo del mundo se callara por sí solo!

—Dame tiempo, y yo...

—¿Tiempo? ¿Deseas tiempo? ¿El loco tictac de las mentes humanas en vez del vacío puro y grande del eterno silencio? ¿Rechazas la aceptación? ¿Quieres que nos esparzamos eternamente en forma de enjambres sin rumbo, ensordeciéndonos nosotros mismos con nuestro ruidoso parloteo?

—Mira... Jay, supongo que has tenido una vida larga y dura. Quizá no debería haber venido primero aquí.

—Oh, has hecho muy bien, mi impetuoso y tonto hermano. Y no creas que he malgastado mi vida.

Daniel se dio una palmada en la frente.

—Todo está aquí. Pero será mejor que lo ponga en el papel. Que haga copias y las

difunda..., por si Atherton es convertida en cristal. Entonces alguien más sabrá cómo construir el transmisor. Y la vida podrá continuar. Ahí piensan que la raza humana es quizá la única vida de todo el universo. Así que tenemos el deber de seguir existiendo. Sólo los otros se han destruido a sí mismos discutiendo sobre el modo de existir. Pero nosotros aún tenemos tiempo suficiente. Podemos construir naves para cruzar el espacio hasta las estrellas. También sé un poco de eso. Te digo que mi visita les trajo auténtica alegría en sus últimas horas, sabiendo que todo seguía siendo posible aún.

—Oh, Dan.

Y Jason gruñó. Como un patriarca, alzó su bastón y lo estrelló en el cráneo de Daniel.

Habría supuesto que no podría distinguir realmente la sangre entre el brillante cabello rojo de Daniel. Pero sí pudo.

El cuerpo del muchacho se derrumbó en el umbral. Con un esfuerzo Jason lo arrastró hacia adentro, y luego con un esfuerzo aún mayor lo subió por las escaleras de roble hasta el ático donde Martha Prestidge casi nunca iba. El cadáver podría empezar a oler después de un tiempo, pero podría envolverlo en mantas viejas o algo parecido.

De todos modos, el regreso de su ama de llaves distrajo a Jason. Dejando el cuerpo en el suelo se apresuró a salir, haciendo girar la llave en el cerrojo y guardándosela en el bolsillo.

Había llegado a ser costumbre invitar huéspedes selectos a la mansión de los Babbidge después de las festividades del Primero de Mayo; así que Martha Prestidge andaría atareada todo el resto del día limpiando, cocinando y poniendo en orden la casa. Como suele suceder con las amas de llaves, insinuó que Jason la estorbaría; así que éste se fue hacia el cristal para sentarse y meditar sobre su perfecta llanura. Aldeanos y visitantes, espionando la figura solitaria, asintieron alegremente. Su profeta se hallaba en paz, presidiendo sus vidas. Y sus muertes.

La mascarada del patinaje a vela, la representación de la pasión, tuvo lugar con tanta brillantez y gracia como siempre al día siguiente.

Llegó el tres de mayo antes de que Jason se decidiera a subir de nuevo al ático, llevando cuerda y tela de saco. Abrió la puerta.

Pero aparte de una negra mancha de sangre seca las tablas del suelo estaban vacías. No había sino el revoltijo usual apilado contra las paredes. No había ningún cuerpo en la habitación. Y la ventana estaba abierta.

Así que, después de todo, no había matado a Daniel. El muchacho se había recuperado del golpe. Emociones salvajes se removieron en Jason, turbando su habitual compostura. Miró por la ventana como si pudiera descubrir al muchacho tendido más abajo sobre el empedrado. Pero no había señal alguna de Daniel. Buscó por Atherton, como un hombre acosado, sin hacer preguntas pero lanzando miradas

penetrantes por todos lados. No hallando rastro alguno, pidió un caballo y un carro para que le llevaran a Edgewood. Desde allí viajó rodeando el cristal, a través de Buckby y Hopperton; y ahora preguntaba en todas partes, «¿Han visto a un muchacho pelirrojo?» Los aldeanos se dijeron unos a otros que Jason Babbidge había tenido otra visión.

Bien podría haberla tenido, pues ese mismo año llegaron nuevas lejanas que empezaban a extenderse de un nuevo maestro, con un nuevo mensaje. Este nuevo maestro era sólo un joven, pero también él había cabalgado en un pájaro lento..., mucho más lejos de lo que jamás cabalgara el Profeta Silencioso.

Con todo, parecía que este joven maestro tenía cierta imperfección, pues no podía recordar todos los detalles de su mensaje, de lo que se le había dicho que contara. A veces se golpeaba la cabeza con los puños de frustración, hasta que parecía iba a fluir la sangre. Y, perversamente, este toque de teatro atraía cierta tendencia inquieta y turbadora en sus públicos. Le creían porque veían su angustia, y reflejaba sus propias ansiedades suprimidas.

Jason Babbidge habló lleno de celo para oponerse a las rebeldes ideas nuevas, hasta agotarse a sí mismo. Toda la belleza filosófica que había traído al mundo agonizante parecía hallarse pendiente de un hilo; y, lleno de reluctancia, predicó una «cruzada» contra el nuevo maestro, para defender su propio sueño de Sumisión.

Dos años después, habría deseado tragarse sus palabras, pues su consecuencia fue que la gente recorría la comarca entre las zonas de aniquilación, armada de horcas y ganchos, trinchantes y hoces. Se quemaron aldeas; muchos centenares murieron; y hubo violaciones..., todo lo cual parecía recordar una antigua pesadilla de Jason anterior al tiempo de su revelación.

En el tercer año de la aparentemente interminable guerra de escaramuzas entre los Pacifistas y los Supervivientes Jason murió, lleno de amargura bajo su capa de serenidad; y a modo de entierro su cuerpo fue atado a un pájaro lento. Leales plañideras acompañaron al pájaro en silenciosa procesión hasta que se desvaneció horas después. Un poco después de eso, todo terminó repentinamente en la batalla del Cristal de Ashton, que trajo la victoria a los Supervivientes conducidos por su joven campeón pelirrojo, de quien se notó guardaba una sorprendente semejanza con el viejo Jason Babbidge, de modo que casi parecía como si dos principios básicos de la existencia hubieran entrado en liza en el mundo: dos aspectos del mismo ser, dos caras de un solo hombre.

Cincuenta años después de eso, época en la cual una tercera parte de la tierra era cristal y el clima estaba empeorando, el Colegio de Supervivencia en Ashton inventó al fin la máquina prometida; y de entonces en adelante los pájaros lentos siguieron apareciendo, volando y desapareciendo como antes, pero ahora ninguno de ellos explotaba.

Y cien años después de eso los pájaros lentos se desvanecieron de la Tierra. En

algún lugar, una guerra había terminado, lógica y finalmente.

Pero para entonces, de una Tierra en la que cuatro quintas partes del terreno eran desierto o pantano, entre collares de cristal desnudo y brillante, la primera nave espacial se puso en órbita.

La llamaron *Pájaro Lento*. Pues volaría lentamente hacia las estrellas. Lentamente en términos humanos; tardaría dos generaciones. Pero eso era comparativamente rápido.

Una segunda nave espacial la seguiría; llamada *Daniel*.

Aunque después de ese esfuerzo masivo y agotador, no habría más naves espaciales. El resto de la raza humana se retiraría a cultivar lo que restaba de su jardín entre las dunas, las zonas inundadas y los acres de cristal. El que cada nave espacial hallara un nuevo hogar tan habitable, al menos, como la Tierra parcialmente convertida en cristal, sería simplemente un artículo de fe.

En su lecho de muerte, a los ochenta años de edad, en el Colegio de Ashton, yacía Daniel, quien nunca había admitido ningún apellido.

La habitación estaba casi indecentemente atestada, aunque ventilada, si bien cálidamente, por un viento que soplaba sobre el Cristal de Ashton, y brillantemente iluminada por la luminosidad plateada que reflejaba la extensión vitrificada.

El anciano que agonizaba en la cama bajo una solitaria sábana de seda se parecía ahora a un pájaro: encogido, con huesos delgados, una nariz en forma de pico, ojos como cuentas y una cabellera roja que parecía la cresta de un gallo.

Alzó una mano delgada como para llamar aún más cerca a los que estaban cerca. En realidad fue para tocar la vieja herida en su cráneo que últimamente le había empezado a doler con ferocidad como si estuviera a punto de reventar o estallar hacia dentro, abriendo la puerta del recuerdo..., sin importar que nadie necesitara ahora la llave allí escondida, desde que los del Colegio le habían descubierto de modo independiente, dado el conocimiento de que existía.

Los rostros se inclinaron sobre él: rostros llenos de confianza y dedicación.

—¿Entonces, han dejado de explotar? —preguntó, desmemoriado.

—¡Sí, sí, hace años! —le tranquilizaron.

—¿Y las estrellas...?

—Construiremos las naves. Descubriremos cómo. Su mano volvió a hundirse en la sábana.

—Llamad una de ellas...

—¿Sí?

—*Daniel*. ¿Lo haréis? Se lo prometieron.

—De ese modo... mi espíritu...

—¿Sí?

—... volará...

—¿Sí?

—... al silencio del espacio.

Eso asombró levemente a los testigos de su muerte; pues no podían saber que el último pensamiento de Daniel era que cuando llegara el día del lanzamiento, él y su hermano podrían reconciliarse al fin.

Pasen señores

por Elia Barceló

«Señoras y señores pasen, ven mi cuerpo tras el cristal, abren la boca enseñando los dientes, se agitan, hacen ruidos, aprietan entre las manos bolsas de comida blanca manchadas de oscuro. Observan lentamente, algunos abren mucho las heridas sin nombre que no quiero mirar y yo no miro. Luego se van, todos se van a algún lugar que está fuera de la poca luz y ya no vienen más, o vienen, pero yo no lo sé. Son grandes, pequeños, llenos de cosas y de ruido. Yo no sé hablar como tú, yo no hablo, pero soy, pienso, y siento el dolor y no muero aún. Tú eres buena, cierras las heridas y casi no te mueves, te duele pero escuchas, entiendes.

Didi me enseña a hablar pero no viene más. Didi es grande como el cristal, como mi mirada, pero es grande como las señoras y señores pasen y ya no habla. Didi viene, cierra las heridas rodeadas de esas cosas finas oscuras, toca el cristal y me enseña a hablar, pero es difícil. Yo entiendo cosas sí, entiendo cosas no. Didi es buena. Tú eres buena. Quiero ir a..., quiero vivir, quiero vivir. Escúchame tú, buena, escúchame.

He tenido un sueño. Al principio no sabía qué me estaba sucediendo; ya no me acordaba qué era soñar. Era un sueño extraño, casi una pesadilla. Estaba sentado al sol, con la espalda apoyada en el barracón del doctor Peterson. Sé que se llamaba así por el bigote y las gafas y los ojillos brillantes parpadeando tras los cristales gruesos con su montura dorada. Me encontraba bien y creo que era feliz. Había un viento suave que me hacía cosquillas en el cráneo recién afeitado y me producía una sensación casi erótica que me hacía pensar en las damas egipcias. Estaba leyendo una novela de ciencia ficción que me había dado el doctor, o Hans, uno de los ayudantes. Era una historia terrible sobre un extraterrestre que cae a la Tierra y es recogido por unos feriantes que lo exhiben como monstruo en una barraca. A veces la narración me producía escalofríos. En una espantosa claridad mental imaginaba al pobre ser desvalido, tan distinto de nosotros, inmóvil en su caja de cristal, sin poder comunicar a nadie su dolor y su angustia, alimentado con cosas que apenas podía comer, perdiendo lentamente su inteligencia; sufriendo. Imaginaba su horror y su desesperanza y era como si el sol se nublara de improviso, pero entonces pasaba mi mano sobre la hierba y veía a Cinzia montando un potro negro en el pequeño ruedo de madera y el mundo volvía a ser bueno y real. Quizá con el dinero que me dieran por probar aquellos fármacos podría un día, cuando saliera de la universidad, conseguir que una mujer como Cinzia quisiera casarse conmigo.

Entonces Sonia tamborilea con sus uñas malva sobre los cristales de la ventana que hay a mi derecha y me indica que es la hora, así que dejo mi libro sobre la hierba salpicada de margaritas de manzanilla, diminutas y gloriosas, y yo me levanto y me

preparo para la inyección de las cinco, que es la que más duele. Si todo va bien, el mes que viene pagaré mi matrícula en la universidad y empezaré a estudiar Literatura; si algo no funciona, estaré una temporada en el hospital, pero nada impedirá que realice mis sueños. Entro en el barracón y todos me observan; me siento como Rita Hayworth y me gusta. Me quito la camisa, me tumbo en la camilla y me esfuerzo por pensar en otra cosa cuando Peterson se acerca con la enorme jeringa de cristal y acero. Luego viene el dolor y los espasmos y caigo, caigo en un tobogán negro, liso y frío, y quiero ver el sol, el sol, el sol.

«Didi, Didi, tú, buena, aquí, aquí... Ve mi cuerpo liso y quieto. Ayuda, ayuda. Quiero... No sé, no sé más. Señoras y señores buena, ayuda a mí. Yo no sé más, no recuerdo. Yo vengo en una grande nave blanca sin ruido. Yo quiero no estar aquí. Yo quiero ir con mis señoras y señores como yo, blanca, lisa, quieta, con luz, con vida. Habla, Didi, viene con mí. Aquiles ve en el límite de la poca luz. Nadie más ve. Aquiles viene casi quieto. Yo miro sus heridas pequeñas pero no habla, no puede hablar, Didi dice; Aquiles hace ruido, ladra, Didi dice, pero no piensa. Yo pienso y no hago ruido y quiero no pensar, duele, duele. Quiero dormir, quiero morir o vivir en... No recuerdo, no recuerdo más.»

—Te prohíbo que te vuelvas a acercar a esa cosa, Didi. —La voz del empresario era firme—. Creía que tendrías suficiente sentido común para no querer volver a ver a ese pobre monstruo después de casi diez años pero, por lo que veo, ni siquiera los buenos colegios ni el haber vivido como una señorita en casa de tus tíos te ha servido de nada. Me ha dicho Mumpy que te vio anoche a la puerta de la tienda.

Didi se echó atrás el flequillo, violentamente.

—Ese imbécil que sólo sirve para doblar barras de hierro... ¿Te ha venido con el cuento, eh?

—Ese imbécil de cabeza hueca tiene más sentido común que tú y tu perro juntos.

—No irás a prohibirle al pobre Aquiles que vaya a verlo si quiere, ¿verdad? Sólo faltaba que lo encerraras en una jaula como a los leones.

—No pienso encerrarlo, pero tampoco estaría de más atarlo a un poste mientras estéis aquí. Todavía no comprendo cómo ese perro tonto no aúlla cuando lo ve. Hace ya años que tuvimos que prohibir la entrada a los perros; se volvían locos ladrando y se les erizaba el pelo.

—Pero papá, Aquiles prácticamente se ha criado con él, como yo.

—Sí, ya lo sé. Bastante arrepentido estoy ahora. Si no te llego a mandar a casa de tus tíos, a estas alturas estarías con la camisa de fuerza. ¿No te acuerdas de que incluso llegaste a creer que ese pobre bicho te hablaba?

—Pues claro que me hablaba. Ayer, cuando llegué a la puerta de la tienda, me reconoció. No pongas esa cara, papá; iba a hablarme cuando vi al salvaje de Mumpy mirándome y pensé que sería mejor dejarlo para más tarde.

—Ni para más tarde ni para nunca, ¿está claro? —El hombre hizo una pausa y miró a su hija—. Tenía muchas ganas de tenerte aquí conmigo todo el verano, pero,

tal como se están poniendo las cosas, mañana mismo te llevo a la estación. No puedo atender los asuntos del circo y vigilarte al mismo tiempo.

—No, papá, por favor. No me vuelvas a mandar a casa de la tía. Yo quiero estar aquí, contigo.

Didi le echó los brazos al cuello, y el rostro del hombre se dulcificó mientras su hija lo besaba.

Aquiles entró en el remolque y se tumbó bajo la mesa. Didi se separó de su padre y se metió en la cocina.

—¡Pobre Aquiles! ¿Te estás haciendo viejo, eh? —Las manos del empresario rascaron dulcemente sus orejas—. Todos nos estamos haciendo viejos.

—¿El también, papá? —preguntó Didi mientras buscaba la naranjada en la nevera.

—Deja de hablar de él, ¿quieres? Ponme un vaso de eso. —Las manos seguían acariciando al perro; sólo se oía el tintineo del cristal en la bandeja y las voces de los equilibristas practicando—. Sí, hija, claro, él se hace viejo como todo el mundo.

—Pues ayer, cuando lo vi, estaba igual.

—Los elefantes también parecen igual siempre, y llega un día y se mueren.

—Yo quisiera que él se muriera un día también, como los elefantes —dijo Didi, con lágrimas en los ojos.

—Pero pequeña, ¿qué pasa? Yo creía que lo querías.

—Por eso, papá, por eso. ¿Tú no has pensado nunca lo que debe ser estar encerrado en una caja de cristal toda la vida, sin ver nunca el sol, sin hablar con nadie, sin saber quién es él mismo, sin hacer nada?

—No sé, Didi, no sé. Las serpientes también están así, y los canarios y los peces del acuario, y no les pasa nada.

—No les pasa nada que tú sepas —contestó Didi con rebeldía. Se calló de repente y volvió a llenar los vasos. Fue al armario y trajo un plato de plástico para la naranjada de Aquiles—. Papá, cuando una nace en un circo no puede evitar pensar muchas veces qué sienten los animales. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar la nostalgia de la selva que debe de sentir un león?

El padre encendió un cigarro y contestó lentamente:

—Sí, lo he pensado a veces, como todo el mundo, pero todos tenemos una misión en la vida, y nuestros leones cumplen su misión, la que les ha tocado.

—La que has decidido tú —contestó ella en voz baja.

—Además —continuó el hombre—, la mayor parte de nuestros animales ha nacido aquí, y para ellos éste es su mundo. Suetos en la selva no sobrevivirían.

—¿Tú crees? —Hizo una pausa, para pensar—. Pero, además, él no ha nacido aquí.

Volvió a llenar los vasos y encendió un cigarrillo mirando de reojo a su padre.

—¿Ya fumas? ¿Eso te han enseñado en ese colegio de señoritas?

—Sólo de vez en cuando, papá, cuando me pongo nerviosa. —Cortó la respuesta

con una pregunta—: ¿De dónde lo sacaste? ¿Quién te lo vendió?

El padre olvidó la cuestión del tabaco y adoptó un aire diferente.

—Pues, verás, fue una cosa rara. Vino a verme un día, hace más de diez años, no creo que te acuerdes, tú debías de tener cuatro o cinco, ni siquiera hablabas bien; pues vino a verme un señor importante, de la universidad, creo; se veía a la legua que era un sabio de esos, como en las películas, y me dijo que en su laboratorio tenían un bicho raro que habían encontrado hacía tiempo no sé dónde, que ya le habían hecho todos los análisis y las pruebas que querían y que no sabían qué hacer con él. Me dijo que había estado viendo nuestra colección de animales raros y que si no me interesaría comprarlo. Me dio su dirección y fui a verlo. Al principio me hizo el efecto de que era un timo; tenía una especie de aire humano, ya lo sabes tú, como los marcianos del cine, pero me explicó no sé qué de que se trataba de una especie de intermedio entre un hombre primitivo y otro. Me aseguró que no pensaba, que era poco más que una planta, que era barato de mantener y que resultaría muy espectacular. El precio no estaba mal, menos de lo que nos costó la pantera, y al final lo compré. Me pidió permiso para venir a verlo o a hacerle análisis siempre que quisiera, y conseguí que me rebajara un poco el precio a cambio del permiso. La verdad es que no lo he vuelto a ver, pero, mejor. No me gustaba aquel hombre, con esas gafas doradas tan grandes y esos cristales tan gordos, y miraba al pobre bicho como si le tuviera miedo, y cuando hablaba, no sé, sonaba a falso. En fin, mejor que no haya vuelto porque, además, podía haberlo puesto nervioso o enfermarlo o algo.

—Pero papá, ese hombre te engañó. El piensa y yo le enseñé a hablar cuando aún vivía aquí.

—Nena, no empecemos. Te lo he contado porque ya eres mayor, pero si volvemos a lo mismo, te marchas inmediatamente.

—El me contó, bueno, más o menos, que no era de la Tierra, que venía de otra galaxia.

—¿Como que «te lo contó»?

—Bueno, nosotros, cuando yo era pequeña, hablábamos, pero no con sonidos. Yo me acercaba a su caja, ponía la frente contra el cristal, cerraba los ojos, porque no soporta ver los ojos de la gente, hasta el nombre le da asco, dice que son como heridas en la cara, y entonces él me hablaba. Le costaba mucho y era difícil de entender, pero me hablaba.

—Si no fuera por lo tonto que resulta, diría que ese pobre monstruo ha leído mucha ciencia ficción. O él o tú. —Apagó el cigarro y miró a su hija—: Mira, Didi, vamos a poner las cosas claras: o me prometes que no te volverás a acercar a él, o te vas mañana. Ya eres mayor, tú verás lo que te conviene. —Se levantó—. Me voy a ver a los elefantes, Daisy no se encuentra bien. ¡Vamos, Aquiles!

Sobre los vasos vacíos de naranjada, Didi lloró como no lo había hecho desde que salió de casa.

«Didi, Didi, viene, viene a mí. Didi, estoy sola, es oscuro. Didi, quiero ir, quiero

vivir, quiero morir. Didi, ayuda, ayuda.»

La narración es artificio. El dolor es real. Sólo el dolor es real.

Premios internacionales de ciencia ficción

International Fantasy Awards

Otorgados desde Gran Bretaña por un grupo de expertos, que incluía a John Wyndham, sólo se entregaron entre 1951 y 1957, desapareciendo al crecer paulatinamente los posteriores Hugo.

1951 *La Tierra permanece* («Earth Abides»), de George R. Stewart (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1962).

1952 *Fancies and Goodnights*, de John Collier.

1953 *Ciudad* («City»), de Clifford Simak (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1957).

1954 *Más que humano* («More than Human») de Theodore Sturgeon (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1955).

1955 *A Mirror for Observers*, de Edgar Pangborn.

1956 No se otorgó.

1957 *El señor de los anillos* («Lord of the Rings»), de J. R. R. Tolkien (Ediciones Minotauro, Barcelona, 1979).

Premios Hugo

Otorgados en honor de Hugo Gernsback, fundador de la primera revista de ciencia ficción del mundo. Se otorgan anualmente durante la Convención Mundial de Ciencia ficción, mediante votación entre los fans asistentes sobre los finalistas previamente nominados meses antes de la convención.

1953 Novela: *El hombre demolido* («The Demolished Man»), de Alfred Bester (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1956).

1954 (No se otorgaron).

1955 Novela: *They'd rather be right*, de Mark Clifton y Frank Riley.

Novela corta: *Actor* («The Darfsteller»), de Walter M. Miller Jr. (*Nueva Dimensión 36*, Barcelona, 1972).

1956 Novela: *Intriga Estelar* («Double Star»), de Robert A. Heinlein (Nebulae, primera época, núm. 35, Barcelona, 1956).

Novela corta: *Equipo de exploración* («Exploration Team»), de Murray Leinster (*Nueva Dimensión 36*), Barcelona, 1972).

Cuento: *La estrella* («The Star»), de Arthur C. Clarke (*Nueva Dimensión 36*).

1957 (No se concedieron premios a narrativa).

1958 Novela: *El gran tiempo* («The Big Time»), de Fritz Leiber (Adiax, Barcelona, 1983). Cuento:... *Y todos los mares llenos de ostras* («Or All the Seas with Oysters»), de Avram Davidson (*Nueva Dimension* 36).

1959 Novela: *Un caso de conciencia* («A Case of Conscience»), de James Blish (Super Ficción num. 17, Barcelona, 1977).

Novela corta: *Un gran patio delantero* («The Big Front Yard»), de Clifford D. Simak (*Nueva Dimensión* 39, Barcelona, 1972).

Cuento: *Tren al infierno* («The HellBound Train»), de Robert Bloch (*Nueva Dimension* 39).

1960 Novela: *Tropas del espacio* («Starship Troopers»), de Robert A. Heinlein (Super Ficción núm. 74, Barcelona, 1982).

Cuentos: *Flores para Algernoon* («Flowers for Algernoon»), de Daniel Keyes (*Nueva Dimensión* 39).

1961 Novela: *Cántico por Leibowitz* («A Canticle for Leibowitz»), de Walter M. Miller Jr. (Bruguera, Barcelona, 1969).

Cuento: *E! viaje más largo* («The Longest Voyage») de Poul Anderson (en *Nebulae*, segunda época, núm. 58, Barcelona, 1982).

1962 Novela: *Forastero en tierra extraña* («Stranger in a Strange Land»), de Robert A. Heinlein (Adiax, Barcelona, 1982).

Cuento: la serie *Invernáculo* («Hothouse»), de Brian Aldiss (Ediciones Minotauro, Barcelona, 1982).

1963 Novela: *El hombre en el castillo* («The Man in the High Castle»), de Philip K. Dick (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1974).

Cuento: *Hombres y dragones* («The Dragon Masters»), de Jack Vance (*Nueva Dimension* 69, Barcelona, 1975).

1964 Novela: *Estación de tránsito* («Way Station»), de Clifford D. Simak (Super Ficción núm. 55, Barcelona, 1980).

Cuento: *No hay tregua con los reyes* («No Truce with Kings»), de Poul Anderson (*Nueva Dimensión* 69).

1965 Novela: *El planeta errante* («The Wanderer»), de Fritz Leiber (*Nebulae*, primera época, núm. 130, Barcelona, 1967).

Cuento: *Soldado, no preguntes* («Soldier Ask Not»), de Gordon R. Dickson (*Nueva Dimensión* 82, Barcelona 1976).

1966 Novela: *Tú el inmortal* («... And Cali me Conrad»/77;¿s *Inmortal*), de Roger Zelazny (Super Ficción núm. 24, Barcelona, 1977), junto con *Dune* («Dune»), de Frank Herbert (Acervo, Barcelona, 1975).

Cuento: *¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el señor Tic-Tac* («Repent, Harlequin!, Said the Ticktockman»), de Harlan Ellison (*Nueva dimensión* 82).

1967 Novela: *La Luna es una cruel amante* («The Moon is a Hard Mistress»), de Robert A. Heinlein (Acervo, Barcelona, 1975).

Novela corta: *El último castillo* («The Last Castle»), de Jack Vanee (*Nueva*

Dimensión, 82). •

Cuento: *Estrella de neutrones* («Neutron Star»), de Larry Niven (*Nueva Dimensión* 82, Barcelona, 1976).

1968 Novela: *El señor de la luz* («Lord of Light»), de Roger Zelazny (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1979).

Novela corta: *Weyr Search*, de Anne McCaffrey (fragmentos de *El vuelo del dragón*, Ed. Acervo, Barcelona, 1977), junto con *Jinetes del salario púrpura* («Riders of the Purple Wage»), de Philip José Farmer (en *Visiones peligrosas* I, Super Ficción núm. 82, Barcelona, 1983).

Cuento: *Voy a probar suerte* («Gonna Roll the Bones»), de Fritz Leiber (en *Visiones peligrosas* II, Super Ficción núm. 83, Barcelona, 1983).

Cuento corto: *No tengo boca y debo gritar* («I have no Mouth and I Must Scream») de Harían Ellison (en *Los mejores cuentos de ciencia ficción*, Emecé núm. 6, Buenos Aires, 1974).

1969 Novela: *Todos sobre Zanzíbar* («Stand on Zanzibar»), de John Brunner (Acervo, Barcelona, 1979).

Novela corta: *Alas «ociúrttai* («Nightwings»), de Robert Silverberg (fragmento de *Alas nocturnas*, Nebulae, segunda época, núm. 4, Barcelona, 1975).

Cuento: *Carne compartida* («The Sharing of Flesh»), de Poul Anderson (en *Los mejores cuentos de ciencia ficción*, Emecé núm. 6).

Cuento corto: *La bestia que gritaba ¡amor! en el corazón del Universo* («The Beast that Shouted Love at the Heart of the World»), de Harlan Ellison (*Nueva Dimensión* 19, Barcelona, 1971).

1970 Novela: *La mano izquierda de la oscuridad* («The Left Hand of Darkness»), de Ursula K. Leguin (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1973).

Novela corta: *Nave de sombras* («Ship of Shadows»), de Fritz Leiber (en *Lo mejor de Fantasy & Science Fiction*, Super Ficción núm. 4, Barcelona, 1976).

Cuento: *El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas* («Time Considered as a Helix of SemiPrecious Stones»), de Samuel R. Delany (Antologías Acervo Anticipación vol. XIV, Barcelona, 1972).

1971 Novela: *Mundo Anillo* («Ringworld»), de Larry Niven (Super Ficción núm. 15, Barcelona, 1977).

Novela corta: *Aciago encuentro en Lankhmar* («111 meet in Lankhmar»), de Fritz Leiber (en *Espadas y demonios*, Fantasy núm. 2, Barcelona, 1985).

Cuentos: *Escultura lenta* («Slow Sculpture»), de Theodore Sturgeon (en Emecé núm. 17, Buenos Aires, 1976).

1972 Novela: *A vuestros cuerpos dispersos* («To Your Scattered Bodies Go»), de Philip José Farmer (Ultramar, Barcelona, 1982).

Novela corta: *La reina del aire y la oscuridad* («The Queen of Air and Darkness»), de Poul Anderson (en *Lo mejor de Fantasy & Science Fiction*, Super Ficción núm. 4, Barcelona, 1976).

Cuento: *Luna inconstante* («Inconstant Moon»), de Larry Niven (en Antologías Acervo de Anticipación, vol. XIX, Barcelona, 1973).

1973 Novela: *Los propios dioses* («The Gods Themselves»), de Isaac Asimov (Bruguera, Barcelona, 1974).

Novela corta: *El nombre de! mundo es bosque* («The Word for World is Forest»), de Ursula K. Leguin (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1979).

Cuento: *Gnat Song*, de Poul Anderson.

Cuento corto: *La reunión* («The Meeting»), de Frederik Pohl y C. M. Kombluth (en Bruguera, *Selección ciencia ficción 35*, Barcelona, 1978), junto con *La maldición de Eureka* («Eureka's Dam»), de R. A. Lafferty (en *Nuevas Dimensiones 2*, Adiax, Barcelona, 1982).

1974 Novela: *Cita con Rama* («Rendezvous with Rama»), de Arthur C. Clarke (Ultramar, Barcelona, 1975).

Novela corta: *La muchacha que estaba conectada* («The Girl who was Plugged In»), de James Tiptree Jr. (en col. *Nebulae*, segunda época, núm. 67, Barcelona, 1985). Cuento: *El pájaro de la muerte* («The Deathbird»), de Harlan Ellison (en *Lo mejor de Fantasy & Science Fiction, 2º serie*, Super Ficción, núm. 57, Barcelona, 1980).

Cuento corto: *Los que se van de Ornelas* («The Ones who Walk Away from Ornelas»), de Ursula K. Leguin (en *Antología No Euclidiana-1*, Acervo, Barcelona, 1976).

1975 Novela: *Los desposeídos* («The Dispossessed»), de Ursula K. Leguin (Ediciones Minotauro, Barcelona, 1983).

Novela corta: *Una canción para Lya* («A Song for Lya»), de George R. R. Martin (Caralt núm. 35, Barcelona, 1981).

Cuento: *A la deriva ante los islotes de Langerhans: Latitud 38° 54' N. Longitud 77° Off 13" O* («Adrift Just of the Islets of Langerhans: Latitude 38° 54' N. Longitude 77° 00' 13" W»), de Harlan Ellison (en Bruguera, *Selección ciencia ficción 25*, Barcelona, 1976).

Cuento corto: *El hombre del agujero* («The Hole Man»), de Larry Niven (*Nueva Dimensión 78*, Barcelona, 1976).

1976 Novela: *La guerra interminable* («The Forever War»), de Joe Haldeman (*Nebulae*, segunda época, núm. 22, Barcelona, 1978).

Novela corta: *El regreso del verdugo* («Home is the Hangman»), de Roger Zelazny (fragmento de *El hombre que no existía*, *Nebulae*, segunda época, núm. 14, Barcelona, 1978).

Cuento: *La frontera del sol* («Borderland of Sol»), de Larry Niven (en *Historias del espacio reconocido*, Edaf núm. 18, Madrid, 1978).

Cuento corto: *¡Coge ese Zepelin!* («Catch that Zeppelin»), de Fritz Leiber (en Bruguera, *Selección Ciencia Ficción 24*, Barcelona, 1977).

1977 Novela: *Donde solían cantar los dulces pájaros* («Where Late the Sweet

Birds Sang»), de Kate Wilhelm (Bruguera, Nova, num. 25, Barcelona, 1979).

Novela corta: *By Any Other Name*, de Spider Robinson, junto con *Houston, Houston, ¿me recibe?* («Houston, Houston, Do You Read?»), de James Tiptree Jr. (en *Nebulae*, segunda época, núm. 42, Barcelona, 1980).

Cuento: *El hombre del Bicentenario* («The Bicentennial Man»), de Isaac Asimov (en *Super Ficción* núm. 35, Barcelona, 1978).

Cuento corto: *Tricentenario* («Tricentennial»), de Joe Haldeman (en *Nebulae*, segunda época, núm. 46, Barcelona, 1980).

1978 Novela: *Pórtico* («Gateway»), de Frederick Pohl (Bruguera, Nova, núm. 24, Barcelona, 1979).

Novela corta: *Stardance*, de Spider y Jeanne Robinson.

Cuento: *Ojos de ámbar* («Eyes of Amber»), de Joan Vinge (en *Nebulae*, segunda época, núm. 60, Barcelona, 1982).

Cuento corto: *Jeffy tiene cinco años* («Jeffy is Five»), de Harlan Ellison (en Bruguera, *Selección ciencia ficción 37*, Barcelona, 1979).

1979 Novela: *Dreamsnake*, de Vonda N. McIntyre.

Novela corta: *La persistencia de la visión* («The Persistence of Vision»), de John Varley (en *Super Ficción*, núm. 88, Barcelona, 1984).

Cuento: *Hunter's Moon*, de Poul Anderson.

Cuento corto: *Cassandra* («Cassandra»), de C. J. Cherryh (en Bruguera, *Selección ciencia ficción 37*, Barcelona, 1979).

1980 Novela: *Fuentes del Paraíso* («The Fountains of Paradise»), de Arthur C. Clarke (Emecé, Buenos Aires, 1979).

Novela corta: *Enemigo mío* («Enemy Mine»), de Barry B. Longyear (*Nueva Dimensión 139*, Barcelona, 1981).

Cuento: *Los reyes de la arena* («Sandkings»), de George R. R. Martin (*Nueva Dimensión 127*, Barcelona, 1980).

Cuento corto: *La cruz y el dragón* («The Way of Cross and Dragon»), de George R. R. Martin (*Parsec 3*, Buenos Aires, 1984).

1981 Novela: *The Snow Queen*, de Joan D. Vinge.

Novela corta: *Lost Dorsai*, de Gordon R. Dickson.

Cuento: *The Cloak and the Staff*, de Gordon R. Dickson.

Cuento coito: *La gruta de los ciervos danzarines* (Grotto of the Dancing Deer»), de Clifford D. Simak (*Kandama 7*, Barcelona, 1982).

1982 Novela: *La estación Downbelow* («Downbelow Station»), de C. J. Cherryh (Acervo, Barcelona, 1985).

Novela corta: *The Saturn Game*, de Poul Anderson.

Cuento: *Unicom Variation*, de Roger Zelazny.

Cuento corto: *El pusher* («The Pusher»), de John Varley (*Kandama 6*, Barcelona, 1982).

1983 Novela: *Los límites de la Fundación* («Foundation's Edge»), de Isaac

Asimov (Bruguera, Barcelona, 1983).

Novela corta: *Almas* («Souls»), de Joanna Russ (Acervo, Barcelona, 1984).

Cuento: *Fire Watch*, de Connie Willis.

Cuento corto: *Melancholy Elephants*, de Spider Robinson.

1984 Novela: *Startside Rising*, de David Brin.

Novela corta: *Cascade Point*, de Timothy Zahn.

Cuento: *Brod Music*, de Greg Bear.

Cuento corto: *Speech Sounds*, de Octavia Butler.

1985 Novela: *Neuromancer*, de William Gibson.

Novela corta: *Press enter* ■, de John Varley.

Cuento: *Bloodchild*, de Octavia Butler.

Cuento corto: *The Crystal Spheres*, de David Brin.

Premios Nébulas

Otorgados a partir de 1966 por la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción americanos (SFWA), por votación entre sus miembros.

1965 Novela: *Dune* («Dune»), de Frank Herbert.

Novela corta: *El árbol de saliva* («The Saliva Tree»), de Brian Aldiss (Nebulae, segunda época, núm. 19, Barcelona, 1977), junto con *El que da forma* («He Who Shapes»), de Roger Zelazny (*Nueva Dimensión SI*, Barcelona, 1976).

Cuento: *Las puertas de su cara, las lámparas de su boca* («The Doors of his Face, the Lamps of his Mouth»), de Roger Zelazny (en *Una rosa para el Eclesiastés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1974).

Cuento corto: *¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el señor Tic-Tac* («Repent, Harlequin!, Said the Ticktockman»), de Harían Ellison.

1966 Novela: *Flores para Algemoon* («Flowers for Algernoon»), de Daniel Keyes (Acervo, Barcelona, 1974), junto con *Babel 17* («Babel-17»), de Samuel R. Delany (Adiax, Barcelona, 1981).

Novela corta: *El último castillo* («The Last Castle»), de Jack Vance.

Cuento: *Llámale Señor* («Cali Him Lord»), de Gordon R. Dickson (*Nueva Dimensión 77*, Barcelona, 1976).

Cuento corto: *El lugar secreto* («The Secret Place»), de Richard McKenna (*Nueva Dimensión 88*, Barcelona, 1977).

1967 Novela: *La intersección de Einstein* («The Einstein Intersection»), de Samuel R. Delany (Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1973).

Novela corta: *He aquí el hombre* («Behold the Man»), de Michael Moorcock (en *El libro de los Mártires*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1980).

Cuento: *Voy a probar suerte* («Gonna Roll the Bones»), de Fritz Leiber.

Cuento corto: *Por siempre y Gomorra* («Aye, and Gomorra»), de Samuel R. Delany (en *Visiones Peligrosas III*, Super Ficción, núm. 84, Barcelona, 1983).

1968 Novela: *Rito de iniciación* («Rite of Passage»), de Alexei Panshin (Ediciones Dronte, Barcelona, 1974).

Novela corta: *Dragonryder*, de Anne McCaffrey (fragmento de *El vuelo del dragón*, Acervo, Barcelona, 1977).

Cuento: *Madre de! mundo* («Mother of the World»), de Richard Wilson (*La Revista de Ciencia Ficción y Fantasía 2*, Ediciones Orion, Buenos Aires, 1976).

Cuento corto: *Los programadores* («The Planners»), de Kate Wilhelm (*La revista de Ciencia Ficción y Fantasía 1*, Ediciones Orion, Buenos Aires, 1976).

1969 Novela: *La mano izquierda de la oscuridad* («The Left Hand of Darkness»), de Ursula K. Leguin.

Novela corta: *Un muchacho y su perro* («A Boy and His Dog»), de Harlan Ellison (en *Vinieron de la Tierra*, Super Ficción núm. 89, Barcelona, 1984).

Cuento: *El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas* («Time Considered as a Helix of SemiPrecious Stones»), de Samuel R. Delany.

Cuento corto: *Pasajeros* («Passengers»), de Robert Silverberg (en *Lo mejor de Silverberg*, Bruguera, Barcelona, 1977).

1970 Novela: *Mundo Anillo* («Ringworld»), de Larry Niven.

Novela corta: *Aciago encuentro en Lankhmar* («111 Meet in Lankhmar»), de Fritz Leiber. Cuento: *Escultura lenta* («Slow Sculpture»), de Theodore Sturgeon.

1971 Novela: *Tiempo de cambios* («A Time of Changes»), de Robert Silverberg (Tiempo Cero, Buenos Aires, 1976).

Novela corta: *The Missing Man*, de Katherine MacLean.

Cuento: *reina del aire y la oscuridad* («The Queen of Air and Darkness»), de Poul Anderson.

Cuento corto: *Buenas noticias del Vaticano* («Good News from the Vatican»), de Robert Silverberg (en *Lo mejor de Silverberg*, Bruguera, Barcelona, 1977).

1972 Novela: *Los propios dioses* («The gods Themselves»), de Isaac Asimov.

Novela corta: *Un encuentro con Medusa* («A Meeting with Medusa»), de Arthur C. Clarke (en *El viento del sol*, Alianza Editorial, Madrid, 1974).

Cuento: *Goat Song*, de Poul Anderson.

Cuento corto: *Cuando las cosas cambiaron* («When it Changed»), de Joanna Russ (*Nueva Dimension 105*, Barcelona, 1978).

1973 Novela: *Cita con Rama* («Rendezvous with Rama»), de Arthur C. Clarke.

Novela corta: *La muerte del doctor Isla* («The Death of Dr. Island»), de Gene Wolfe (en *Las ruinas de mi cerebro*, Caralt núm. 24, Barcelona, 1978).

Cuento: *Bruma, hierba y arena* («Of Mist, and Grass and Sand»), de Vonda N. McIntyre (en *Mujeres y Maravillas*, Bruguera, Nova núm. 11, Barcelona, 1977).

Cuento corto: *Amor es el plan el plan es la muerte* («Love is the Plan the Plan is Death»), de James Tiptree Jr. (en *Mundos cálidos y otros*, Nebulae núm. 67, Barcelona, 1985).

1974 Novela: *Los desposeídos* («The Dispossessed»), de Ursula K. Leguin.

Novela corta: *Nacido con los muertos* («Born with the Dead»), de Robert Silverberg (en *Viajeros del tiempo*, Caralt núm. 3, Barcelona, 1976).

Cuento: *Si las estrellas son dioses* («If the Stars are Gods»), de Gregory Benford y Gordon Eklund (en *Universo 4*, Adiax, Barcelona, 1982).

Cuento corto: *En vísperas de la revolución* («The Day Before the Revolution») de Ursula K. Leguin (*Kandama 1*, Barcelona, 1980).

1975 Novela: *La guerra interminable* («The Forever War»), de Joe Haldeman.

Novela corta: *El regreso del verdugo* («Home is the Hangman»), de Roger Zelazny.

Cuento: *San Diego Lightfoot Sue*, de Tom Reamy.

Cuento corto: *¡Coge este Zepelin!* («Catch that Zeppelin!»), de Fritz Leiber.

1976 Novela: *Homo plus* («Man Plus»), de Frederick Pohl (Bruguera, Nova núm. 5, Barcelona, 1977).

Novela corta: *Houston, Houston, ¿me recibe?* («Houston, Houston, Do You Read?»), de James Tiptree Jr.

Cuento: *El hombre del Bicentenario* («The Bicentennial Man»), de Isaac Asimov.

Cuento corto: *A Crowd of Shadows*, de Charles L. Grant.

1977 Novela: *Pórtico* («Gateway»), de Frederik Pohl.

Novela corta: *Stardance*, de Spider y Jeanne Robinson.

Cuento: *El eslabón más débil* («The Screwfly Solution»), de Raccona Sheldon (*Nueva Dimensión 116*, Barcelona, 1979).

Cuento corto: *Jeffty tiene cinco años* («Jeffty is Five»), de Harlan Ellison.

1978 Novela: *Dreamsnake*, de Vonda N. McIntyre.

Novela corta: *La persistencia de la visión* («The Persistence of Vision»), de John Varley. Cuento: *A Glow of Candles, a Unicom's Eye*, de Charles L. Grant.

Cuento corto: *Piedra* («Stone»), de Ed Bryant (en Bruguera, *Selección Ciencia Ficción 38*, Barcelona, 1980).

1979 Novela: *Fuentes del paraíso* («The Fountains of Paradise»), de Arthur C. Clarke. Novela corta: *Enemigo mío* («Enemy mine»), de Barry b. Longyear.

Cuento: *Los reyes de la arena* («Sandkings»), de George R. R. Martin.

Cuento corto: *giANTS*, de Ed Bryant.

1980 Novela: *Cronopaisaje* («Timescape»), de Gregory Benford (Ultramar, Barcelona, 1984).

Novela corta: *Unicom Tapestry*, de Suzy McKee Chamas.

Cuento: *Los pollos feos* («The Ugly Chickens»), de Howard Waldrop (*Nueva Dimensión 140*, Barcelona, 1981).

Cuento corto: *La gruta de los ciervos danzarines* («Grotto of the Dancing Deers»), de Clifford D. Simak.

1981 Novela: *Tie Claw of the Conciliator*, de Gene Wolfe.

Novela corta: *The Saturn Game*, de Poul Anderson.

Cuento: *La Vivificación* («The Quickening»), de Michael Bishop (*Nueva*

Dimension 148, Barcelona, 1983).

Cuento corto: *The Bone Flute*, de Lisa Tuttle.

1982 Novela: *Sólo un enemigo: el tiempo* («No Enemy But Time»), de Michael Bishop (Acervo, Barcelona, 1983).

Novela corta: *Another Orphan*, de John Kessel.

Cuento: *Fire Watch*, de Connie Willis.

Cuento corto: *A Letter from the Clearys*, de Connie Willis.

1983 Novela: *Startside Rising*, de David Brin.

Novela corta: *Hardfought*, de Greg Bear.

Cuento: *Blood Music*, de Greg Bear.

Cuento corto: *El pacificador* («The Placemaker»), de Gardner Dozois (*Cuasar 7*, Buenos Aires, 1985).

1984 Novela: *Neuromancer*, de William Gibson.

Novela corta: *Press enter* ■, de John Varley.

Cuento: *Bloodchild*, de Octavia Butler.

Cuento corto: *Morning Child*, de Gardner Dozois.

Premios Locus

Otorgados simbólicamente por votación entre los lectores del fanzine de noticias e información Locus.

1971 Novela: *Mundo Anillo* («Ringworld»), de Larry Niven.

Novela corta: *The Region Between*, de Harlan Ellison.

1972 Novela: *La rueda del cielo* («The Lathe of Heaven»), de Ursula K. Leguin (Grupo Editor de Buenos Aires, Buenos Aires, 1976).

Novela corta: *La reina del aire y la oscuridad* («The Queen of Air and Darkness»), de Poul Anderson.

1973 Novela: *Los propios dioses* («The Gods Themselves»), de Isaac Asimov.

Novela corta: *El oro al final del arco iris* («The Gold at Starbow's End»), de Frederik Pohl (Acervo, antología *Relatos Anticipación* vol. XIX, Barcelona, 1974).

Cuento: *Basilisk*, de Harlan Ellison.

1974 Novela: *Cita con Rama* («Rendezvous with Rama»), de Arthur C. Clarke.

Novela corta: *La muerte del doctor Isla* («The Death of Dr. Island»), de Gene Wolfe. Cuento: *El pájaro de la muerte* («Deathbird»), de Harlan Ellison.

1975 Novela: *Los desposeídos* («The Dispossessed»), de Ursula K. Leguin.

Novela corta: *Nacido con los muertos* («Born with the Dead»), de Robert Silverberg. Cuento: *A la deriva ante los islotes de Langerhans...* («Adrift Just of the Islets of Langerhans...»), de Harlan Ellison.

Cuento corto: *En vísperas de la revolución* («The Day Before the Revolution»), de Ursula K. Leguin.

1976 Novela: *La guerra interminable* («The Forever War»), de Joe Haldeman.

Novela corta: *The Storms of Windhaven*, de George R. R. Martin y Lisa Tuttle.
Cuento: *La nueva Atlántida* («The New Atlantis»), de Ursula K. Leguin (en Caralt, num. 8, Barcelona, 1977).

Cuento corto: *Crotoan*, de Harlan Ellison.

1977 Novela: *Donde solían cantar los dulces pájaros* («Where Late the Sweet Birds Sang»), de Kate Wilhelm.

Novela corta: *The Samurai and the Willow*, de Michael Bishop.

Cuento: *El hombre del bicentenario* («The Bicentennial Man»), de Isaac Asimov.
Cuento corto: *Tricentenario* («Tricentennial»), de Joe Haldeman.

1978 Novela de ciencia ficción: *Pórtico* («Gateway»), de Frederick Pohl.

Novela de fantasía: *El Silmarillón* («The SÚmarillion»), de J. R. R. Tolkien (Minotauro, Barcelona, 1984).

Novela corta: *Stardance*, de Spider y Jeanne Robinson.

Cuento: *Jeffy tiene cinco años* («Jeffy is Five»), de Harlan Ellison.

1979 Novela: *Dreamsnake*, de Vonda N. McIntyre.

Novela corta: *La persistencia de la visión* («The Persistence of Vision»), de John Varley. Cuento: *The Barbie Murders*, de John Varley (*Revista Isaac Asimov* 5, Ediciones Picazo, Barcelona, 1980).

Cuento corto: *Count the Clock that Tells the Time*, de Harlan Ellison.

1980 Novela de ciencia ficción: *Titán* («Titan»), de John Varley (*Nebulae*, segunda época, núm. 51, Barcelona, 1981).

Novela de fantasía: *Harpist in the Wind*, de Patricia McKillip.

Novela corta: *Enemigo mío* («Enemy Mine»), de Barry Longyear.

Cuento: *Los reyes de la arena* («The Sandkings»), de George R. R. Martin.

Cuento corto: *La cruz y el dragón* («The Way of Cross and Dragon»), de George R. R. Martin.

1981 Novela de ciencia ficción: *The Snow Queen*, de Joan D. Vinge.

Novela de fantasía: *El castillo de lord Valentine* («Lord Valentine's Castle»), de Robert Silverberg (Acervo, Barcelona, 1983).

Novela corta: *Nightflyers*, de George R. R. Martin.

Cuento: *El valiente tostadorcito* («The Brave Little Toaster»), de Thomas M. Disch (*Nueva Dimensión* 144, Barcelona, 1982).

Cuento corto: *La gruta de los ciervos danzarines* («Grotto of the Dancing Deer»), de Clifford D. Simak.

1982 Novela de ciencia ficción: *La Tierra multicolor* (The Many-Colored Land»), de Julian May (Ultramar, Barcelona, 1985).

Novela de fantasía: *The Claw of the Conciliator*, de Gene Wolfe.

Mejor primera novela: *Starship & Haiku*, de Somtow Sucharitkul.

Novela corta: *Blue Champagne*, de John Varley.

Cuento: *Guardians*, de George R. R. Martin.

Cuento corto: *El pusher* («The Pusher»), de John Varley.

1983 Novela de ciencia ficción: *Los límites de la Fundación* («Foundation's Edge»), de Isaac Asimov.

Novela de fantasía: *The Sword of the Lictor*, de Gene Wolfe.

Mejor primera novela: *Courtship Rite*, de Donald Kingsbury.

Mejor primera novela: *Courtship Rite*, de Donald Kingsbury.

Novela corta: *Almas* («Souls»), de Joanna Russ.

Cuento: *Djinn, no Chaser*, de Harlan Ellison.

Cuento corto: *Sur*, de Ursula K. Leguin.

1984 Novela de ciencia ficción: *Startide Rising*, de David Brin.

Novela de fantasía: *The Mists of Avalon*, de Marion Zimmer Bradley.

Mejor primera novela: *Tea with the Black Dragon*, de R. A. MacAvoy.

Novela corta: *Her Habiline Husband*, de Michael Bishop.

Cuento: *El tratamiento del mono* («The Monkey Treatment»), de George R. R. Martin (Super Terror núm. 17, Barcelona, 1986).

Cuento corto: *Beyond the Dead Reef*, de James Tiptree Jr.

1985 Novela de ciencia ficción: *Los árboles integrales* («The Integral Trees»), de Larry Niven (Ed. Acervo, Barcelona, 1986).

Novela de fantasía: *Job: A Comedy of Justice*, de Robert A. Heinlein.

Mejor primera novela: *The Wild Shore*, de Kim Stanley Robinson.

Novela corta: *Press enter* ■, de John Varley.

Cuento: *Bloodchild*, de Octavia Butler.

Cuento corto: *Salvador*, de Lucius Shepard.

Premio Jupiter

Otorgado a partir de 1973 por el grupo Instructor de Ciencia Ficción de la Universidad de Maine y desaparecido en 1978.

1973 Novela: *Cita con Rama* («Rendezvous with Rama»), de Arthur C. Clarke.

Novela corta: *La fiesta de Baco* («The Feast of St. Dionysus»), de Robert Silverberg (en Caralt, núm. 26, Barcelona, 1978).

Cuento: *El pájaro de la muerte* («The Deathbird»), de Harlan Ellison.

Cuento corto: *Pedigüeño en el espacio* («A Suppliant in Space»), de Robert Sheckley (*Nueva Dimensión 96*, Barcelona, 1977).

1974 Novela: *Los desposeídos* («The Dispossessed»), de Ursula K. Leguin.

Novela corta: *Riding the Torch*, de Norman Spinrad.

Cuento: *Las diecisiete Vírgenes* («The Seventeen Virgins»), de Jack Vance (en Bruguera, *Selección Ciencia Ficción 25*, Barcelona, 1977).

Cuento corto: *En vísperas de la Revolución* («The Day Before the Revolution»), de Ursula K. Leguin.

1975 (No se concedieron).

1976 Novela: *Donde solían cantar los dulces pájaros* («Where Late the Sweet

Birds Sang»), de Kate Wilhelm.

Novela corta: *Houston, Houston, ¿me recibe?* («Houston, Houston, Do You Reed?»), de James Tiptree Jr.

Cuento: *El diario de la rosa* («The Diary of the Rose»), de Ursula K. Leguin (*Nueva Dimensión* 125, Barcelona, 1980).

Cuento corto: *Te veo* («I See You»), de Damon Knight (*Nueva Dimensión* 109, Barcelona, 1979).

1977 Novela: *Herencia de estrellas* («A Heritage of Stars»), de Clifford D. Simak (*Super Ficción* num., 93, Barcelona, 1985).

Novela corta: *En el salón de los reyes marcianos* («In The Hall of the Martian Kings»), de John Varley (en *Super Ficción* núm. 90, Barcelona, 1984).

Cuento: *Cambio de tiempo* («Time Storm»), de Gordon R. Dickson (*Revista Isaac Asimov* 1, ed. Picazo, Barcelona, 1979).

Premio Memorial John W. Campbell

Este premio no debe confundirse con el John W. Campbell Award que se otorga al mismo tiempo de la entrega de los Hugo al autor más prometedor. El «Memorial J. W. Campbell» se otorga anualmente a la mejor novela publicada en inglés por un jurado de escritores y críticos.

1973 *Apollo y después* («Beyond Apollo»), de Barry Malzberg (*Nueva Dimensión* 142, Barcelona, 1982).

1974 *Cita con Rama* («Rendezvous with Rama»), de Arthur C. Clarke, junto con *Malevil*, de Robert Merle (*ex-sequo* con la anterior).

1975 *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* («Flow my Tears, the Policeman Said»), de Philip K. Dick (*Acervo*, Barcelona, 1975).

1976 *El año del sol tranquilo* («The Year of the Quiet Sun»), de Wilson Tucker (col *Super Ficción*, num. 85, Barcelona, 1983).

1977 *The Alteration*, de Kingsley Amis.

1978 *Pórtico* («Gateway»), de Frederik Pohl.

1979 *Gloriana*, de Michael Moorcock.

1980 *On Wings of Song*, de Thomas M. Disch.

1981 *Cronopaisaje* («Timescape»), de Gregory Bendford.

1982 *Riddley Walker*, de Russel Hoban.

1983 *Helliconia Spring*, de Brian Aldiss.

1984 *The Citadel of the Autarch*, de Gene Wolfe.

1985 *Los años de la ciudad* («The Years of the City»), de Frederik Pohl (Ed. *Acervo*, Barcelona, 1986).

Instituido en 1983 en memoria del desaparecido escritor, consiste en un primer premio en metálico y un segundo premio también en metálico, de menor cuantía, otorgados a la mejor novela original publicada directamente en formato de bolsillo.

1983 Primer premio: *Software*, de Rudy Rucker.
Segundo premio: *The Prometheus Man*, de Ray F. Nelson.
1984 Primer premio: *The Anubis Gates*, de Tim Powers.
Segundo premio: *Tea with the Black Dragón*, de R. A. MacAvoy.
1985 Primer premio: *Neuromancer*, de William Gibson.
Segundo premio: *The Wild Shore*, de Kim Stanley Robinson.
1986 Primer premio: *Dinner at Deviant's Palace*, de Tim Powers.
Segundo premio: *Saraband of the Lost Time*, de Richard Grant.

Juan Carlos Planells

Nota de los colaboradores

Alejo Cuervo, nacido en Barcelona en 1957, profesor ayudante en el Departamento de Física de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha venido realizando actividades de crítica en el género durante los últimos años, particularmente en la revista *Cimoc* con una página de crítica de novedades actualmente desaparecida. Edita el fanzine *Gigamesh*, dedicado a estudios sobre narrativa fantástica, y está a cargo de los programas de fantasía y ciencia ficción de esta editorial.

Albert Solé, nacido en Barcelona en 1957, licenciado en derecho, ha publicado relatos en *Nueva Dimensión* y críticas y artículos sobre cine y literatura fantástica en diversas publicaciones especializadas. Actualmente colabora como traductor para esta editorial y tiene a su cargo una página de crítica de cine en la revista *Cimoc*.

Juan Carlos Planells nació en Barcelona en 1950. Ha sido conferenciante y promocionó diversos concursos de poesía entre 1970 y 1976. Empezó a colaborar en la revista *Nueva Dimensión* en 1980, escribiendo artículos y críticas sobre ciencia ficción hasta la desaparición de la misma. Ha colaborado también en *Gimlet*, *Cairo* y otras publicaciones españolas y argentinas, escribiendo artículos y relatos de ciencia ficción. Ha sido traducido al italiano.